AL OTRO LADO DE LA BAHÍA

Cuando Ezequiel abrió los ojos lo primero que hizo fue mirar por la ventana sin levantarse de la cama. Aunque era invierno, el sol brillaba espléndidamente y las hojas de los tejos del jardín tiritaban en un escalofrío. Mientras se desperezaba divisó las olas, que se levantaban gracias al viento sur. Bajó a desayunar. Su madre había dejado una nota encima de la mesa de la cocina: *Ezequiel, cariño, me marcho a Madrid. Te he ingresado* dinero *en la cuenta. Llamaré para ver cómo te va. No vuelvo hasta el jueves. Te quiero.*

Subió corriendo las escaleras y se preparó para salir. Al ponerse la camiseta notó que le hacía daño, como si estuviera creciendo por momentos. Colocó la tabla de surf debajo del brazo mientras se esmeraba en encajar el pelo rubio y rizado dentro de la gorra que le acompañaba a todas partes.

Ezequiel llegó enseguida a la playa. "¿Dónde diablos se había metido Arsenio?" Pasó sin prestar atención a un grupo de jovencitas que reía y chillaba animadamente. Dejó sus cosas en los bajos del restaurante Don, junto a las de los demás compañeros. Al apoyar la tabla en la encalada pared, buscó con la vista entre los

montones de ropa de calle de los surfers las botas de Arsenio. Nada, no aparecían por ningún lado. Se preparó a toda prisa, inquieto por zambullirse en el agua. En diez zancadas se plantó en la orilla, dio un salto y entró en el hueco de una ola, recibiendo en las sienes el impacto de las aguas invernales. Otro surfer sobre su tabla pasó a escasos metros zumbando como un reactor. Tras la serie, remó con los brazos en busca de una buena posición; por fin la encontró mar adentro, donde la espuma aún no se levantaba del manto azul infinito que él adoraba como a nada en este mundo.

2

Una sombrilla comenzó a brincar y a girar como un gimnasta impulsada por el fragor majestuoso del viento del norte. Surfers y bañistas se apresuraron a huir de la repentina tormenta. El cielo se oscureció, de tal forma, que la playa parecía hallarse bajo un eclipse de sol. Las olas se cruzaban unas con otras antes de llegar a la orilla, provocando remolinos en la arena del fondo y escupiendo espuma en todas direcciones, con crestas que alcanzaban los tres metros de altura.

Ezequiel, mar adentro, dormido profundamente, con la espalda sobre la tabla, tenía el cuerpo entumecido por el sueño. El vaivén de pequeñas olas y el frío viento en su pelo mojado acabaron por despertarlo; sobresaltado, miró el cielo negro y amenazante; giró la tabla en todas direcciones, buscando la línea de la costa sin éxito. De pronto, se vio rodeado por gruesos muros de agua de un tamaño descomunal. En ese preciso instante una tromba de agua lo desequilibró, haciéndolo perder el contacto con la tabla y lanzándolo violentamente por los aires, para luego volver a caer en aquel infierno contra el cual nada podía hacer sino evitar los tragos de agua salada, y dejarse llevar esforzándose por no desmayarse.

3

Ezequiel recobró el conocimiento al notar los mordiscos de un pequeño cangrejo que se le había enredado en el cabello. La marea había arrastrado su cuerpo, inconsciente, hasta las rocas de un islote. La noche allí estaba en calma y en el cielo volvían a lucir las estrellas. Herido y casi desnudo, aterido a causa del frío, quedó cegado por una potente luz blanca que a intervalos bañaba el mar. Advirtió que sobre la roca se erguía la torre de un faro, y que los destellos provenían de la linterna situada en su cúpula. Un hilo de humo blanco subía desde una chimenea cubierta por un mambrú, en el tejado de un cobertizo. Escaló como pudo, hiriéndose en las rodillas y en las plantas de los pies con la superficie cortante de las lapas y los mejillones. Llegó a unos peldaños musgosos y húmedos. Resbaló, cayó al suelo y arrastró los puños hasta golpear una gruesa puerta donde, exhausto y sin aliento, cayó desplomado.

Los golpes estrepitosos despertaron bruscamente al farero, que se puso en pie de un salto mientras escupía juramentos:

----¡Ah! ¡Tan sólo te encuentras que vienes a enturbiar mi sagrado descanso con tu aliento repugnante! ¡Di quién eres o te

mato!

Fuera nadie contestó. Ezequiel estaba más muerto que vivo. El farero abrió la puerta, enseñando los dientes; dio un paso y tropezó con algo.

----Pero... ¿de dónde sales tú, que hace medio siglo que habito en este faro y nunca recibí visita alguna? Mmm ...salvo las voces insidiosas que pretenden llevarme a la tumba antes de tiempo... Pero entra, ya mismo, antes de que me arrepienta.

El viejo seguía hablando, como si Ezequiel pudiera oírle. Lo arrastró hasta un camastro, preparó un trago de coñac y se lo acercó a los labios, que muy lentamente comenzaron a reaccionar.

----¡Por todos los diablos! Así que no eres un fantasma, sino un rufián de carne y hueso... ¡En buen lugar has ido a parar!

Ezequiel recobró un ligero color. El farero secó y arropó a su joven huésped, y le curó y le habló hasta la llegada del alba.

4

El intenso olor del café recién hecho volvió a despertar a Ezequiel del sueño profundo. Lo primero que hizo fue seguir con los ojos, lentamente, los distintos objetos de aquel lugar tan extraño. Durante un rato largo se entretuvo acariciando una frazada de cuadros granates y negros, impregnada de un profundo olor a sal y a tabaco, que le cubría hasta la barbilla. Aquello parecía ser la cámara de servicio del faro, lugar que supuso que serviría a alguna persona de vivienda. El camastro ocupaba un rincón, lejos de la puerta. En el centro, sobre una mesa rústica, distinguió varias tazas de loza pequeñas, de las cuales se elevaba el humo, blanco y denso, dibujando figuras sinuosas muy definidas, a causa del trasluz que se colaba por la puerta entreabierta. El sonido de las gaviotas en plena faena de pesca llegaba con toda nitidez del exterior.

Ezequiel probó a ponerse en pie y notó lo débil que se encontraba. Fue hacia a unos estantes de pino muy oscuro que ocupaban una de las paredes; sobre las baldas descansaban cientos de libros de todos los tamaños y colores. Una fina capa de hollín los cubría. Cogió uno de gran tamaño; en la tapa dura, con

letras maqueadas, leyó: *De Rerum Natura*, *Lucrecio;* lo abrió y quedó de una pieza: ¡No tenía hojas y en su interior, se escondía más dinero del que nunca hubiera visto en su vida! Los billetes eran de cien dólares, muy antiguos. Ezequiel cerró el libro inmediatamente y lo volvió a colocar en su lugar. Cogió otro: *Ética, Spinoza*. Pesaba como un muerto; dentro, doce lingotes de oro, uno al lado del otro, brillaron como el sol. Un tercero guardaba una bolsita de ante cerrada por un cordón. La abrió, puso la mano y, en la palma, cayeron unas diminutas piedras verdes y otras transparentes, que soltaban irisados destellos. Durante un instante no pudo moverse; luego volvió a guardarlas y a colocar la bolsita en el libro hueco. Aguantó la respiración y escuchó. Estaba asustado. A lo lejos, oyó las voces de varios hombres discutiendo. Asomó la cabeza por el ventanal, enorme, desde el cual podía divisarse todo el ancho mar. Lo que vio debía de corresponder a la parte opuesta al lugar de su ascensión. Una escalinata tosca, abierta en la roca, llegaba hasta el agua. Se formaba así un lugar apacible, a modo de embarcadero, resguardado del viento, en la parte septentrional del islote. Ezequiel vio a dos hombres descargar cajas de una gabarra. Bromeaban entre ellos, al contrario que otro hombre, desgarbado éste, que los insultaba y los amenazaba, blandiendo un bastón del cual salían disparados mil destellos metálicos. Cuando terminaron su trabajo los dos hombres

subieron a una lancha que transportaba la gabarra, mientras soltaban sonoras carcajadas. Uno de ellos golpeó de pronto en el hombro de su compañero. Ezequiel vio que lo estaban señalando a él; luego fingieron no haber visto nada. Poco a poco, la lancha fue haciéndose cada vez más pequeña hasta convertirse en un diminuto punto en la lejanía. El hombre del bastón se acercaba a buen ritmo. A Ezequiel le picaba la curiosidad, pero estaba tan aterrorizado que lo que hizo fue buscar un lugar donde esconderse. Frente al camastro, decenas de lienzos apilados de cualquier manera ocupaban un esquinazo; separó unos cuantos y se acurrucó dentro. El hombre del bastón soltaba juramentos, cada vez más fuerte, más cerca, hasta que, por fin, su silueta se dibujó en el umbral de la puerta, con el mar verdoso pintado a su espalda. La atravesó y se disponía a cerrarla de un portazo cuando algo le hizo detenerse en seco.

----La cama… está vacía. ¿Dónde estás, pequeño diablillo? ¿Es que tan pronto te han raptado las sirenas?----. Hablaba para dentro, entre perplejo y divertido, como quien se dispone a contar un secreto. Sin moverse un centímetro de donde estaba se aventuró a abrir la boca:

----Gracias, señor. Creo que sin su ayuda me hubiera muerto ----Ezequiel, mientras hablaba, columbraba la lejana línea del horizonte entornando los párpados, para poder ver mejor----.

¿Dónde estoy?

----En el faro, querido. No temas, puedes salir de ahí, si tienes el suficiente cuidado como para no romperme nada.

El viejo parecía mostrarse amistoso, aunque de pronto algo debió de irritarle, pues se puso a gritar:

----¡Por todos los demonios! ¡Esos mamarrachos, sinvergüenzas! Me han entretenido con sus mofas y sus lenguas de bilis... Pero, aguarda un segundo, que lo vuelvo a calentar; tu, hijo, siéntate mientras tanto.

Ezequiel observó al farero mientras colocaba leña al fuego y apoyaba con extremo cuidado una cafetera de latón, de base ennegrecida, muy distinta a la cafetera eléctrica que tenía él en su casa.

----Mi madre debe andar preocupada; a lo peor piensa que me he ahogado.

El viejo no contestó, se limitó a volver cargado con unas tostadas, mantequilla y un tarro de miel.

----Cuando abrí la puerta, besabas el suelo, con el cuerpo todo hecho un pingajo. Yo te desnudé y te curé las heridas con ron, pues no tengo otra cosa; luego te acosté ----Ezequiel sintió una ola de rubor escalar a sus mejillas.

----¿Cuánto tiempo llevo aquí? ----preguntó el náufrago.

----Dos noches con sus días. Hoy por fin has despertado, bello

durmiente... Te has librado por los pelos.

¡Dos días! Le vino de golpe el recuerdo de su madre, de todos sus amigos, que seguramente le andarían buscando, y el rostro se le entristeció. El farero lo notó, y le animó a que atacara la fuente de las tostadas. Ezequiel engullía una detrás de otra; cuando acabó con todas, se quedó mirando las manos de su anfitrión: tenían unas manchas oscuras en la piel, y las movía mucho al hablar. Se entretuvo luego en los ojos: ¡Tenía la mirada extraviada! Los ojos, grises y tan claros como perlas, carecían de brillo. Llevaba el viejo la camisa abierta; una camisa roja, de seda, y del pecho, de cobre como el resto de su piel, brotaba una selva de vello blanco. Tenía, anudado al cuello, un pañuelo de cachemira, de tonos ocres. Lo más peculiar de su atuendo, eran unos botines anacrónicos, de charol, con las cañas de tafilete encarnado. El pantalón, blanco, de pierna ancha, era de uso común entre la gente del mar.

Ezequiel le preguntó:

---¿Eres ciego?

No hubo respuesta. El viejo permaneció estático, sin decir palabra.

Tras un prolongado silencio comenzó a relatar su historia:

A los pocos años de estancia en el faro, plaza que, según dijo, consiguió tras mucho esfuerzo y estudio, ocurrió una desgracia.

----Una tarde ----dijo, ensimismado----, me disponía a calentar

un poco de agua. Al acercarme junto al fuego, tropecé con algo; en ese mismo momento, se levantó una ráfaga de viento enviada por el diablo; un remolino de pavesas incendiadas se formó en torno a las llamas, y mis ojos ardieron como dos canicas de gelatina. Me cubrí la cara con un paño húmedo, pero de nada sirvió; el daño ya estaba hecho. No podía pedir ayuda, estaba solo y ciego. Desde entonces, no hago otra cosa que disimular, soy un perfecto farsante. A la vista del puerto, así como para los mozos que mandan trayendo provisiones, veo mejor que un halcón. Éste será un secreto entre tú y yo, ¿de acuerdo, chafandín? El otro, el secreto del faro, no tardarás mucho en descubrirlo.

5

El viento soplaba con fuerza, golpeaba los cristales mientras que la lluvia hacía sonar el faro en mitad de la noche con el estruendo de la garganta de un león. En los interiores del faro, Ezequiel observaba con admiración la potencia de los ronquidos del viejo de barba cana. Un golpe de mar lo despertó y le hizo incorporarse en el desvencijado camastro. Ezequiel no le quitaba ojo: lo vio frotarse los párpados, las sienes, sacudirse el pelo duro y puntiagudo, como el de un gallo de pelea, llevarse ambas manos a la cerviz dolorida, y masajearse los trapecios, tan a la vista, por ser de cuerpo escuálido y de huesos largos. Ezequiel sintió que le miraba. Esos ojos, grises como las rocas mojadas por el mar; esos ojos decían no ver y, sin embargo, veían más allá de la línea curva del horizonte, mejor que el ojo adiestrado de la gaviota; y, Ezequiel, recordó las tragedias griegas que le diera a leer su madre, la de aquel viejo *Tiresias*, que todo lo abarcaba siendo ciego, lo celeste y lo que pisa sobre la tierra.

Ezequiel se rió, pues este recuerdo lo devolvía de pensamiento a su casa, al instituto donde estudiaba, pero enseguida le llegó la nostalgia. El farero se percató de ello y dijo:

---Te extrañas de ver un hombre viejo y anciano salir del sueño y quedar en el mundo de las apariencias; tus ojos me ven, me auscultan. Lo siento, muchacho. Te estás preguntando qué es lo que voy a hacer contigo. Te preguntas, en fin, si te haré daño o si, por el contrario, me portaré contigo como un amante fiel, esclavo de tu natural encanto.

"Muchas preguntas son esas ----pensó Ezequiel----. Yo, tan sólo me pregunto por la manera de escapar de este lugar, pero si no es lo que quiere oír este anciano, así se lo haré creer... Mejor aún, imitaré su extraña forma de hablar..."

----¡Oh, Tiresio! ----dijo burlonamente-----. A ti debo el haberme salvado. Me curaste las heridas, me abrigaste, ¡tu velaste mi sueño! Ahora me veo entero y a salvo. ¿Cómo podría recompensarte?

----Solamente hay una manera, hijo... Pero, ¡no hablemos de ello por el momento! Hay tiempo, estamos aislados en este faro, apartados del mundo ----los ojos de Ezequiel se vieron cruzados por una leve sombra----. Sí, chafandín, no tendrás más remedio que convivir conmigo una semana entera. Sé que estamos en diciembre, que tienes vacaciones, que en tu casa estarán preocupados. Pero, ¿qué es una semana? ¡Nada! Cuando quieras darte cuenta, estarás de nuevo en tu casa; además, yo te contaré mi secreto: Está escrito, hace tiempo que espero tu llegada, hijo...

Pensarás que le faltan juicio a mis palabras, pero, escucha, mis días y mis noches son un círculo cerrado, yo tanteo con mi bastón todas las mañanas, un bastoncillo de almendro para el duro caminar... ¡Y el cielo me muestra el sendero con claridad prístina! ¡Tu sanarás, y volverás con los tuyos con el corazón destrozado! ¡Mi último aliento será para ti riqueza y tesoros! ¡Mi muerte será tu beneficio y tu manto será para mí fría y lúgubre tumba!

Ezequiel lo miró estupefacto, ya que nada podía sacar en claro de aquellas palabras. ¿Era Tiresio un loco de verdad, o solo un majadero? Vio sus manos, con esas extrañas manchas, agarrar un cigarro y encenderlo, gracias a la lumbre de un candelero de bronce, del que subía la llama de una vela verde, impresionando en la pupila de Ezequiel las profundas arrugas que surcaban la frente del viejo, y los párpados pronunciados, que parecían la réplica de las oscuras ojeras; y pensó, que aquel rostro, iluminado por la última llama, haría retroceder al mismísimo Lucifer.

----¿Puedo hojear en tu biblioteca? ----se atrevió a preguntar Ezequiel, no sin cierto afán de calibrar la reacción del viejo----. Tienes una buena colección, algunos libros son muy antiguos.

----Hojea lo que te plazca, siempre y cuando no toques los libros del segundo estante. No debes tocarlos por nada del mundo, ¿entendido? Si lo haces, una maldición caerá sobre ti.

----¿En serio?

----No, ay cándido, pequeñuelo... Lo que ocurre es que la humedad se ha comido las hojas; están podridos por dentro, por lo que el papel se desmenuza al contacto con los dedos. ¡Una lástima! En fin, yo ya no puedo leer, tal vez tú quieras hacerlo por mí en voz alta. Todo el estante inferior está a tu disposición... ¡Pero no toques los demás! ¿Entendido?

----Como digas... No tengas cuidado, que así lo haré ----contestó Ezequiel, simulando nada saber del verdadero motivo que tan torpemente ocultaba aquel inquilino del faro----. Al fin y al cabo, he tenido suerte, porque las dos cosas que más me gustan en este mundo son leer y coger olas.

El farero rió para sí, porque recordaba, antes de quedar ciego, haber visto a cientos de jóvenes saltando sobre las olas, embutidos en sus trajes de neopreno. No era tanta la distancia entre el faro y las playas, tan sólo una milla escasa separaba el islote de las playas de la costa. Sin embargo, había un lugar mucho más cercano y Ezequiel estaba a punto de localizarlo.

----¿Qué es esa mole de piedra, de torres picudas, que se alza en lo alto de aquel monte, y que parece estar tan cerca de nosotros? ----preguntó con voz teatral, señalando un punto, a la vista por el hueco de la puerta----. ¿No es el palacio del Sobao?

----Tú lo has visto y ahí está, delante de tus narices.

----Pero, juraría que estábamos mucho más lejos, millas de

distancia, mar adentro.

----Y así parece, ¿verdad? Es un problema de perspectiva ----explicó----. Desde Puerto Chico, la distancia se alarga, debido a la embocadura de la bahía, lo mismo que desde las playas del Sardero y Cabo Grande. En cambio, detrás del Palacio, un frondoso pinar, escondido de las miradas del mundo, extiende sus árboles delicadamente hasta las aguas del mar. Yo, he pensado a veces, que esos pinos anhelan fundirse en gozoso abrazo con nuestra roca, que en otro tiempo les perteneció; y, que, si aparece la isla sola, no es sino fruto de la erosión y otros agentes geológicos.

El viejo se frotó enérgicamente los pelos duros y bien recortados de la barba antes de continuar:

----He calculado la distancia y no supera la media milla ----Ezequiel escuchaba con interés----. Un día, si el mar acompaña, y con un bote de remos, podría hacerse la travesía en menos de dos horas ----al oír esto, los ojos del chico brillaron----. ¿Qué tramas? ¿Qué ciernes, chafandín? ¿Crees que no me doy cuenta de lo que estás pensando? Si por tu cabecita ha pasado la idea de huir por mar, ¡no insistas! Hay unas corrientes peligrosísimas... Tú mismo fuiste víctima de lo que digo. Esa fuerza inmensa que te arrastró hasta aquí, a ti y a tu tabla, volvería a hacerlo y, ¿quién sabe si saldrías con vida del empeño? La resaca y el remolino, sin duda te

engullirían, saldrías con la cabeza irreconocible, el cabello blanco y la piel toda arrugada, el susto mayúsculo en el mismo centro de la retina. ¡Olvídalo! Todo buen nadador conoce esta máxima: Cuando la resaca tira, el camino más corto es el primero que hay que desdeñar; o te ahogarás.

----No… no pensaba marchar de su lado… ¡ni harto de vino! ---- se atrevió a decir, un poco asustado.

El farero se tumbó serenamente en la mecedora y comenzó a columpiarse en ella. Encendió otro cigarro, mojando el filtro con los labios. Metió una cinta en un viejo casete y pulsó una tecla. La sala se llenó del sonido perezoso, caliente y húmedo, de una canción de blues. Ezequiel cogió la funda, para buscar el título. Se llamaba *Magnolia*. Nunca antes había escuchado algo tan ajeno al paso del tiempo. Mientras tanto, el viejo seguía mojando el filtro del cigarro, absorto. El bigote, le caía sobre los labios, muy rojos y de graciosa curvatura en forma de corazón. Ezequiel creyó notar que lo miraba de soslayo, con un gesto extraño. Éste se humedeció los labios con la punta de la lengua; encendió el cigarrillo y le dio una bocanada larga; luego, cruzó las piernas, dejando que uno de los pies oscilara, del talón a la punta, y viceversa.

6

Aquella misma tarde, como había prometido, el viejo le invitó a conocer el secreto del faro. Los anaqueles repletos de libros disimulaban un falso muro que, en realidad, giraba sobre su eje.

----¡Acércate más, chafandín! ¡Y a ver dónde pisas! Será mejor que te alumbres bien con la linterna.

----¿Y tú, Tiresio?

----Sígueme y no te preocupes; conozco el camino de memoria.

El farero se abría camino en la penumbra con llamativa seguridad. El piso, de roca pulida, estaba húmedo y resbaladizo, con algo de musgo en algunos puntos. Gotas intermitentes, distanciadas, caían del techo de la gruta, provocando una vibración acústica de extraordinaria belleza. La luz eléctrica alteró el sueño de los murciélagos, que se pusieron a chillar. Ezequiel no las tenía todas consigo, más viendo al viejo atravesar la gruta con la agilidad de un leopardo, mientras que él necesitaba tantear a cada paso el visco de las paredes, para no zascandilear y caer. Pensó en retroceder, en bloquear la puerta falsa y buscar la forma de escapar, o esperar la llegada de la lancha con las provisiones. Tropezó entonces repentinamente con la espalda del anciano, que

había frenado en seco.

----A partir de ahora, cuidado con hacer ningún ruido. ¿Ves esos apoyos, como herraduras, que salen de la piedra? Forman una escalera profunda, de unos quince metros. Desde aquí parece un foso sin fondo; pero no temas, que no hay cocodrilos. Baja despacio y recuerda: ¡ningún ruido!

----Es un alivio lo de los cocodrilos, pero…

----No tengas miedo, yo iré detrás de ti ----el farero cuchicheaba en su oreja, haciéndole cosquillas con el bigote----. Ya me dirás luego si no merecía la pena, raquerillo, que no eres más que un raquerillo.

Ezequiel agarró la linterna con los dientes y fue descendiendo lentamente, primero una mano, luego un pie. La distancia entre el último apoyo de hierro y el firme era grande, lo que le hizo dudar antes de saltar, pero al fin lo hizo. Se halló en una pequeña cripta abovedada, con pasadizos a cada lado, totalmente a oscuras. Un hilo de luz tenue provenía de un tercer corredor. El leve destello rosado venía acompañado de un murmullo de voces lejanas. Y lo que era aún más increíble: ¡Música! ¡Trompetas, y la voz de una mujer, cantando! Ezequiel giró y vio los zapatos de charol con las cañas de tafilete encarnado del farero asomar por el foso y descender a la cripta. Cuando tocó el suelo, hizo una seña a Ezequiel para que lo siguiera. A pocos metros apareció con toda

nitidez el marco de un ventanillo ojival tan estrecho que ni un niño podría por él asomar la cabeza. El ruido de tambores se unió al de las trompetas. El viejo puso una mano en el marco, y la piel se le tornó bermeja, mientras, con la mano libre, agarraba al muchacho del codo; éste, aturdido, fue acercándose a la luz. Lo que allí vio parecía fruto de una alucinación:

La roca se abría, formando una caverna de dimensión colosal; en su vientre, bien podría albergarse un gran templo. Ezequiel recordó antiguos grabados de cámaras aztecas, donde se realizaban horrendos sacrificios humanos. Quince mesas, situadas con holgura entre ellas, se dividían el amplio espacio. En el centro, sobre una pista de baile adornada con un mural polícromo que reproducía un viejo mapamundi, podían percibirse las siluetas de las parejas de bailarines que iban y venían, tropezándose entre sí, como ebrios y atolondrados. Una masa de humo compacta, como pardo flogisto gaseoso, serpenteaba buscando las alturas de la caverna, de las que se suspendían gigantescos ventiladores dorados, cuyas aspas segaban el humo, igual que dalles de filo certero. Los músicos llenaban las gradas próximas al escenario, ocupado éste por una cantante negra ataviada con un pareo y un turbante. Llevaba los pies descalzos, al igual que los músicos y el coro, mujeres de piel oscura de idéntico atuendo. La cantante rugía como en estado de trance, por encima del sonido del tam-tam.

Detrás, vino a unirse el coro, dándole frase de réplica, y la pieza finalizó con los vientos inflados, abusando de los tonos altos, en un último grito orgiástico que levantó una gran ovación. Una flauta travesera llenó de dulzura el ambiente y, la orquesta, continuó tocando una pieza suave de transición. Ezequiel prestó atención a una barra de bar descomunal, con forma de media luna. Sus ojos quedaron clavados en las formas de una mujer de piel canela, tapada por un diminuto chal granate de brillante bisutería. Aguzó la vista y pudo distinguir cómo se desprendía del chal unas décimas de segundo. El pecho de la mujer era firme y dispuesto y, el vientre, liso y recto; dejaba descansar ambas manos en la parte interior de los muslos, creando cortina con los flecos del chal, mientras le guiñaba el ojo a un hombrecillo trajeado, que a punto estaba de sufrir un patatús. La mujer cogió de la mano al hombrecillo, mostrándole el talle de nativa diosa oriental del Singapur y, Ezequiel, no pudo por menos que suspirar al verlos desaparecer, tras unos gruesos cortinajes de terciopelo rosicler. Le hubiera gustado saborear por más tiempo las ondas de cabello de reflejos azulados, la larga cabellera negra, cayendo por los hombros. Malgastó unos segundos imaginando cuál sería el olor de su cuerpo, moreno y salvaje.

Volvió atrás la cabeza, con intención de comentar con el viejo tan fascinante descubrimiento; lo llamó:

----¡Tiresio! ¿Estás ahí?

Pero nadie respondió. ¿De qué color serían sus ojos? Soñó con unos ojos verdes, secretos, como las aguas tibias del caribe, apuntando hacia él...

Tan obnubilado estaba, que no se percató de que habían advertido su presencia. En una de las mesas de la caverna, alguien se agachaba al oído de un hombre extremadamente gordo, cuyas carnes desbordaban el asiento. Éste, dio una calada húmeda a su cigarro habanero, y lo dejó a medio apagar. Se trataba de don Francisco, el gran gurú de las noches prohibidas de Emeteria, el responsable de las jocundas gollerías que se celebraban en el exótico quilombo subterráneo: el club *Sherezade*. Tenía don Francisco la cara aniñada, fláccida, y papada hiperbólica; los ojos eran azules claro, vidrioso, y los hacía rotar hacia el cogote. Pudo ver cómo se palpaba el pelo, amarillento y ralo, peinado con raya a un lado. Pero éste, al descubrir la sombra del zagal en el ventanillo, enarcó una ceja; chasqueó los dedos y, acto seguido, su corpulento servidor, se alejó de la mesa con paso presuroso.

A velocidad de vértigo, Ezequiel sintió la presión de una mano enorme que, de la oscuridad, lo obligaba a cerrar la boca, mientras lo abrazaban por el estómago; intentó zafarse, pataleó sin éxito, hasta que el oxígeno dejó de llegar a sus pulmones. La garganta le

abrasaba. Habían hecho con él una presa perfecta. En menos de un minuto perdería el sentido por lo que, adelantándose a lo que iba a pasar, Ezequiel simuló desmayarse. El gigante, viéndose libre de resistencia, le agarró por debajo de las axilas y lo arrastró unos metros. Alzó, luego, el cuerpo; lo dio la vuelta y lo cargó sobre su hombro. Ezequiel, aterrado, contenía la respiración. Pudo notar que lo bajaban en volandas por unos peldaños irregulares; el giro en espiral que seguían sus piernas en vilo le hicieron comprender que le estaban llevando a algún lugar por una escalera de caracol. El alboroto que llegaba desde la sala se incrementó; siguieron bajando y el ruido fue disminuyendo hasta desaparecer detrás de un portón de hierro, cuya cancela rechinó en las paredes de la fría celda. El gigante arrojó a Ezequiel contra el suelo; le habían encerrado en una mazmorra, tan oscura, que ni un solo rayo de luz llegaba de ninguna parte.

En la negrura del encierro, Ezequiel se puso a cavilar oyendo el eco de su propia voz:

----¿Por qué se esfumó tan pronto? ¿Por qué cuando apareció esa especie de bola de sebo, él, el ciego Tiresio, tan amable y hospitalario, ya no estaba allí? ¿O quizá sí? Tal vez, se escondiera, tal vez no tuviera tiempo para avisarme…

Necesitaba confiar en alguien. La humedad era insoportable, los

dientes y los meniscos de las rodillas le repiqueteaban sin cesar. Arrebujado como estaba en un rincón, se sintió de pronto viejo y cansado. Era la primera vez en toda su vida que tenía una sensación semejante, una mezcla de melancolía, nostalgia y profunda soledad. Porque hasta entonces siempre tuvo cerca a Teresa, su madre, y lo que ella representaba: comida, dinero para ir al cine, o para bajar a los bajos; los regalos cuando, tras ausentarse por los asuntos de la editorial, volvía a casa, siempre de buen humor; el zumo de naranja, llevado a la cama muy temprano, los días que agarraba la gripe; y la tabla de surf, claro. Hasta hace dos años, y eso que él ya había dado el estirón, dormían siempre juntos, como dos astronautas, pegados debajo de las sábanas. Cuando ella no estaba, él tomaba la misma posición, recordando su olor, a leche y a miel y a jazmín, justo antes de quedarse dormido. Ahora no tenía a nadie; estaba solo, hambriento, le dolían los huesos. Los párpados se le caían de sueño y, al instante, volvían a abrírsele, tal era el estímulo de los escalofríos. Como no podía conciliar el sueño, se puso a recordar cosas agradables. "¿Qué estaría haciendo en estos momentos María?" El verano pasado, quedaron, por primera vez, muy pronto, casi al amanecer. El sol se colaba por las ramas altas de los pinos enormes. Ezequiel esperaba en un poyo la llegada de María. De su casa al pinar de San Roque, lugar de la cita, no tardó más de un cuarto de hora.

María se retrasaba. Mientras esperaba, se entretuvo jugando con una ardilla que se empeñaba en escalar por su pantalón. María llegó por fin, con un vaquero azul marino, un polo gris y un jersey verde sobre los hombros. Pasearon muy despacio, sin hablarse, casi sin tocarse, notando su mutua presencia por leves roces, como cuando el hombro de ella se echaba sobre su brazo.

----Pareces un pendulín.

----¿Qué?

----Un pendulín... Andas así, mírame.

Y se puso a imitarla y a moverse aparatosamente hacia los lados, manteniendo las piernas juntas y la cadera recta. María fingió sentirse ofendida:

----Eres un idiota ----le dijo, con tal dulzura, que a Ezequiel le parecieron las tres palabras más hermosas jamás pronunciadas por la especie humana. Juró recordarlas siempre así, salidas de sus labios rojos casi en un susurro, malicioso y encantador. Ezequiel se armó de valor para decir lo que tenía planeado:

----María, esto...

----¿Sí? ----se diría que andaba desde hacía rato esperando este momento.

----¿Quieres salir conmigo? ----Se había atrevido a decirlo. Después no se paró, sino que siguió andando, sin darse cuenta de que María, rezagada, estaba quieta, sonriéndole, escondiendo las

manos en las mangas de jersey; y le había contestado, y le había dicho que sí, que le gustaba mucho y que cuánto había tardado en preguntárselo; y él, claro, no se lo podía creer, así que se comportó como un bobo, haciendo piruetas y revolcándose por el suelo. María lo veía hacer y reía. Se tumbaron juntos en la hierba, sobre una mullida capa de hojas secas; la miró a los ojos, y creyó estar flotando, como en algunos sueños en los que caía por una ladera, hasta que, de pronto, comenzaba a planear y pensaba que aquello era real, que no se trataba de un sueño, que podía volar. Luego, siempre despertaba con la frustración. María se le acercó un poquito más, como si quisiera verse reflejada en sus ojos, y le besó.

----Hay que sellar el trato ----le dijo al oído----. ¿A que sí?

Ezequiel, entonces, se sintió felizmente torpe, alelado; probaron a darse un nuevo beso, acercando sus torsos, hasta que quedaron enlazados, sin hacer ninguna presión, acariciándose lento.

Algo le hizo volver a su rincón húmedo. Eran voces y pisadas que llegaban desde el otro lado del portón de hierro, donde alguien trajinaba con los cerrojos. Cuando el ruido de pisadas se silenció, Ezequiel se apresuró a llegar hasta la puerta y comprobó que estaba abierta. Le habían liberado, pero nadie vio, por lo que siguió con cautela por el corredor en penumbra. A un lado, distinguió una luz, por los entresijos de una puerta; la abrió y entró. El lizo

de luz se trasformó en chorro incontrolado y Ezequiel, dejó que la melena rubia y rizada le cayera sobre la cara para soportar el fogonazo; poco a poco, el retiñir de cientos de estrellas insertadas en las pupilas se fue difuminando. Entonces vio, frente a él, la imagen de la nativa diosa oriental del Singapur a un metro escaso. A su izquierda, se recortaba la mole del gigante que a punto estuvo de ahogarle. Detrás, otras figuras parecían auscultarle. El gigante lo cargó como a un fardo y la extraña comitiva se perdió por un laberinto de senderos, que le condujeron hasta una sala tan iluminada como la anterior y en la cual pudo comprobar con gran dolor de sus huesos la dureza del suelo, al ser depositado sobre una alfombra que cubría todo el suelo de la estancia. La piedra de las paredes irregulares, estaba adornada con velos, pareos extendidos, randas finas y pañuelos de seda y de tul. Sobre la alfombra, en una esquina, descansaba un yembé, un sitar dorado, una quena de bambú, una darbuca, y una flauta de marfil. En el extremo opuesto, ardían leños en el hogar de una majestuosa chimenea. Sobre una mesa descubrió fruteros rebosantes. Ezequiel, hambriento, comenzó a morder la fruta como un salvaje. Se disponía a atacar una manzana roja, madura y brillante cuando, de detrás de un biombo con grafismos ocres, al estilo japonés, llegó la cálida voz de una mujer; era ella, que por alguna desconocida razón, había decidido esconderse.

----¿Tienes hambre, mi bien? ----dijo, con voz de arena y de fuego.

----¿Quién eres?

----No temas, mi chico hermoso ----tras el biombo apareció la mujer, que fue acercándose hacia él a pasitos cortos y ágiles, cubierta solo por el diminuto chal. Ezequiel vio sus ojos y se llevó una desilusión. No eran verdes, sino garzos, como el agua en alta mar. Dio un paso atrás y, ella, al descubrir la impresión que estaba causando en el chico, rió con graves carcajadas.

----¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres? ----quiso saber Ezequiel. La distancia entre ellos fue menguando, y ya casi podían rozarse cuando ella, con voz serena y profunda dijo:

----¡Mi nombre es el de todas las mujeres! ¡Yo soy quien limpia de recuerdos la memoria y, en su lugar, entro yo! Y ahí mismo ---- dijo, tocando con el índice estirado la frente del chico---- me quedo a vivir para siempre, inundando tus días de gozo, alejando todas las sombras, como en un precioso sueño... ¿Me crees?

Dicho esto, la mujer se abalanzó sobre él, colocando los dos brazos en su espalda; Ezequiel la miraba fijamente sin saber cómo reaccionar. Ella le apretó por las costillas con una fuerza que no era la que cabría esperar de una mujer, y lo besó en un abrazo sin fin. Ezequiel creyó desmayar, sentía el calor de su piel ardiente, envolverle más y más, y acabó perdiéndose en el cuerpo de la mujer, cual Empédocles caído en el éter sagrado del Etna. Los

instrumentos de la esquina se pusieron todos a sonar, protagonizando una melodía llena de misterio.

----¡Basta, nenita! ----dijo una voz aguda, desde alguna parte.

Era él, don Francisco, tocado con laurel en la cabeza y una túnica que le llegaba hasta los tobillos de color crema. Al chasquear los dedos, el séquito desapareció, y antes de que acabaran de cruzar la puerta, don Francisco les gritó:

----¡Que alguien llame a la comisaría de Emeteria y hable con el sargento Carrascosa, a ver si ellos saben algo de este chico.

Ezequiel no podía articular palabra. ¿Habría muerto ahogado? ¿No sería aquello lo que llamaban el purgatorio? Don Francisco lo observaba de abajo arriba con ambas manos enlazadas a la espalda.

----Bien, joven ----arrancó a decir----: no sé cómo diablos has llegado hasta aquí… Y no me digas que te has caído del cielo.

----No tiene derecho a retenerme ----replicó Ezequiel.

----Calma, fierecilla, te voy a decir algo muy importante, así que presta mucha atención: Este lugar es de la más estricta confidencialidad, así que si alguien se va de la lengua, desaparece. ¿Entiendes lo que te quiero decir? Tu, no has visto nada, ni oído nada, este lugar no existe, no ha existido nunca, ¿vale? Me dolería mucho enterarme de que has hablado con alguien o que, sin querer, se te escapó algún comentario. Porque si eso sucede, te

aseguro que tus padres se iban a llevar el disgusto de su vida ---- Ezequiel le contestó sin amilanarse:

----No tengo padre, pero eso a usted no le importa. En cuanto a lo que dice, no tenga cuidado. No soy ningún chivato. Ahora, con su permiso, me gustaría marcharme.

----No sin que antes me expliques tu enigmática llegada al interior de la roca.

Había que inventar algo rápidamente... Ezequiel no podía permitirse el lujo de exponer al farero, en estos momentos su único aliado. Daba la impresión de que desconocían el pasadizo de los murciélagos...

----Se lo diré: esta mañana, bajé a Puerto Chico y, al ver un velero deslumbrante, a punto para zarpar, no me lo pensé dos veces y me monté en él. Me escondí bajo la lona de un bote y, cuando noté que comenzaban a desembarcar, esperé el momento propicio y salté. Aproveché para colarme, mientras los porteros fumaban un cigarro. Dentro de la roca, había tanta gente elegante, que me asusté y busqué un lugar donde esconderme. Encontré una escalera, subí y allí me quedé hasta que me descubrieron.

Ezequiel aguardó en silencio; no había contado una sarta de mentiras tan larga y de corrido desde hacía mucho tiempo.

----¿Cómo? -----dijo don Francisco----. Pero eso no es posible.

Ezequiel respondió al modo socrático, con otra pregunta,

esperando dejar así zanjado el interrogatorio:

----¿Cómo, si no, pude llegar hasta aquí?

----No lo entiendo ----dijo, rascándose el moflete blando y colgante----, pero lo averiguaré, no lo dudes. En fin, no perdamos más el tiempo. Y ahora, dime: ¿qué voy a hacer contigo? Déjame pensar... Tal vez me sirvas para algo. Hay un cliente, que ha insistido alguna vez... Bueno, se empeña en probar algo nuevo, y me da que tal vez tú pudieras servir. A ver, quítate la ropa, que te vea yo...

----¡Ni hablar! ----Ezequiel alcanzó de un salto el rincón donde se agrupaban los exóticos instrumentos, cogió la darbuca, la levantó y le dio un tremendo golpe en el moflete; Don Francisco, tras el impacto, cayó panza arriba, y se puso a patalear como un escarabajo.

Corrió sin mirar atrás con todas sus fuerzas buscando la salida. Dudaba en cada esquina, el laberinto le pareció indescifrable, hasta que afortunadamente descubrió una colilla del tipo de cigarro que solía fumar el farero tirada sobre el frío suelo de roca. Decidió seguir en esa dirección. Los gritos de sus perseguidores se oían cada vez más lejos, eran ya casi imperceptibles. Por fin llegó hasta el foso, miró hacia arriba y, antes de saltar para poder asirse al primer apoyo de hierro, se dirigió un segundo al ventanillo ojival traspasado por el haz rojizo de luz. En la barra de media luna

estaba ella, la nativa diosa, con los brazos apoyados, de espaldas, moviendo la pierna de forma que los flecos del chal se abrían al roce con la piel desnuda. Ezequiel cerró los ojos para retener esa imagen en su retina, antes de salir definitivamente de allí. Mientras escalaba, Ezequiel se preguntaba cómo el farero, hombre anciano, podía haber sido capaz de dar semejante salto. Siguió escalando y, al rato, se halló de nuevo en el húmedo pasadizo donde la oscuridad mantenía dormidos a los murciélagos. El falso muro cedió después de unos cuantos empujones. Lo volvió a cerrar, miró a su alrededor y vio que, en el camastro, el viejo estaba roncando ruidosamente, ajeno al resto del mundo.

7

El farero despertó. Sentía la presencia del muchacho, aún dormido. Ahora notaba su calor, oía el sonido inequívoco de las páginas de un libro, el suave crujido del papel. Leía. El viejo sintió envidia del chico, pues presenciaba el espectáculo grotesco de su propia vida en declive. La ceguera y la soledad, unidas, le habían procurado desde hacia algunos años una suerte de virtud adivinatoria, una insoportable clarividencia para la cual no existía la ilusión o la sorpresa. Su único consuelo era saber que estaba preparado.

----¿Duermes, Tiresio? ----preguntó Ezequiel.

----No del todo... Dime: ¿de dónde te sacas lo de Tiresio?

----Del *Edipo*... Como no sé su verdadero nombre...

----Llámame como te dé la gana, ya poco importa el nombre. Un farsante como yo, ha de vérselas con todo tipo de heterónimos... Y, ahora, cuéntame, que ansioso ando por saber lo que ocurrió anoche, en el foso.

----Que ¿qué ocurrió? Me giré y ya no estabas.

----Lo cierto es que noté una presencia y me oculté ----se excusó----. No tuve tiempo de avisarte. De verdad que lo siento, chafandín.

----Me llamo Ezequiel, por si no lo sabes ----estaba furioso---- ¡No

puedes hacerte una idea de la que tienen montada ahí abajo!

Ezequiel estaba a punto de ponerse a llorar.

----Olvídalo ----dijo, muy serio el anciano----, Ezequiel, hijo. Fue un sueño.

----¿Qué?

----Has oído bien. Por desgracia, has tenido pesadillas y todo eso que cuentas como vivido, en realidad no es más que soñado.

----¡No son pesadillas! ----esto era lo que le faltaba. No sólo aquel viejo estaba loco, sino que, además, pretendía contagiarle su locura.

----Pero, ¡Tiresio! ¡Bajamos juntos, los dos! ¿Es que ya no te acuerdas? Y el muro... ¿tampoco es verdad que gira sobre su eje?

Entonces se levantó y empujó la pared con todas sus fuerzas sin conseguir moverla un centímetro. El farero cabeceó con aire preocupado.

----Ezequiel, lo que te ha pasado es que has sufrido una alucinación.

Cada vez estaba más desconcertado. ¿Qué le estaba ocurriendo?

----Ya está ----continuó el viejo----, eso es, olvidado. Voy a dar una vuelta.

Se alejó cantando mientras bajaba los escalones que conducían al embarcadero; entró de un salto en un bote de remos,

soltó la cuerda de amarre, y gritó:

----¡Adiós, chafandín! Me voy a charlar con mis amigas las sirenas, que las tengo muy abandonadas. Tu, mientras tanto, puedes hacer lo que quieras.

Ezequiel andaba un poco aturdido, pero no lo suficiente como para no aprovechar la ocasión que el anciano le brindaba. Debía cerciorarse de que, el oro, las piedras y el dinero, no eran, también, fruto de una alucinación. No, no lo eran; ahí estaban los doce lingotes refulgentes, los antiguos billetes de cien dólares, que olían a papel viejo, a polvo y humedad. Ahí estaban las piedras preciosas, esmeraldas y diamantes. Admiró los fulgores maravillosos olvidándose del tiempo, hasta de sí mismo, compartiendo el misticismo de todos los corsarios y bandidos que sintieron lo mismo en épocas lejanas. Una nube tapó el sol, dejando en sombras la estancia. Volvió a guardar todo en los huecos de los libros y a ponerlos en el anaquel prohibido, en idéntico orden y situación.

8

Don Francisco descansaba recostado en una tumbona. Los aburridos magnates de la ciudad de Emeteria llegaban al islote en sus radiantes veleros, seducidos por la promesa de celebrar una cena digna de goliardos, en la que, según lo previsto, la música exótica serviría de prolegómeno, y por la que más tarde desfilarían las mujeres de senos duros y piernas largas: rubias, mulatas, orientales... El club era secreto y privado, solo para iniciados. Nunca llegaban a juntarse más de treinta o cuarenta comensales. Don Francisco profería largos discursos al inicio de cada sesión, para inculcar a los invitados la necesidad de la más estricta confidencialidad y secreto. Desde que abrigara la idea de crear este club selecto, al que bautizó *Club Sherezade*, la lista de espera no había dejado de ir en aumento. A tal extremo llegó la demanda que, viendo peligrar su negocio, negó la entrada a clientes novatos, por muy alta alcurnia y condición que mostraran. Desconfiaba, por otra parte, de la aristocracia y el rancio abolengo, cuyas excentricidades no sabía muy bien cómo satisfacer. El cliente modelo del club era el trepa, el forrado de billetes, la flor de un día, dispuestos siempre a desprenderse de parte del dinero adquirido sin esfuerzo.

En Emeteria los había; pocos, sí, pero mortalmente aburridos. La voz corrió como la pólvora, de despacho en despacho y, al mes de la inauguración, la cartera de clientes estaba completa. La media de edad de los clientes rondaba la cincuentena, la gran mayoría con esposa e hijos, inocentes corderos de las noches locas de sus progenitores y esposos, los cuales, faltos de imaginación, siempre se excusaban con el manido pretexto de un inaplazable viaje de negocios. Don Francisco, a sus chicas, les pedía carne y curvas; no admitía escuchimizadas, y menos aún anoréxicas, esa manía extraña que veía con pena extenderse. ¡Hasta su hija! ¡Su querida Sonsoles! ¡Estaba escuálida la pobre! Le preguntaba, cuando la veía de pascuas a ramos, si es que no la daban de comer. La niña pasaba entonces sin dirigirle la palabra, como sonámbula, por delante del televisor, derecha hacia su habitación.

La clientela del club subterráneo exigía tener donde coger: buenos pechos, grupas en pompa, o en su defecto, los secretos del amor de las orientales y su embrujo hipnótico. Y estaban todos encantados. Un éxito, un rutilante éxito. Las chicas vivían allá, eran residentes y, entre sus labores, ocupaba un lugar importante el estar al cuidado de la decoración de interiores. El resultado final era un crisol de sedas y paños de los más inhóspitos países, adornando a las muy principales tumbonas, pensadas para el goce epicúreo de los sentidos. Los clientes terminaban su hartazgo

cogidos de la mano de la mujer elegida. Se les incitaba a buscarse una preferida, por lo que raro era verlos disputar por los favores de alguna en particular. Los tabucos, por su parte, eran casi monacales, servían para lo que servían, sin más contemplaciones. Nunca se vio un negocio más próspero y armonioso. Por eso, la preocupación de don Francisco era grande. Dejó una fuente de huevos rellenos, y tragó, casi sin masticar, unos tacos de jamón serrano, mientras le servían otra copa de vino en una redoma de cristal, a falta de ánfora romana de barro. Él, como anfitrión que era del club, solía hacer honor a su condición según sus gustos, luciendo una túnica a modo de *pater familias*. ¡Cómo le gustaba la actitud de Nerón, de Calígula! "Definitivamente ----solía decirse----, éste no es mi siglo". Ahora, tumbado en escorzo, movía graciosamente los dedos regordetes de los pies, por encima de las sandalias a la griega. Sí, preocupado estaba, y algo nervioso e inquieto, por la aparición fantasmal del chico rubio. Le decían que se había escapado. "¡Nadie desaparece así como así!"----murmuró, al mismo tiempo que dejaba la copa de vino y cogía el teléfono que le tendían:

----¿Es usted, Carrascosa?

----Si, don Francisco, ya me han dicho, ya…

----Y, ¿cómo explica que aparezca en medio del club este angelito?

----Pues, precisamente lo andábamos buscando, don Francisco. Su madre, la señora viuda de Pereira, Teresa Pereira, denunció anteanoche su desaparición. Debió de colarse, ¿me oye usted?

----Sí ----contestó, bostezando----, le oigo. Eso mismo me dijo el zagal, ¡antes de arrearme con unos tambores en mitad de la cara! Aún me duelo del golpe... Pero, ¿cómo diablos entró?

----Don Francisco, estos chicos son como anguilas, escurridizos.

----Eso será... Por lo pronto, voy a ajustar cuentas con los encargados de puerta. ¡Panda de gandules! Pero, dígame, Carrascosa, que para eso es policía, ¿cómo explica su desaparición?... No, no está. Hemos registrado cada rincón de esta roca que, al papa lo que es del papa, me está haciendo rico gracias a su inestimable colaboración... Y, ¡digo! ¡Nada, ni rastro del chico! No quiero intromisiones en mi negocio, Carrascosa; sabe que por aquí pasa la flor y nata de la ciudad.

----Sobrado es que me lo recuerde. Me hago cargo...

----¡No, no se hace cargo! Quiero decir, que si mi negocio fracasa porque alguien, quien sea, y me importa un pimiento su procedencia ----un ataque de tos le hizo interrumpirse----... porque alguien, ¡digo!, se pone a hurgar donde no le llaman, me vería obligado y, créame, es una pena, a llevarle a usted, sargento Carrascosa, al filo de la guillotina. ¡Ya me entiende!

----Le entiendo mejor que bien, don Francisco, ¡no sabe cómo le

entiendo! Pero mire, no tiene por qué preocuparse. Está todo bajo control... Por cierto, el viejo del faro, ¿sigue en las mismas?

----Pues ahí sigue, sin enterarse de nada. Para mí y entre nosotros, que es una suerte tener un farero loco, porque hay que ver cómo patina el pobre hombre, habla como si fuera una pitonisa, todo elíptico él. Y dígame, Carrascosa: ¿Los barcos? ¿No se estrellan unos con otros?

----Él cree que nos engaña y hace como que puede ver. Por el tema de los barcos, no se preocupe, que para algo sirven los destellos del otro faro, el de Cabo Grande.

----Bueno, bueno. Pues entonces no me lo cambie.

----Oiga don Francisco: cuando el chico aparezca, no olvide por favor dejar un mensaje en comisaría, su madre ha contratado un detective que...

----¡Qué! ¡Por las barbas de Moisés, las de Cristo y las de mi abuelo que en paz descanse! Evite que husmee, Carrascosa... Paralícele, no sé, haga lo que sea. ¿Cómo se llama ese hombre?

----Carlos Postigo.

----¡No quiero oír nada más! Se me está indigestando la cena. Adiós, sargento, cumpla con su deber. ¡Gánese el sueldo, coño!

Carrascosa colgó el pesado auricular negro que descansaba en el metálico escritorio de la comisaría. Los archivadores, el triste

flexo, la mesa de escribir, una cuantas sillas... Ese era todo el mobiliario de la comisaría central de la Plaza Portada, en Emeteria. Sacó de la gaveta un galón de coñac, y dio un trago a gollete. ¡Qué sobresaltos, Dios Mío! En fin, por lo visto, querían hacerle trabajar.

----¡Agustín Martínez!

----Sí, señor, a sus órdenes ----contestó rápido el interpelado, levantando la napia del informe de un robo ----un tirón de bolso---- al que parecía encontrar algún esotérico sentido.

----¡Vete sacudiendo esas ideas que se te escancian por los hombros, muchacho!

"Ya está otra vez rebuznando este podenco"----pensó Agustín, mirando de hito en hito a su superior por encima de los lentes.

----No lo pillo, señor ----contestó.

----¡Que te quites la caspa del occipucio, pachón! A ti, es que hay que hablarte en plata o no capiscas.

----Sí, señor, como ordene ----y se atusó con la mano las solapas del uniforme.

----Hablaba en figurado, Agustín, mira que eres zoquete... Te digo que tenemos que mover el trasero.

----¡Pues a moverlo!

A moverlo, a moverlo... Carrascosa se quedó mirando el largo corredor que los separaba de la entrada y, por un momento, vio en él un rumbo oscuro e inquietante.

Y, sin más, se recostó en el respaldo de la silla, colocando las dos piernas sobre el pico de la mesa. Advirtió que Agustín lo espiaba de refilón, pero se abstuvo de hacer comentarios.

9

La madrugada del viernes, Carlos Postigo recibía una llamada telefónica en su casa de la calle Martirio, número 18, quinta planta. "¡Dichoso teléfono! ----en ese instante preciso, la cafetera comenzó a regurgitar, con ese sonido de locomotora y esa manera de escupir nubecillas de humo que avisan del café recién hecho----. ¡A ver si me compro un contestador automático! "Si tiendo la ropa, llueve. Si preparo café, alguien llama", aforismo de mi invención." Bajó, malhumorado, las escaleras que separaban la cocina abuhardillada del resto de la casa. Olvidó cerrar la ventana, así que cuando llegó al salón, comprobó que el viento frío del nordeste se había llevado por delante los papeles que yacían desperdigados por la mesa de escritorio. De la Plaza del Bombo, llegaba el murmullo de los bares y cafés. Una gaviota pasó gritando por el balcón en el momento en que levantaba el auricular:

----¿Quién llama?

----Disculpe -----comenzó a decir una voz de mujer, al otro lado de la línea----, ya sé que no son horas, pero tengo entendido que los detectives privados nunca descansan.

----No se fíe.

----Desearía hablar con Carlos Postigo , ¿es usted?

----El mismo.

----Escuche: hace tres días que mi hijo desapareció; al principio pensé que se había ahogado, pero no hay noticia al respecto. No sé, tengo un pálpito, me da que está vivo en algún sitio, y quiero hacer todo lo posible por encontrarlo. Yo, tuve que salir de viaje, ¿me comprende? Nunca pensé que…

Postigo se despegó del auricular, al recibir el llanto desconsolado de la mujer.

----Perdone, ¿desde dónde llama?

----Ahora estoy en mi casa, en el Sardero.

Se sonaba con un pañuelo, estaba muy excitada.

----Si le parece, podemos hacer lo siguiente: usted me dice dónde vive, la dirección concreta, y en un segundo me planto allí. ¿De acuerdo?

Esto pareció tranquilizarla bastante:

----Gracias, señor Postigo , le juro que estoy desesperada. ¿Cómo? ¡Ah! Sí, claro, la dirección… Apunte: calle Pérez del Valle, número 25.

----¿Y no me va a decir el piso?

----No tiene piso.

----Usted perdone mi torpeza, se me olvidaba que no todo el mundo vive hacinado en colmenas, como las abejas.

----¿Cómo?

----No me haga caso, señora… Pereira, gracias. Muy bien, usted espere tranquila, que enseguida voy para allá.

Hasta que no hubo colgado el auricular, Carlos no se percató de que, por fin, tenía un caso estupendo. Recogió los papeles desperdigados por la alfombra del salón de mejor talante, y apuntó la dirección en una libreta, no se le fuera a olvidar. Se vistió con unos vaqueros y una camisa de color crema, en la que podían distinguirse sus iniciales bordadas en una esquina del bolsillo. Se calzó los zapatos, de cuero y cordones, propios de clima húmedo, y una chaqueta de *tweed*, más que nada por aquello de que la primera imagen es la que cuenta. Lo que vio en el espejo mientras intentaba peinarse el pelo rizado, no le desagradó del todo. Dudó entre afeitarse o quedarse tal cual; optó por lo segundo. Cogió los cigarrillos, el mechero, la cartera, las llaves y, antes de salir, quedó un segundo clavado frente a un retrato de mujer, que le saludaba desde una alacena. La mandó un beso, miró el viejo piano, que ocupaba todo el centro del salón, y se sentó a tocar. Tocó una melodía *honky tonk*, de manera ruda y sin excesiva soltura. Dejó las teclas a mitad de canción, cerró la tapa del piano y volvió al espejo. Aún tenía pelo, más del que cabía esperar en quien, como él, acaba de pasar la frontera de los treinta y cinco. Aquella había sido la primera y única vivienda de sus abuelos. El piano,

perteneció a su hermano, concertista especializado en Chopin, y fallecido en Viena unos años atrás. Las paredes, forradas de papel junto con óleos pintados primorosamente por la abuela, cubrían el espacio entre los vanos de las puertas, mientras que las fotos y legajos de los antepasados se amontonaban en los armarios y estantes. Acaso algún día tuviera valor para ordenar y clasificar todo aquel desbarajuste. Aunque la casa olía a rancio y a humedad le gustaba vivir allí, tal vez porque sentía una suerte de admiración y extremo respeto por los objetos que cohabitaban en aquella casa desde hacía casi cien años. No se atrevía a tocarlos, como si el cambio de posición de una de las marinas enormes, de mares embravecidos, que colgaban de las paredes, pudiera provocar una catástrofe.

Bajó la vencida y combada madera de los beatíficos noventa y cuatro escalones ----no había ascensor----, y salió a la calle. El suelo estaba brillante. Del cielo caía la lluvia sin intermitencias, besando la ciudad como se besan los matrimonios bien avenidos, con el gesto rutinario que tiene la lluvia en el Norte. Carlos tenía aparcado el 132 color plata dos calles más allá, en los aledaños de la plaza del Abrevadero. La plaza estaba tomada por una muchedumbre que, bajo la lluvia, aguantaba impertérrita, con una copa en la mano, fuera de los bares, en dos bandos. Arriba, apoyados en la barandilla de una pronunciada pendiente, estaban

los conservadores, los niños peras, los oficinistas y algún que otro facha... Y las secretarias, las modistillas, las divorciadas o en vías de. Abajo, los progres, los ecologistas, los rojillos. Y las progres, ecologistas y rojillas, junto a las divorciadas o en vías de, obligadas a trabajar el doble cada noche dada su situación, por lo que iban y venían, copa en ristre, de arriba a abajo y viceversa. En el fondo, daba lo mismo ir al Jazz o al Azafrán, pues la copa la tomaban en la calle, en una quietud que de veras intimidaba, como si una nave venida del cielo les hubiera lanzado un rayo paralizador. En realidad, en Emeteria, se divertían todos a su manera: mirando la paja en el ojo ajeno, cotilleando, cotilleando y cotilleando, con una perseverancia digna de mérito.

El coche arrancó después de recibir más de una carantoña por parte de su dueño. Salió de Emeteria, bordeando la bahía, por el paseo de Reina Isabel, hasta llegar finalmente a la dirección apuntada. Correspondía a un chalet moderno, de piedra y madera, de techo de pizarra y hermosa chimenea. Carlos vio moverse los visillos de una ventana, mientras aparcaba el coche. En el buzón, y en la puerta corrediza, comprobó que efectivamente se trataba del número indicado. Llamó al timbre y la verja se abrió. Pasó a un reducido jardín que tenía toda la pinta de prolongarse y abrirse en la parte opuesta de la casa. Era el tipo de casa de alguien a quien le van bien las cosas, pero sin lujo ni ostentación. La puerta se

abrió y apareció, mesándose los cabellos rojizos, la señora Pereira.

----¡Vaya! No tiene chuchos ----advirtió Carlos----. La última vez que vine a un chalet como éste, recibí el mordisco de un pastor alemán; muy viejo, sí, pero se diría que el malandrín no quería irse a la tumba sin antes darse una fiesta. Estoy seguro de que pensaba, día y noche, en lo mismo, cuando por la puerta veía el trajín de gente entrando y saliendo. El perro se murió poco después... Pobre bicho, casi no me hizo daño; me hincó los dientes como quien pega un bostezo. Pero, ¡qué diablos! Discúlpeme, a veces hablo demasiado. ¿Cómo está?

Teresa lo invitó a pasar y cerró la puerta. Carlos siguió hablando mientras recorrían el pasillo:

----¡No, no me lo diga! ...¡Hay que ver, Carlos, qué preguntas haces!... Ya me supongo, estará usted muy preocupada. Tiene unas ojeras que no le favorecen en nada.

Carlos se vio en un salón con lámparas de varios tamaños, una mesa de centro de cristal con revistas de moda y arte, una librería que ocupaba toda una pared, un diminuto y arrinconado televisor, una cálida alfombra de gran tamaño y un sofá algo duro para su trasero. Teresa se sentó en un sillón y, situada frente a él, dio una chupada a un cigarrillo. Carlos continuó:

----Sí, señora, y es una pena que le hayan dado este disgusto, porque, si me lo permite, he de decir en honor a la verdad que es

usted una preciosidad. ¿Puedo fumar? Gracias, no le pregunto si quiere. ¿Hace cuanto que no pega ojo?

----Desde el jueves por la noche.

----Bueno, y, dígame, qué opina la policía de la desaparición de su hijo... ¿Cómo se llama?

----Ezequiel Pereira. Pues, mire, yo pensé en un rapto. No sé, yo no tengo mucho dinero pero es una posibilidad. Mi hijo y yo tenemos una gran confianza, ¿no? Él nunca se iría a ningún lado sin avisarme antes. Al ver que no venía a dormir, puse una denuncia en la comisaría. Hablé con un policía que se llama Carrascosa, ¿lo conoce?

----No me hable. Y, ¿qué le dijo?

----Que estarían pendientes las veinticuatro horas del día, y que estaba todo bajo control. Yo he esperado hasta hoy, para ver si averiguaba algo, pero al ver que no avanzaba, les llamé y les dije que pensaba llamarle a usted.

----¿En serio le dijo eso? Así que saben que me voy a ocupar de encontrar a su hijo ----no pudo evitar rascarse la barbilla----... Bueno, ¡qué le vamos a hacer! Pero la próxima vez que llame a un detective, haga el favor de no ir proclamándolo a los cuatro vientos.

La señora Pereira bajó la vista al fondo del vaso de ginebra que sujetaba en la mano. Carlos se perdió en la contemplación de su larga cabellera roja y ondulante, en sus ojos azules, gatunos. Vio

los labios manchar de carmín el borde del vaso, la blusa abierta, el olor a perfume caro que se hundía en su pituitaria, las firmes pantorrillas sobresalir del olán de la falda, los brazos delgados, moverse lentos y delicados; las patas de gallo, de mucho reír y gozar, la mirada soñadora, ahora empañada por el vaho del insomnio... Carlos la deseó. Estaba cómodo en aquella casa. Una amplia cristalera separaba el salón del porche, y, más allá, se extendía la hierba mojada del jardín, alrededor de una piscina repleta de nenúfares, descuidada desde que se pasó el verano.

----Tiene que encontrar a mi hijo ----dijo, suplicante, clavando los hermosos ojos azules en los del detective----. El dinero no es problema.

----Dígame, ¿cómo y cuándo desapareció su hijo?

----Tuvo que ser la mañana del miércoles; yo, por motivos de trabajo, salí de viaje a Madrid. No es la primera vez que se queda solo, es un chico responsable. Ahora está de vacaciones, lo más probable es que bajara a la primera playa para coger olas. Tiene un grupo de amigos, una pandilla, que pueden decirle algo más.

----¿Cómo iba vestido? ----quiso saber el detective.

----No estoy muy segura, pero de su armario falta el bañador, unos vaqueros, una gorra horrorosa que tiene la maldita costumbre de llevar en la cabeza, con ese pelo rubio tan bonito que tiene... En fin, tampoco veo una camiseta roja que últimamente no

se quitaba ni para dormir; Puede que la llevara puesta.

----¿Tiene alguna idea de dónde puede estar? ¿Algún problema?

----Si se refiere a drogas, no. Es un chico muy normal. Sabe lo que hay, tiene una madre que no tiene nada de mojigata; hablamos de eso y, bueno, sí, algún día ha llegado bebido, de tomar calimochos. Una vez, al echar a lavar unos pantalones suyos, me encontré una china de hachís, pero a mí, por lo menos, me parece que no tiene la mayor importancia. Es lo que hemos hecho todos a su edad.

----Bueno, señora, no la molesto más. Hágame un favor.

----¿Cual?

----Que se meta debajo de las cálidas y suaves sábanas que tiene esperándola en su dormitorio, y se duerma. No es tarea fácil, pero haré todo lo posible por devolverle a su hijo.

----Gracias, señor Postigo .

----Llámame Carlos.

----Gracias, Carlos, si por algún motivo necesitas venir de nuevo por aquí, considera ésta tu casa.

----Eres toda amabilidad, y recibo encantado la oferta. Te llamaré. Adiós.

Carlos se dejó acompañar hasta la puerta. Teresa iba delante, contoneando ligeramente las caderas; andaba lento, como arrastrando los pies. Cuando, por fin, se montó al volante del 132,

encendió un cigarrillo y pegó un profundo resoplido: "Vaya bombón, ¡y eso que hoy es fiesta y están cerradas las confiterías!"

10

Lo primero que hizo la mañana del sábado fue dirigirse hacia la primera playa del Jardinero. María, la novia de Ezequiel, aguardaba con los codos apoyados en la barandilla que bordeaba la terraza del restaurante Don. Aquel mirador, era el preferido por las pandillas de surfers para dejar las motos y reunirse, antes de bajar a los bajos y tirarse a la arena. María estaba sola. Cuando Carlos la reconoció, por los datos que de ella le habían dado, no pudo contener un silbido: llevaba el cabello negro recogido en una gruesa trenza; tenía la piel morena, suave como el melocotón, el cuerpo joven, los ojos verdes, los dientes blancos... María le reconoció y le dedicó una amplia sonrisa, mientras se acercaba hasta él riendo, balanceando el cuerpo sobre el piso de la terraza. Llevaba puesto un lazo azul, una chaqueta de punto azul turquesa, vaqueros y zapatillas blancas.

----Hola ----dijo, ofreciéndole la mano---- usted debe de ser el señor Postigo . ¡Menudo apellido! ¡No se librará fácilmente de las bromas!

----Si te resulta más cómodo puedes llamarme Carlos ---- "¿No te ha dicho nunca que eres un poco impertinente, niña?"----pensó.

----Como quieras, Postigo . Bueno, me has llamado para que te cuente lo que sé de Ezequiel. Pues ahí va: Como ya te dije por teléfono, unas amigas mías vieron al tonto de Ezequiel, con la tabla debajo del brazo, dándose aires, el muy pavo, delante de ellas, antes de meterse en el agua.

----Ven ----interrumpió el detective----, vamos a una de esas mesas. Te invito a un refresco.

Se sentaron. Al rato, un camarero trajo aceitunas rellenas, una copa de Martini y un granizado de limón.

----Teresa, la madre de Ezequiel, me dijo que estáis saliendo juntos...

----Si, es cierto, pero eso no quita para que sea un creído, así entre nosotros ----María levantó un brazo para saludar a un grupo de chicas de su edad, que bajaban las escaleras---- ¡Mira, por ahí vienen Paula e Inés! Chicas, os presento a... Carlos.

----Muchas gracias----en susurros.

----De nada, me debe una -----María le guiñó el ojo y, acto seguido, lanzó una sonrisa perfecta a sus dos amigas.

Carlos pidió más refrescos para las jovencitas, que se pusieron a hablar atropelladamente. Por lo visto, la mañana del miércoles, Ezequiel llegó con su tabla, dejó sus cosas en los bajos y se metió en el agua directamente, sin hablar con nadie. Durante unos minutos no le quitaron ojo; volaba encima de las olas, entrando en

el tubo de una, deslizándose por el vientre de otra, tragado por el derrumbe de una tercera, hasta que se aburrieron y dejaron de mirar.

----Entonces, ¿no le visteis salir?

----No, y eso que estuvimos de palique un rato largo.

----Así es ----ratificó la otra-----, nos fuimos a casa a la hora del almuerzo.

Por todo El Jardinero se había corrido la voz de que un detective de carne y hueso andaba por el mirador haciendo preguntas. Carlos se fijó en un chico delgado, de pelo largo y piel oscura, que escuchaba la conversación desde la baranda. Parecía querer decir algo. Carlos le hizo una seña y el chico se acercó.

----Hola, Arsenio ----dijeron las chicas a coro.

----¡Ah! Pero, ¿os conocéis?

----¡Claro! ----dijo María----. Es Arse, el mejor amigo de Ezequiel.

Se sentó en una silla libre y dijo lo que sabía:

----Yo bajé también el miércoles para coger olas. Cuando llegué, Ezequiel estaba ya en el agua; lo vi tumbado sobre su tabla, bastante dentro. Yo iba a meterme también cuando... ¿Os acordáis? El cielo se llenó de nubarrones negros y cayó una de cuidado.

----¿Una qué?

----Una tormenta. Aquello parecía una galerna, o algo así.

María hundió la cabeza en el vaso. Se puso a juguetear con ella, sorbiendo el fondo del granizado. Tenía unos ojos preciosos, en los que diminutas manchas doradas se diluían en el verde del iris. Carlos, entonces, deseó no haberse enterado de esta historia. Recordaba cómo los cambios climáticos repentinos se habían sucedido en los últimos días: mañanas soleadas y apacibles seguidas de fortísimos vientos. Arsenio volvió a intervenir:

----Antes de marcharme, encontré sus cosas en los bajos, así que las guardé.

----¿Y dónde están? ----preguntó Carlos.

----Lo escondí todo en una de las casetas de la playa.

----Pues id a por ellas.

María se quedó a solas con Carlos.

----¿Crees que se habrá ahogado? ----dijo, con un nudo en la garganta.

----No lo creo, no es muy probable. Ya han pasado tres días; si se hubiera ahogado, su cuerpo habría aparecido arrastrado por la marea en alguna playa de la bahía. Nadie ha encontrado nada, así que todavía hay esperanzas.

----Pero, ¿a lo mejor está en el fondo del mar?

----Eso es imposible. Un ahogado se llena por dentro de agua y... ¡Oh! perdona, no debería contarte estas cosas...

----Sigue, por favor.

----Bueno, un ahogado es como un madero, flota mejor que el corcho... Pero no pensemos más en eso. Quiero saber cosas de él, sus gustos... ¿Es un chico sensible?

----¿A qué te refieres?

----Si le gusta el arte, no sé...

----Lee mucho, hay días que no baja y se queda en casa leyendo. Pero es más bien tirando a normal. ¿Y tu, Postigo ? ¿Eres también sensible?

----María: eres un bicho encantador.

---- ¿Cómo me lo debo tomar?

----Como un cumplido.

Carlos vio tan entera a María que empezó a considerar muy seriamente la posibilidad de que Ezequiel estuviera vivo en algún sitio.

----¿Dónde piensas que puede estar?

----No lo sé ----dijo María, pensativa----, pero estoy convencida de que aparecerá pronto, contando alguna de sus increíbles teorías. Creo que lo echo de menos... Encuéntralo, Postigo , y te prometo llamarte Carlos.

----Tampoco es tan grave, podía ser peor... Anda, ve con tus amigas; te llamaré cuando sepa algo.

María bajó las escaleras y llamó al grupo, que hacía corrillo

sobre un montículo de arena, cerca de la orilla. Carlos pidió la cuenta al camarero. Éste, atravesaba raudo las mesas de la terraza portando una plateada bandeja sobre la yema de los dedos cuando, de pronto, se quedó estupefacto, lívido, al oír el estruendo de una detonación y notar que la bandeja se le escapaba de la mano y caía al suelo con gran estrépito de vasos.

----¡Están disparando ----gritó, y se parapetó detrás de una mesa. Carlos imitó el gesto y los dos se miraron perplejos, mientras las balas silbaban a su alrededor.

----¿Qué diablos ha hecho usted? ----le increpó el camarero.

----Pues, si le soy sincero, no lo sé.

Una bala impactó en la barandilla, provocando un chasquido agudo y metálico, a pocos centímetros de Carlos.

----Sé que no es momento pero… Son quinientas, si no le importa.

Carlos avanzó con la mesa como escudo unos metros; cuando el tiroteo cesó, asomó la nariz para ver quién era el que disparaba, pero no vio a nadie. A su lado, en cuclillas, apareció Arsenio, el joven de pelos largos amigo de Ezequiel, que le hacía señas para que le siguiera. Bajaron juntos las escaleras y atravesaron corriendo la galería de los bajos.

----¡Venga por aquí! ----dijo, entusiasta, Arsenio----. De esta forma podemos pillarles por sorpresa…

Carlos le cogió del brazo, frenándolo.

----Gracias, chacal, pero me da la impresión de que has leído demasiadas novelas. Tú te quedas aquí quieto, ¿entendido?

Carlos subió sigilosamente los peldaños que unían los bajos con la plaza. Allí, la escalinata se abría en dos. Optó por subir la que estaba pegada al restaurante y, cuando sus ojos vieron por fin los bancos de la plaza, la heladería, los cafés y el hermoso edificio del Casino, se encontró con una sombra, con una imagen inaudita, fantasmal. El tipo en cuestión llevaba una andrajosa austriaca azul y un sombrero tirolés color tostado. Era flaco, viejo, de ojos grises atravesados por un destello nervioso y cernedor. La piel, aceitunada, estaba surcada en el cuello por dos líneas tirantes de pellejo. Brindaba una sonrisa despectiva, desde la ventaja que le otorgaba la pistola que mantenía en su mano derecha. Carlos, concentrado en la absorción de aquella sombra, no prestó atención a otras dos corpulentas sombras, apoyadas a cada lado de la escalera.

----Mueve un pelo y te dejo seco, pollo ----dijo el del sombrero, con voz lijosa y firme----. Has metido la napia en el frasco de las golosinas, y eso está muy mal. Más te valía haberte ocupado de maridos celosos y esposas infieles.

Carlos contemplaba el brillo del hierro que salía del cañón que no dejaba de apuntarle a la altura del corazón, y sintió vértigo. Su

intuición le decía que aquel tipo no bromeaba. Volvieron a encontrarse las miradas, y tuvo miedo; pero hizo lo posible por mantener un porte digno, pues eso era lo que diferenciaba a los hombres, a tenor de lo que le habían dicho una vez: el encarar las malas rachas con serenidad. Un torbellino de ideas le vino a la mente, y creyó presentir lo que iba a ocurrir. En ese preciso instante, recibió un golpe en la nuca. Notó que las piernas no le obedecían, la vista se le nubló y calló violentamente sobre la acera de la plaza. La última visión que le llegó provenía de los vivos colores de las revistas del quiosco de prensa. El hueso del pómulo reconoció, en una última percepción, el tacto rasposo de la arena, arrastrada hasta allí por los bañistas.

11

Carlos recuperó la conciencia y notó la presión de cuatro brazos que lo transportaban en volandas. Veía las baldosas pasar como vertiginosas líneas negras. Lo estaban metiendo en un coche. El del sombrero ocupó el asiento del conductor, y los otros hombres se sentaron detrás, uno a cada lado de Carlos. No tardó en aparecer el pequeño círculo negro de la pistola apuntando hacia su garganta. Cuando el coche arrancó por fin, en el interior reinaba un clima estupendo. El matón que sujetaba el arma, un barbudo de ojos simiescos, se dignó a hablarle:

----¿Qué? ¿Estás cómodo, amigo?

Carlos decidió seguir la guasa. Poco podía hacer, pero debía intentarlo.

----En la gloria, si tuviera un cigarrillo.

----¿Has oído, Tirolés? El niño pera tiene un antojo ----dijo, acariciando las iniciales bordadas de la camisa. El interpelado, enseñó los dientes, picados y negros, por el espejo retrovisor----. No sería muy cortés por nuestra parte, negárselo, ¿qué no?

El otro matón permanecía mudo, vigilando la calle desde su ventanilla. Tirolés seguía con interés la conversación.

----Anda, Bronco ----dijo----, no seas maleducado y enciéndele un

trujas.

El tal Bronco obedeció, muerto de la risa. Cogió un cigarrillo y lo dejó reposar entre los labios inflados. Carlos observó que tenía el tabique nasal roto y los párpados como persianas echadas. Pensó que no vendría mal un poco de conversación:

----Así que te llaman Bronco ----le espetó, intentando provocarle----, y no Paulova, como podría esperarse de tan gracioso talle y tan estilizada figura. ¿No se te hace tarde para tus clases de ballet, finura? Hazme caso, yo sé lo que me digo. Deberías probar como profesional.

Carlos tenía los morros de Bronco tan cerca, que los efluvios corporales de éste ----aunque no eran despreciables tampoco los del otro----, le golpeaban sin piedad. Estaba encajonado en el asiento. Nada podía hacer para escapar.

----Sin duda, Bronco, tienes talento ----siguió Carlos----, yo que tu no lo abandonaba.

A Bronco se le heló la sangre. Armó el puño, y le golpeó en el costado. Aunque le dio de refilón, Carlos oyó el crujido de una de sus costillas. Quedó doblado unos segundos, sin respiración. El golpe no había tenido suficiente recorrido, pero comprobó que el tal Bronco sabía pegar fuerte.

----Luego ----dijo Carlos, tosiendo---- me enseñas tu ropa interior. Me encanta llevar al catre a damiselas como tú.

Bronco respondió con otro golpe. El puño le alcanzó en el mentón. Carlos sintió que la cabeza se le desgarraba y le salía catapultada hacia la ventanilla. Sobre la garganta le hizo presa una enorme, callosa zarpa. Unos dedos arrugados, como nudos marineros, se le hundieron en la carne. No, no había sido una idea muy brillante provocar a aquella bestia parda...

----¡Quieto, Bronco! ----gritó Tirolés----. ¿Es que no ves que estamos en plena calle, pedazo mamón? ¡Bastante ruido hemos hecho ya! ¿O es que quieres que nos detengan a todos?

Tirolés dio un volantazo y, por el espejo retrovisor, se cercioró de que dejaban tranquila la anatomía de Carlos. Bajaron una cuesta de exagerada pendiente. El coche giró de nuevo, ahora hacia Tetuán, el barrio de los tendales. (Lo llamaban así, porque la ropa era tendida en las ventanas por las mujeres de los hombres de mar, pescadores o descendientes de éstos, que habían elegido ese barrio para vivir. Al mediodía, las tabernas de la calle Tetuán, reventaban de clientes, sabedores de que allí se encontraba el marisco más fresco y la cerveza mejor tirada de toda la ciudad. A la caída de la tarde, los intrusos desaparecían, y, en la calzada, los chicos esperaban la hora de cenar jugando al fútbol con una lata de conservas vacía, o alguna media pelota de plástico). Tirolés encontró aparcamiento sin dificultad. Carlos, taciturno durante el trayecto, vio un letrero encima de una taberna de turbia presencia:

Bar Choluco. Tapas variadas. Una sombra asomó detrás de la puerta. Salieron del coche y cruzaron la calle. Nada más atravesar la entrada, Carlos vio de perfil a un hombre de pelo azabache, con la tez oscura y aspecto de indio, que lucía una tremenda cicatriz en la mejilla izquierda. Bien podía ser un bonito recuerdo de alguna pelea a navajazos, bien una marca, por haberse ido de la lengua. Echaba monedas en una máquina tragaperras. Dos hombres más, con el pitillo en los labios, soltaban bravuconadas y zarandeaban la máquina. El local estaba en penumbra. Las tapas de boquerones, sardinas y queso en aceite, que descansaban detrás de la vitrina como piezas de museo, rezumaban profundo desamparo. Carlos tuvo que contener las nauseas. El último golpe de Bronco había acertado de lleno. Estaba sangrando, tenía una brecha abierta de la que caían, una a una, gotas de sangre oscura. Al fondo, un tramo más allá del final de la barra, cuatro viejos jugaban la partida, a lo suyo. Tirolés golpeó cariñosamente el hombro de uno de ellos.

----¡Subidle al piso de arriba! ----ordenó Tirolés----. Enma cuidará de él.

Bronco y el otro ----un tipo con cara de palurdo, calva de fraile en el cogote y peludos brazos, de ojos azules, entre inocentes y bestiales----, que nada decía, subieron a Carlos por una escalera que comunicaba el bar con un piso superior camuflado. Los dos

hombres lo empujaron al interior de un cuarto a oscuras. Nada se podía ver, salvo las grietas de la pared, y un crucifijo de madera en la cabecera del camastro. Carlos cerró los ojos, intentando descansar, hasta que la puerta se abrió, y vio entrar la silueta de una mujer corpulenta. La mujer se sentó en la cama, que crujió por el exceso de peso. Humedeció unas gasas con alcohol y se dispuso a limpiarle la herida. Carlos sufrió un sobresalto cuando la mujer dijo:

----¡Qué lindo es! ----debía de pensar que Carlos no la oía----. ¡Cómo me gustaría tener un chiquito así de novio! Tiene los ojos rasgados, el pelo rizado, castaño, y en la raíz los tiene rubios. Yo te curo, tu no te preocupes por nada que yo te voy a curar. Ya verás.

----¡Enma! ----llamó Tirolés.

----¡Oh! Sí, Antonio, ¿qué quieres?

----Que no te encapriches ----la voz llegaba por la puerta entreabierta, como un negro eco----. No va a estar mucho tiempo con nosotros.

Enma hizo un mohín de disgusto. Acarició los pronunciados pómulos de Carlos, la ancha mandíbula, los labios largos y finos. Deslizó el pulgar por la línea de la nariz, que se dibujaba más corva que roma, le besó en los párpados ----ante el terror de Carlos, que simulaba dormir----, y se apartó disgustada. Enma oyó las pisadas de Antonio bajando de nuevo a la taberna. La había visto besarle,

estaba segura, el muy entrometido. "¿Es que nunca iba a poder ella hacer lo que le viniera en gana? ¿Es que siempre iba a tener que soportar la vigilancia del tirano?" Enma se quedó sentada en el borde de la cama. Notaba la respiración de Carlos, vencido por el sueño. El pecho, fuerte y proporcionado, subía y bajaba lentamente, sintió el calor que desprendía su piel y, Enma, se prometió a sí misma velar por él y evitar que nada malo le pasara.

12

El ruido de voces despertó a Carlos. Debía de ser, ya, de madrugada. Se irguió en la cama para escuchar mejor y comprobó que procedían del piso bajo. Tanteando en la penumbra consiguió llegar hasta la puerta, la abrió, y se acurrucó pegado a la pared en un escalón, manteniendo todo el peso del cuerpo sobre las yemas de los dedos de los pies. Distinguió la sombra de Bronco proyectándose por la escalera. Su propia sombra le asustó, al entorpecer el paso de un haz de luz mortecina que llegaba hasta allí desde el local. Echó todo el cuerpo para atrás y aguzó el oído. Dos hombres discutían; uno, era sin duda Tirolés, o Antonio, o como diablos se llamara; la voz del otro le era totalmente desconocida. Parecía haber tomado más de la cuenta, a juzgar por la manera de arrastrar las sílabas y el énfasis fuera de tono que ponía al platicar.

----Y, ¿qué pasó? ¿Lo cogieron entonces, sin problemas?

----Así es, Pedro.

----Pues menudo revuelo montaron. Fíjense que en Emeteria no se habla de otra cosa. ¡Disparando a plena luz del día! ¿Y cómo es que se les cruzó esa idea por la cabezota? No saben, la policía está

revuelta.

Tirolés hizo una seña al otro para hacerlo callar. Creía haber oído un ruido en el piso de arriba. Los viejos golpeaban las piezas de dominó contra el mármol. Los vasos de vino tintineaban con cada golpe, y también los de la pila de piedra donde el camarero ---- un compinche rechoncho, de boca pequeña y hermética----, les echaba un agua antes de colocarlos en hilera, debajo del espejo que cubría toda la pared.

----Mira Pedro, no pienso darle más vueltas, lo hecho, hecho está. Y a lo hecho, pecho.

----¡Carajo! Es que vamos a tener que sacar más pecho que Uco Lastra. La policía está avisada, y...

----¿Cómo lo sabes?

----Me lo ha dicho el pequeño Ahmed. Ya sabes que ese chico es como una sabandija. Esta misma tarde pasó por la comisaría de La Porticada, y, además de la información, aprovechó que era día de paga y les endosó una docena de paquetes de clínex a cada uno ---- el indio rompió a reír estruendosamente----. Este chico es más escurridizo que los naguales nocturnos...

Tirolés frunció el ceño. Ni por asomo se dejaba llevar por el excelente humor de Pedro. Lo veía como un muerto de hambre, como el Pedro que recogió cuando, de polizón en un mercante, arribó en el puerto de Emeteria una mañana. Llegó a la ciudad con

una mano delante y otra detrás, con un pantalón de estameña que daba pena de verlo, pues se veía más hueco que retazo, una camisa blanca toda hecha jirones, y unos zapatos sin cordeles, recosidos de tal forma que podían confundirse con latas abiertas de conserva, y tan viejos, que el tacón había presentado la dimisión en el mercante y se había instalado en una confortable barrica de vino.

Tirolés no vio nunca antes a nadie con tan poca cosa. Le dio de comer, lo vistió, le ofreció una ducha caliente y un lecho donde dormir. Cuando estuvo seguro de poder confiar en él, le suministró mujeres y algún que otro trabajillo. Tirolés, un lince para todo lo que repercutiera en el control sobre sus negocios, conocía de manera autodidacta variadas formas de condicionamiento; y, siguiendo su astuto sexto sentido, notó el olor a esclavitud, a devoción acérrima en Pedro, aquel pordiosero venido de la desesperación. Durante meses lo escuchó pacientemente, como lo haría un confesor, hasta ver su rostro de indio orgulloso todo bañado de lágrimas, hundido por la derrota, por su pasado y su mala suerte. Pero eran, también ----y él lo sabía----, lágrimas de gratitud para él, el buen samaritano, caricia cálida de mano de padre que nunca tuvo en su cabecita de veinte años. Y ese olor fue acrecentándose, hasta acaso anular la fuerza del cabello negro, de un negro tan intenso como el de los negros zanates, esos

pajarracos que inundaban las plazas de la pequeña ciudad costera que lo vio nacer.

Tirolés, acodado en la barra, miraba taciturno el chato de vino. Tenía los ojos acuosos, entreabiertos, como los de un camaleón adormilado. Solía bajar los párpados de esta guisa cuando las cosas no iban bien. Un ventilador lleno de mugre y polvo cortaba el humo de los puros sin dejarlo llegar hasta el techo. La voz de Tirolés, metálica y grave, aunque se esforzaba por proyectarla en susurros, salió con tímbricas resonancias de su garganta escuálida y, la nuez, le subió y le bajó, como a un pollo que hubiera tragado un hueso de aceituna. Pedro se acercó para escuchar mejor:

----Pedro, Pedrito, hijo, querido mío, vamos a hacer un viaje. Encárgate de tener listo el coche. He hablado con un buen amigo que nos va a facilitar la manera de quitar de la circulación a este estorbo ----al indio le brillaron los ojos y sonrió de medio lado---- ¡No, no te vas a divertir manejando el cuchillo! Todavía no ----le advirtió.

Tirolés quedó pensativo, dio un sorbo al chato y fijó la vista en la mesa de dominó y en las escaleras. Los escalones, de madera vieja y gastada, vencidos en el centro, sostenían el peso de Bronco, su fiel pistolero. Entonces, como saliendo del letargo, se dirigió a Pedro de nuevo con repentina premura:

----¡Pedro! ¡Repítelo, repíteme lo que viste y lo que oíste allá en el

faro! Necesito cerciorarme, ha pasado tanto tiempo…

El camarero sirvió dos vasos más, que sonaron en la barra como tacos de billar.

----Se lo digo y se lo repito cuantas veces quiera. No más llegué con la lancha, ahorita hace dos días, para llevar el matalotaje a ese chiflado, sabe usted; a ese chingón con barbas de chivo, que no ve tres en un burro, cuando en la casita, avisté un chamaquito, rubio, que no sé qué demonios pintaba allí. Parecía que estaba herido, pero no le vi mismito más, porque el viejo tenía un palo en la mano y, no más dejamos las cajas en el embarcadero se puso a gritarnos el botarate. Tenía los ojos como un incendio, que daba miedo acercarse. Puro hueso, sí señor, igualito que un náufrago, que me recordó un libro que me leía mi mamacita, el de Robinsón Crusoe…

----¡La canción, Pedro! Dijiste que recitaba algo en voz alta. ¡Dilo, por tu madre! ----gritó Tirolés, tirando de un manotazo los vasos al suelo. Los viejos de la mesa alzaron un segundo la cabeza y volvieron a lo suyo. El indio Pedro se estremeció y dijo:

----Fue no más llegar a la roca, que le vimos levantar los brazos al cielo y cantar:

Tan achispado iba el señor Antón

que cayó de un tropezón

por la senda barrancosa.

----¡Chito!

----¡Chitarme a mí! ¡A un valiente!

Que por diez mil leguas que tuviera

No me viera a mí marchito...

----Y el loco volvía a repetir: *¡Chito! ¡Chitarme a mí! ¡A un valiente!...* Así seguía, cuando le dejamos y nos fuimos. Pero, ¿por qué es tan importante, señor? ¿Está bien? Le veo pálido.

Tirolés tuvo una convulsión. El vello se le erizó y las piernas se le doblaron. Pedro le agarró justo a tiempo para evitar que se cayera. Su cuerpo enclenque se había estremecido con aquel descubrimiento. Pedro intuyó que algo gordo pasaba, pero no se atrevió a preguntar. Era una regla de oro: "No pienses, no preguntes, limítate a obedecer, y no te faltará de nada" Así se lo anunciaron en su día y, hasta ahora, todo había ido viento en popa. Tirolés le hizo un gesto para que se retirara. Salía Pedro por la puerta, dispuesto a preparar el coche, cuando un ruido alertó la vigilancia de Bronco que, escupiendo el palillo de la boca, comenzó a trepar por la escalera con brazos y piernas. Mientras realizaba la ascensión a gatas, los de la mesa de juego levantaron al unísono la vista, sin abandonar del todo la partida, ya que en aquel bar la gresca y los desplantes se repetían un día sí y otro también.

Carlos había escuchado la conversación con tal abandono que hasta había olvidado el difícil equilibrio en que se encontraba. No

debía extrañarle por tanto que un pie acabara resbalándosele. Corrió hacia el cuarto y cerró la puerta. Apenas tenía tiempo para pensar… Se metió en la cama y simuló dormir. Bronco dio la luz.

----¿Qué pasa, nene? ----provocó Bronco----¿No has tenido suficiente?

Carlos simuló seguir durmiendo y no le contestó.

----¡Despierta, mequetrefe! Te estoy hablando, ¿o es que no me oyes?

----¡Hombre! ----dijo de improviso Carlos----. Pero si es mi amiga… ¿Estas necesitada? Ven, que yo te pongo enfilado hacia la alquibla.

Carlos, alerta, preveía la embestida. Rodó sobre sí, y sacó los pies de la cama en el momento en que Bronco caía sobre el colchón con todo su peso. Cedió el armazón. Cuando con movimientos torpes volvió a incorporarse, una rodilla doblada le estaba esperando. Carlos empujó con todas sus fuerzas justo entre las piernas. Bronco cayó al suelo dolorido y doblado sobre sí mismo, y cuando Carlos se preparaba ya para soltar el puño, Tirolés y Enma asomaron por la puerta.

----Le felicito, amigo ----dijo Tirolés----. Ha sido un golpe de primera, ¿verdad, Enma?

Tirolés le encañonaba con la pistola, enseñando un brillante colmillo de oro.

----Vamos muchacha, acompaña a tu nuevo novio. ¡Nos vamos

de aquí! En cuanto a ti ----dijo, dándole a Bronco una patadita en su negra barba----, será mejor que te levantes; no creo que haya sido para tanto. Bronco, me estás decepcionando...

Bronco miraba desde el suelo, rabioso, sin habla. La saliva tenía para él un sabor amargo y la lengua se le había pegado al paladar.

Salieron a la calle. Carlos miró la hora. Pasaban de las cinco de la madrugada. No había luna y la luz de las farolas penetraba en la densa niebla. Una oleada de brisa marina golpeó a Carlos en pleno rostro. ¿Adónde le llevarían? Hacía frío, se subió el cuello de la chaqueta y montó en el coche.

Tomaron un trayecto extraño. Sin duda, evitaban Reina Victoria y el borde de la bahía. Dejaron atrás la ciudad. Las carreteras comarcales sesteaban en la penumbra. El coche parecía un mausoleo. A Carlos, eso de que nadie dijera nada, comenzó a darle mala espina. El silencio de la noche cargaba el ronroneo del motor, a cuarenta por hora. Bordearon una serie de fincas ----minifundios de hierba, maizales desiertos, sombras de vacas y potrancos de tiro, carros de heno----, lúgubres casonas de piedra deshabitadas, acompañados por el aullido de los perros tirando de las anillas de la correa. Subieron una colina. Las curvas, pronunciadas, se sucedían una tras otra, durante la ascensión. Torcieron a la derecha y comenzaron a bajar. Llegaron a lo que imaginó debían ser ya los aledaños de su destino. Atravesaban una carretera algo

más ancha. Los chopos mostraban en el tronco una franja blanca que se encendía al ser alumbrada por los faros del coche. El conductor, entonces, disminuyó la velocidad al llegar a un camino de grava y, las ruedas, se deslizaron lentamente, hasta quedar paradas del todo. Frente a ellos, un alto muro de piedra cerraba, como si de una fortaleza se tratara, el hospital psiquiátrico de *La Bien Parecida*, resguardándolo de las miradas curiosas. La verja de la entrada, terminada en lanzas de hierro, dejaba ver un descuidado y frondoso jardín, un alto ciprés, bancos de piedra y, al fondo, el antiguo edificio, sombrío, al final de un camino de tierra arcillosa, entre matojos, ortigas y zarzas que mostraban el descuido y el abandono.

Carlos salió del coche sin oponer resistencia. Bronco en persona se dio el gusto de arrearle un puñetazo en la boca del estómago. La falta de aire en los pulmones hubiera sido suficiente para inmovilizar a Carlos; no obstante, notó, mientras abría desesperadamente la boca con afán de volver a respirar, que lo cogían por los brazos y le clavaban una hipodérmica en la vena ----- no tuvieron la delicadeza de remangarle la camisa, una de sus mejores camisas----. Subieron el cuerpo inerte hasta la puerta de entrada del hospital. La puerta se abrió misteriosamente, y unas pisadas se perdieron en el interior.

13

Cuando Carlos volvió a recuperar la conciencia, todo estaba oscuro a su alrededor. La cabeza le dolía horrores, tanto que apenas si la sentía sobre sus hombros, y se sintió como un fantasma guillotinado, privado de su querido apéndice. Pese a todo, hizo un esfuerzo por ubicarse. Recordó que había sido raptado e internado en el psiquiátrico de la ciudad, y un estremecimiento le atravesó la espina dorsal. Gemidos cercanos incrementaban su desasosiego. Le dolía aún el pinchazo de la jeringa en el brazo. Como no sabía si era de día o de noche, decidió que lo mejor sería salir de la cama e investigar. Una rendija luminosa delataba la puerta de la habitación. Abrió, y se encontró en un largo corredor vacío, jalonado por la débil luz de los fluorescentes de emergencia. Había ya atravesado la mitad del pasillo cuando notó un frío doloroso en los pies y de esta forma, saliendo del atolondramiento en que se encontraba, descubrió que iba descalzo; y que en vez de su camisa de bordadas iniciales, le habían puesto un camisón blanco, de cuello de caja, y mangas largas. Por gracia, en los bolsillos encontró su cartera, sus llaves, el mechero y el paquete de cigarrillos. Decidió continuar hasta el

final del pasillo. Dos puertas de cristal le esperaban, las superó y se dio de bruces con el canto de las lechuzas y de los grillos, y con el silencio lumínico de las verdes luciérnagas. Carlos, en medio del follaje del jardín, que más parecía bosque, creyó andar sonámbulo y hechizado. Aún no se había recuperado del todo del somnífero. Los pies desnudos pisaban la fría hierba mojada por la lluvia, y le transportaron hasta una figura inerte, de mármol blanco, que representaba a la virgen de La Bien Aparecida, con las palmas unidas junto al pecho y la mirada perdida en el cielo, como si hubiera estado invocando el nombre de Carlos hasta conseguir atraerlo. Se acercó en silencio y vio que, sentada en la pilastra de la estatua, estaba Enma, la mujer que lo curó en el bar *Choluco.*

----¿Qué haces aquí? ----dijo Enma, con voz fatigada.

----No podía dormir ----contestó Carlos, aún aturdido----. ¿Qué significa todo esto? ¿Tiene que ver con Ezequiel, el niño desaparecido? ¿Sabes tú dónde está? Contesta, Enma, yo puedo ayudarte.

Enma tiritó. El relente de la madrugada húmeda, escarchaba las hojas de los árboles. Se arrebujó en la chaqueta de lana, que la abrigaba, y metió las manos en las mangas.

----Aunque quisiera, no podría hablar ----musitó, soltando un hilo de voz casi inaudible. El brillo lunar de sus preciosos ojos de caramelo se incrementó cuando lo miró a la cara----. Sé que si

hablo, me matarán, o algo peor.

Entonces, Carlos se acercó a la estatua y zarandeó por los hombros a la mujer, mirándola de frente, notando la súplica en su mirar de vidrios rotos, en el temblor incontrolado de las manos, en los labios incapaces de hablar, en su girar la cabeza en una negativa que olía a desesperación, a sometimiento.

----Pero, ¿quiénes? ¿Por qué te torturas? Dime: ¿de qué tienes miedo? ----Los ojos de Enma miraban al suelo---- Es ese hombre, ¿no es cierto? Ese al que llaman Tirolés. He visto cómo te trata.

Enma buscó sombras ocultas entre los árboles. Tenía la cara pálida, tiesa, y no respondió. Los labios sellados y sin sangre eran dos líneas lívidas.

Carlos creyó ver una fisura en su resistencia a hablar. Debía intentarlo.

----Ayer, en el bar, pude oír parte de la conversación. Hablaron de un chico rubio. Es Ezequiel, ¿verdad? ¿Por qué no quieren que vaya a buscarlo? ¿Qué interés tiene ese Tirolés o como se llame en la isla de Louro? ¡Contesta, Enma, por Dios!

Nada. No salía de su mutismo ----una piedra de roca berroqueña podría haber sido el doble de expresiva----. Carlos estaba comenzando a perder la paciencia. Se percató del ridículo aspecto que debía de tener, con aquel camisón blanco que le dejaba los surales al fresco. La miró fijamente y sintió que la barrera entre

ellos iba debilitándose, que iba cediendo terreno.

----No temas, yo puedo conseguirte protección. Solo te pido que te lo pienses. Toma, guarda esto y cuando te hallas decidido me llamas ----Carlos le extendió una tarjeta con su dirección y teléfono. Al ver que no la recogía, la dejó reposar en el mármol de la estatua. Enma deslizó la mano, la cogió y se la guardó en el canalillo.

De pronto, oyeron el crujido de las hojas secas. Precipitadas pisadas se aproximaban más y más, hasta que, de entre las lánguidas ramas de un sauce, salieron dos corpulentos enfermeros, con cara de pocos amigos. Enma, al verlos llegar, simuló haber sido sorprendida por la aparición del enfermo fugado de su habitación. Carlos comprendió y siguió el juego, pero no tuvo tiempo para muchos fingimientos, puesto que dos golpes certeros, uno en la cerviz, y otro en la yugular, sirvieron y bastaron para tumbarle. Una zurribanda más para la lista.

Quedó sola Enma con sus temores. Dentro de poco amanecería un nuevo día, y este hecho simple fue testigo de su llanto: rompió a llorar, lágrimas grandes y cristalinas. ¿Qué debía hacer? Antonio Balaguer, ese al que llamaban Tirolés, era como un padre, como un marido y un hermano mayor, todo junto. Conocía su mezquindad: ¡cuántas veces tuvo que esconderse en el desván, o en la bodega, para huir de sus tremendas palizas!... Pero tenía que serle fiel, porque era su familia; una familia estrambótica, sí, porque a

Bronco había que darle de comer aparte, por no hablar de Pedro, el mexicano, con sus pendencias y sus borracheras. Tirolés le había ordenado a Enma que vigilara al detective. En el psiquiátrico alguien le debía un favor. No le fue difícil llegar a un acuerdo para introducir un nuevo huésped. Al día siguiente Enma debía reunirse con él en el bar *Choluco*, para informarle debidamente... ¿Y si le traicionaba? ¿Y si aceptaba la oferta de Carlos? Ese hombre había irrumpido en su corazón con una fuerza inaudita, como nadie lo hiciera antes. ¡No! ¡No traicionaría a Antonio! Eso sería igual que traicionarse a sí misma. Ella era, si cabe, aún peor que él; porque, al fin y al cabo, ¿quién le había enseñado todo lo que sabía sino él? En la mesa, nunca faltó una botella de vino y algo de queso para matar el hambre.

De nuevo rompió a llorar, miró a la virgen y, en un arrebato desesperado, hincó las rodillas en la tierra y se puso a recitar un padrenuestro. Cuando terminó la oración, sintió que una ortiga de velludas y carnosas hojas la había rozado en el muslo, por debajo del vestido, provocándola una picazón y unas ronchas que, en su mente solitaria, cobraron un oculto significado.

14

El Domingo por la mañana temprano, Carlos pidió que lo llevaran al jardín. Se sentía débil e impotente. ¿Cómo escapar del hospital? Si contaba la historia verdadera los doctores no le creerían. Además, no sabía a quién acudir. Se sentó en un banco de piedra y encendió un cigarrillo, recorriendo con la vista los rincones de aquel jardín que se extendía a su alrededor. Los muros estaban cubiertos por lanzaderas de hiedra, zarzamora y laurel. El rocío de la mañana hacía caer gotas transparentes sobre la tierra arcillosa. Entre los troncos de los árboles pasaban, como almas en pena, los internos, los locos, algunos en parejas, otros en solitario, soltando frases incoherentes, intercambiando muecas impredecibles; unos riendo, los otros chillando, todos con el mismo camisón blanco, igualados en la miseria del encierro. Los celadores vigilaban a distancia, para cortar las riñas. Carlos dio una calada profunda, mezcla de humo y aire fresco, dejándose llevar por la agradable temperatura. Del exterior llegaba un intenso olor a vaca y a jara quemada. Un jilguero trinaba, posado en la delgada rama de un sauce. Vio, entonces, llegar hasta él, a un chico más cerca de los veinte que de los treinta, ojeroso, risueño, de ojos vivos, pelo

lacio y rubio, y piernas ciclópeas. Se sentó a su lado en el banco y se presentó:

----¿Tú eres nuevo, verdad? Lo sé. ¿Qué cómo lo sé? Pues es muy fácil, aquí no recibimos visitas; llega alguien de fuera y seguro sabemos que viene para quedarse. Yo llevo aquí encerrado cuatro años, y lo más gracioso de todo es que no estoy loco. ¿Me crees?

Carlos lo miró estupefacto. Hablaba con un acento extraño y movía los brazos constantemente.

----Así que no estás loco ----le dijo----. Pues yo tampoco, o al menos eso pensaba... Ya no estoy tan seguro. No te lo podría jurar.

Le echó un vistazo concienzudo y preguntó:

----¿Tú no eres español, me equivoco? ¿Cómo te llamas?

----Mi nombre es Yanko ----dijo, con glotona sonrisa.

----¿Yanko?

----Sí. Yo nací en Plovdiv, que es una ciudad de Bulgaria.

Como a Carlos le pareció simpático, decidió seguir la conversación.

----¿Y se puede saber qué hace un búlgaro en Emeteria?

Yanko soltó una risa mantenida.

----Pues es muy fácil. Vine con dieciocho años. Salí de mi país porque no quería hacer lo que vosotros llamáis el servicio militar. Cogí un avión y llegué a Madrid. Tenía que encontrar curro, así que me fui al sur. Estuve trabajando de jornalero una temporada;

más tarde, en Murcia, me dieron trabajo en un barco que salía todas las mañanas a pescar; pero me gastaba todo el dinero en cerveza, en vino, en ginebra, todo lo que pillaba. Un día, entramos en una discoteca, yo y uno que trabajaba conmigo. Nos acercamos a dos chicas guapas que resultaron ser tíos, salimos a la calle y mi compañero me dijo: "¡Vamos a desvalijarles, está chupado, ya verás!". Y lo hicimos; sacó una navaja y los travestís, a regañadientes, nos dieron lo que tenían. Íbamos por la carretera, de noche, de ciudad en ciudad. Dormíamos en la intemperie, en algún bosque si estábamos en el campo, y en los parques públicos cuando llegábamos a alguna ciudad. Una vez, en uno de estos parques, encontramos al líder de una banda que era paisano mío. Se hacía llamar X, y siempre llevaba una serpiente anudada al cuello; una serpiente viva. Era un tipo peligroso. Nos contó cómo había conseguido limpiar los bolsillos de todos los pasajeros de un autobús. También nos habló de un amigo suyo, un hacendado que tenía viñedos en Granada; me dio sus señas, y me dijo que si alguna vez necesitaba curro no dudara en ir a verlo de su parte. Al día siguiente ya no estaba, no le volvimos a ver. Mi compañero y yo también nos separamos a probar fortuna por separado. Yo encontré, poco después, trabajo en un pueblo de Gerona. Vivía con una familia en una casa de campo. Estaba aislado y era mortalmente aburrido, pero me daban muy bien de comer. Dormía

en el establo, con los caballos. Pero cuando llegó el invierno y la nieve, empecé a echar de menos el ir a mi aire, así que una tarde, aprovechando que estaban todos en misa, cogí los ahorros que yo sabía que la señora guardaba en una cajita, encima de la chimenea, y me las piré. Me colé esa misma tarde en un tren de mercancías; no sabía el destino y, en el fondo, me daba un poco igual. Cuando el tren paró, vi un cartel grande que ponía: "Torrelavieja". Dejé la ciudad y me oculté en la montaña. Cerca de un pantano encontré una cueva... ¿Conoces el pantano de Eras?

Carlos hizo un gesto afirmativo. Escuchaba sorprendido a su nuevo amigo, no sin un cierto recelo.

----¿Sí? Pues ahí, encima del pantano, estaba la cueva. Había que entrar en cuclillas, pero luego se ensanchaba lo suficiente para poder andar de pie. En las paredes había pinturas de animales, que aprovechaban la forma de la roca. Era un lugar estupendo, seco y confortable. De noche, bajaba al pueblo, y robaba un cabrito, una oveja, alguna gallina... En el pueblo empezaron a pensar que yo era un lobo. De día, claro, yo no me dejaba ver. Llevaba tanto tiempo sin afeitarme que el pelo y la barba me llegaban hasta los codos. Para vestirme, me agenciaba cualquier trapo que pudiera afanar de entre la ropa tendida. Hasta que, una noche, un paisano, me vio en mitad de un camino, y debió quedar tan impresionado por mi aspecto, que llamó al cuartelillo. Lo

primero que oí fueron los ladridos de los perros amaestrados. No tardaron mucho en encontrarme. Para mi desgracia, se había cometido un crimen brutal. Una mujer joven del pueblo había sido descuartizada a machetazos. Andaban detrás del culpable, pero no tenían ninguna pista. Yo les venía de perlas, ¿entiendes? Así que me vi sentado frente a un tribunal. Dejaron mi caso en manos de los médicos, me hicieron unas cuantas preguntas y decidieron que estaba loco. ¿Tú qué crees?

Carlos quedó pensativo, antes de responder. ¿Qué podía contestarle? Pues que por supuesto que no, que no creía que estuviera loco, y que maldita la mala suerte y el mundo tan injusto en que vivimos; y que las cárceles y los manicomios deberían desaparecer... y todo eso. Y así se lo dijo, con gran contento de Yanko, que volvió a reír y le pidió que le diera un abrazo. Cuando se separaron, añadió a su discurso unas extrañas palabras:

----Ven, acércate, que pueden oírnos los celadores ----Carlos puso la oreja----. He hecho un descubrimiento, aunque no sé para qué sirve...

----¿Qué es? ----preguntó Carlos, irónicamente----. ¿Otra cueva rupestre?

----No, qué va, mucho más raro todavía... Esta mañana, temprano, entre las zarzas de uno de los muros, vi, con mis propios ojos, que alguien desde el exterior, lanzaba una cuerda

robusta. En el extremo de la cuerda habían atado una nota. Yo no sé leer muy bien en español, pero sé que estaba dirigida al señor Postigo .

Al oír su nombre, Carlos cogió a Yanko por el cuello y le pidió que le entregara la nota. Yanko, asustado, se la dio. Era una cuartilla de papel, firmada por Teresa; decía tener un coche con el motor en marcha, y pedía a quien la leyera que por favor se la entregara al señor Postigo . ¿Era posible que el búlgaro estuviera tan loco, como para no reconocer en aquella cuerda una vía de escape? ¿O es que Yanko era un alma generosa y le daba a él la oportunidad? Nunca lo llegaría a saber, porque, pidiéndole que le enseñara el lugar exacto, llegaron hasta un lugar apartado del jardín; allí, oculta entre las zarzas, estaba la cuerda. Carlos, sin pensárselo dos veces, se despidió de Yanko, dándole mil muestras de agradecimiento, y, trepando mal que bien, pinchándose con las púas de los zarzales, escaló hasta lo alto. Dejó el cuerpo suspendido, en la parte exterior, y se soltó. ¡Estaba libre!

15

Carlos cayó en la cuneta como un fardo, al otro lado del muro. Oyó la bocina de un coche y hacia allí dirigió sus pasos, todo lo rápido que pudo. Las luces de un Mini Morris azul claro metalizado asomaban detrás de una curva. Distinguió la melena pelirroja de Teresa, en el asiento del conductor. Carlos abrió la puerta y, nada más colocar el trasero en el asiento, sin tiempo para cerrar de nuevo, recibió en la espalda la sacudida de un terrible acelerón.

----¡Caramba! ----exclamó, eufórico----. Esto es lo que yo llamo espíritu resolutivo. Di que sí, guapa, acelera, no sea que me echen en falta antes de haber probado el sabor de la libertad… Perdona si me pongo poético, Teresa, pero ahora mismo, de mil amores, te daba un beso en la boca con lengua incluida.

Teresa conducía como si participara en la prueba de un rally, haciendo trompos en las curvas, riendo y gritando, cada vez que chirriaban las ruedas. Lo del beso no le había parecido tan mala idea, pero no contestó, se limitó a seguir apretando a fondo el pedal del acelerador. El pequeño Mini hacía un ruido de tal magnitud, que, así, con las ventanillas bajadas, más que rodar por la carretera parecía ir volando a un metro del suelo. Carlos miraba

por el espejo retrovisor. Teresa, sentada al volante, cerraba los ojos y se mesaba los cabellos con la mano libre. De vez en cuando, le echaba una ojeada de arriba abajo, y volvía a concentrarse en la carretera. Carlos, tapado por el camisón, estaba de lo más gracioso. Teresa se echó a reír y a canturrear una canción en portugués, con gracia y buen tono. El aire fresco que se colaba por las ventanillas no hacía justicia a los rigores del invierno; tenía un no sé qué de primaveral, y se le colaba por los rincones del vestido, hasta acariciarle la piel. Sintió una ligera satisfacción al rozarse los muslos, cada vez que cambiaba de marcha: primera... segunda... ¡tercera! Aquello la pilló por sorpresa.

----¿Qué te pasa? ----preguntó Carlos, desconcertado.

----¿A mí? Nada... No me hagas mucho caso... Será que me gusta conducir rápido... y, tal vez, que me alegro de volver a verte.

Carlos arrugó la frente. Él se consideraba algo tímido con las mujeres.

----¿Cómo me encontró? ----dijo, intentando llevar la conversación a un terreno razonable.

----¿Qué tal si te lo cuento luego? No sabes el aspecto que traes. Déjame que te lleve a mi casa, y allí nos contamos lo humano y lo divino tranquilamente, ¿te parece?

Esa era la mejor idea que ninguna pelirroja tuviera antes en lo que va de Historia del mundo occidental. Resistirse hubiera sido

fatal, así pues, hizo un gesto afirmativo y se dejó llevar mansamente.

Diez minutos más tarde atravesaban el centro de la ciudad. Al llegar a la altura del edificio de Correos, el tráfico les hizo aminorar la marcha.

----¡Mira! ----exclamó Teresa, señalando a la izquierda----. Ahí está la comisaría de policía. Deberíamos poner una denuncia; has sido secuestrado...

Carlos dudó un segundo antes de contestar.

----No es buena idea, Teresa, sigue adelante.

Teresa siguió, como le pedían. Al poco rato llegaron a su casa. Cogió de manera mecánica el correo del buzón: una montaña de cartas, facturas y publicidad. Carlos subía las escaleras detrás de ella, hipnotizado por el electromagnetismo que regía el sistema planetario de Teresa. Cada contoneo, cada curva, giraba en torno a su sol, en la más precisa y pitagórica voluptuosidad generada por la naturaleza. Carlos se acomodó en el salón que ya conocía de su visita anterior. Teresa se perdió por el pasillo; volvió con dos vasos repletos de hielos cuadrados y duros, de refrigerador caro. Cogió unas botellas del mueble-bar y las colocó junto a los vasos. Preparó unos combinados. Primero volteó, hábil, la botella de ginebra. Luego echó un chorro de Martini, lo removió y le colocó a cada vaso una rodaja de limón. Le preguntó si tenía hambre, fue de

nuevo a la cocina y volvió con una fuente de rodajas de jamón serrano. Carlos tragó una rodaja, dio un sorbo al cóctel y quedó sorprendido de la mezcla exquisita de los tres sabores.

----Esto es nuevo para mí ----dijo, divertido, llevándose otra rodaja al gaznate y bebiendo un sorbo largo.

Teresa echó la cabeza para atrás, alegre.

----¿A que está bueno? ----Carlos asintió----. Lo descubrí un día, por casualidad. Creo que es una mezcla de mi invención… Bueno, ahora, señor detective, si quieres, hablemos en serio. Aunque poco serio es el atuendo que traes.

Carlos se miró las pantorrillas y los muslos, a la vista gracias al camisón blanco que todavía llevaba puesto.

----Veamos ----dijo, algo turbado----. Dígame cómo es que dio conmigo.

----Es difícil mantener un secreto en Emeteria. Resulta que un buen amigo, Enrique, fue esta mañana al psiquiátrico a llevar a su hermano, que trabaja allí de celador. Yo he comentado con algunos íntimos que tú te estás ocupando del caso ----Carlos se llevó las manos a la cabeza----… Bueno, ya sé, no estoy siendo lo que se dice muy discreta pero, mira por dónde, gracias a que Enrique te conocía…

----¿Me conoce?

----Sí, me dijo que antes de ser detective tenías un bufete de

abogados. No me gustaría que pensaras que soy una cotilla... El caso es que le hice unas cuantas preguntas sobre ti.

----¿Ah, sí? ¿Y qué le conseguiste sacar?

Teresa se mostraba cohibida. Porque, por un lado, no quería darle una mala impresión, pero tampoco estaba dispuesta a quedarse sin satisfacer su curiosidad.

----Bueno... Me dijo que estuviste casado, ¿no? Que ella era muy guapa y que se llamaba Pilar. También me dijo que tú la querías mucho, que enfermó de manera fulminante y que se murió.

Teresa miró fijamente a Carlos, que se había quedado con la mirada perdida entre los cristales que daban al jardín. Iba a decir algo, se mordió el labio, y no dijo nada. Dio un sorbo.

----Lo siento ----dijo----. ¿La querías?

Carlos bebió lo que quedaba en el vaso, apurando hasta la última gota. No contestó. Volvió a llenar el vaso.

----Si pregunto ----continuó Teresa---- es porque... Me cuesta hablar... Quiero decir que... que he pensado mucho en ti ----Teresa comenzó a sentir un ligero temblor en las caderas. Hundió el vientre hacia adentro y dejó que el alcohol entrara directamente por la garganta, saltándose la aduana del paladar----... desde que desapareciste...

No pudo terminar la frase: Carlos, de un movimiento rápido, acopló los rizos negros de su cabello en la parte visible de los

pechos que resaltaban en el ceñido vestido. Posó los labios en el cuello, en la nuca, y subió hasta morder los carnosos labios, húmedos y con sabor a ginebra. Abalanzó todo su cuerpo sobre ella y cayeron los dos al suelo con la respiración entrecortada. Teresa le pidió que la montara ahí mismo, sobre la alfombra. Creía haber enterrado para siempre la deliciosa sensación de tener una fuerza paralizando su cuerpo, aprisionándola hasta hacerla gritar. Los dos lo necesitaban más que nada en este mundo. Carlos se perdía en la jungla de pelo rojo de donde, emergentes, sobresalían los pezones excitados, sabrosos, de Teresa.

Fue todo muy deprisa, sin tregua; y, cuando al fin acabó, jadeantes, aún medio vestidos, se miraron fijamente a los ojos, las pupilas dilatadas, como si aquella fuera la primera vez que se veían.

16

Cuando Carlos se marchó y la dejó sola, Teresa intentó por todos los medios no darle más vueltas a la cabeza. Sin embargo, estaba confundida, y no sólo por haberse acostado con Carlos. Desde que llegó de viaje, todo había dado un cambio tan brusco... Ni siquiera había tenido tiempo de abrir la correspondencia. Recordó que la editorial necesitaba urgentemente su opinión sobre un manuscrito, le habían hecho llegar ya cuatro mensajes en lo que iba de semana y, conociéndoles, no tenían intención de ser indulgentes con ella, por más que les repetía una y otra vez que su hijo estaba desaparecido. Está bien, haría el esfuerzo y le echaría un vistazo. Eso pensó, pero la cabeza le empezó a doler horrores, y a partir de entonces no pudo pensar más que en un baño caliente y unas cuantas pastillas.

Fue al baño y abrió el grifo, tocó el agua y cuando se cercioró de que salía ardiendo, tomó un frasco aromático y vertió el líquido en la bañera. Mientras hacía tiempo, se distrajo mirándose en el espejo: Carlos la había dejado el pelo revuelto, y una tonalidad rosada en las mejillas. En el cuello descubrió una marca rojiza, que acarició con las yemas de los dedos suavemente. Dejó las manos reposar en las mejillas, y lanzó un beso a su imagen

reflejada en el espejo. Entonces, una voz sonó en su cerebro, era la voz de su hijo que la llamaba desde la cocina, preguntándole dónde había puesto los pantalones vaqueros, y al darse cuenta de que su hijo ya no estaba con ella le entró una congoja espantosa. Salió del baño y volvió al salón. En un revistero de hierro con pintura de oro, encima de unas revistas, descansaba un paquete cerrado. Lo desenvolvió y se quedó con el manuscrito entre las manos. Encendió un cigarrillo y leyó el título y el autor: "Al otro lado de la bahía", por Amado Gutiérrez, ponía en la portada, detrás de una delgada tapa transparente. Pasó la dedicatoria y comenzó a leer. En la primera página se podía leer el nombre de su hijo Ezequiel. Antes de continuar se frotó las sienes. Siguió leyendo, cada vez con mayor turbación, porque enseguida aparecía una mujer llamada Teresa, la cual, antes de marchar de viaje, había dejado una nota para su hijo.

Cerró el libro inmediatamente. Pensó en las pastillas, en que se trataba de un ataque de nervios, algo pasajero, pero volvió a abrir el manuscrito y allí seguía haciéndose una descripción de su propia casa, de su hijo, y de lo que ya había ocurrido, y que nadie, nadie podía saber más que ella misma o el propio Ezequiel. Lanzó el manuscrito sobre la mesa de centro y salió disparada hacia el teléfono. Marcó el número de su mejor amiga, confundiéndose dos veces antes de acertar.

----¿Quién es? ¿Oiga? ----contestaron al otro lado de la línea.

----Paloma, ¿eres tu?

----Sí, ¿qué pasa?

----Ay, Paloma, menos mal que estás despierta; estoy mal ----Teresa, con el pelo tapándole la cara, hablaba entre lágrimas----. Ven a casa, por favor, necesito hablar con alguien.

----Claro, querida, pero no dejes que te afecte tanto. ¿Sigues sin noticias de tu hijo?

----No es solo eso. No te lo puedo explicar por teléfono.

----Me visto y voy. Hasta ahora, guapísima.

Teresa colgó y se giró hacia la mesa. ¿Y si volvía a abrirlo? Tal vez le diera la clave de dónde estaba su hijo...

"No, no me atrevo ----pensó, intentando controlar el tembleque involuntario que se había apoderado de su pierna derecha----. Pero, Teresa, por Dios, ¡qué tonterías son estas! No es más que una coincidencia, una broma de mal gusto, eso es, y no le des más vueltas, métete en el baño e intenta relajarte". Volvió a recorrer el pasillo y entró en el cuarto de baño con paso vacilante. En el espejo se vio reflejada: era ella, Teresa; su imagen, al menos, seguía ahí. Se tocó la cara, los labios, la nuca... de pronto, oyó un chapoteo extraño. La bañera se estaba desbordando. Cerró rápidamente el grifo y, al meter la mano para soltar el tapón, pegó un alarido: el agua estaba ardiendo. El grito la hizo perder el

control, miró ávidamente el mosaico de los azulejos de la pared y se puso a golpearlos hasta sentir dolor en las muñecas. No aguantaba más. Se quitó el leve camisón y metió los pies en el agua. El calor del agua le hería la piel, sobre todo entre los muslos y en el pecho. Al poco rato se hizo a la nueva temperatura. Poco a poco, la respiración tomó un ritmo más regular, cerró los ojos y metió la cabeza dentro del agua. El calor le hería ahora los párpados, pero se mantuvo sumergida durante medio minuto. Cuando salió para tomar aire y entornó de nuevo los párpados, halló a su alrededor la normalidad que creía perdida. Paloma no tardaría mucho más en llegar. De pie, con cuidado de no resbalar, pasó ambas piernas afuera de la bañera y enroscó el cuerpo desnudo en una toalla anaranjada. Cogió de un pequeño armario otra más pequeña del mismo color y se la aplicó a la cabeza, retorciendo dentro la larga melena pelirroja. Mientras andaba descalza hacia el salón, iba dejando una línea de agua detrás suyo. Encendió un cigarrillo y fue derecha hacia la puerta. Por fin llegaba Paloma. Cuando abrió la puerta, vio que no venía sola. A su lado estaba Charo.

----Gracias por venir ----dijo, abalanzándose sobre ellas y comiéndolas a besos----. Venid, vamos al salón.

Las dos amigas se miraron entre ellas y siguieron a Teresa por el pasillo. Se sentaron las tres muy cerca, para escucharse mejor. La

primera en preguntar fue Paloma:

----A ver, cuéntanos que te pasa. ¿Encontraste al detective, a Carlos, no es así?

----Sí.

----¿Y?

----Pues estuvo aquí esta tarde.

----¿Y? Venga, cuenta.

----Pues nada, hablamos, bebimos algo…

----¿Y?

----Pues nada, yo tenía muchas ganas, ¿no? Y él yo creo que más, ya os dije que la otra noche, cuando le llamé y vino, me desnudaba con los ojos.

----Entonces…

----Se me vino encima y yo me dejé hacer, aquí mismo ----dijo, señalando el suelo de parqué.

----¿En el suelo?

----No pude pararle, pero la verdad es que fue estupendo.

----Vaya, es una pena que te esté ocurriendo esto tan maravilloso justo ahora que tu hijo no está…

Teresa se entristeció. Durante unos minutos, Paloma, con su risa contagiosa, y la curiosidad de Charo, habían conseguido hacerla olvidar. Sin querer, volvió la vista hacia la mesa donde había arrojado el manuscrito. Las dos amigas de Teresa la vieron

mirar hacia la mesa de cristal con espanto.

----¿Qué miras?

----Es... ese libro.

----¿Qué le pasa? ----preguntó Charo----. ¿Es de la editorial?

----¡No lo abras! ----gritó Teresa. Charo se asustó y volvió a dejarlo en su sitio. Las dos se quedaron mirándola sin comprender lo estaba ocurriendo.

----No os pido que me creáis ----dijo----, sólo os pido vuestro consejo. Me conocéis desde hace tiempo, sois mis amigas, ¿verdad? ----las dos movieron la cabeza afirmativamente----. Pues, ¿qué pasaría si os dijera... que en ese manuscrito se cuenta exactamente lo que nos está pasando?

Paloma miró el libro con extrañeza y luego a Charo. Se dieron la mano. Teresa prosiguió:

----Imaginaos que alguien ha escrito lo que sabéis que os ha ocurrido, cosas íntimas, que nadie puede conocer. ¿Qué pensaríais?

Paloma era la más sensata de las tres, cogió el manuscrito eludiendo la oposición de Teresa, lo abrió por una página y encontró un párrafo en el que se describía una apasionada escena amorosa en el suelo del salón de una casa. Se lo enseñó a Charo, que dio un respingo en el sofá.

----Teresa ----dijo Paloma muy seria----, vamos a quemarlo. No

sé muy bien lo que pasa pero esto es cosa de brujería.

Las tres miraron los troncos ardiendo en el hogar de la chimenea. Teresa consintió. Paloma se acercó con el manuscrito en las manos hasta la chimenea. El papel pronto prendió y las hojas comenzaron a amarillear y ennegrecerse. Estuvieron las tres un rato absortas, mirando las llamas cebarse en el papel hasta reducirlo a cenizas. Paloma removió los restos con un badil pesado, con el fin de evitar que algún pedazo de papel quedara sin quemarse del todo. Cuando terminó la operación, volvió a sentarse al lado de Teresa y la abrazó contra su seno. Paloma y Charo decidieron quedarse a dormir esa noche en casa de Teresa. Por la mañana irían de compras al centro, para despejarse, ver gente y pasear un poco. Por lo pronto, Teresa necesitaba descansar, así que la acompañaron hasta el dormitorio. Charo se fue a la habitación de Ezequiel. Paloma metió a su amiga en la cama como lo habría hecho con una niña chica. Le quitó la toalla y le colocó un pijama gordo, blanco, con elefantes pintados de azul. Las sábanas estaban abiertas y el aroma de las mantas la reconfortó un poco.

----Paloma, parezco una cría ----dijo, secándose las mejillas con un pañuelo.

----De eso nada, Teresa, eres valiente, pero lo que te ha pasado, sencillamente, no es normal... no es normal ----repitió para sí.

Paloma miró el tocadiscos----. ¿Quieres que pongamos algo?

----Bueno, elige tú, pero que sea alegre, por favor.

Paloma se agachó en cuclillas para buscar entre los discos, y eligió uno de carpeta blanca, con un retrato en la portada dibujado a lápiz y acuarela. Por los altavoces, salió el sonido de una voz suave, sensual, que cantaba: *"Os alquimistas estào cegando..."*. Teresa se dejó arropar, sonriendo y haciendo brillar sus ojos gatunos de una forma que a Paloma le encantaba. Cuando acabó la canción, se desvistió y eligió un camisón de Teresa. Apagó el equipo y se acostó junto a ella, acurrucándose en su espalda. Charo apareció en la puerta y, al verlas con los ojos cerrados, apagó la luz y se fue también a dormir.

La plaza del Ayuntamiento de Emeteria, cubierta por las palomas, proyectaba en los biombos de las fachadas el gris plomizo del cielo. La estatua ecuestre de un general soportaba impertérrita los excrementos de decenas de palomas que se posaban en su nariz. La fría llovizna del atardecer conformaba charcos finos sobre una capa uniforme de agua mansa, fiel a su itinerario.

Un hombrecillo ceniciento, de cara aplastada, frente echada para adelante, cejas altivas, perilla de peluquería, monóculo, y ojos pequeños, tristes y asustadizos, saltó con inusitada agilidad del autobús de línea. Al atravesar la plaza alzó la vista hacia el reloj de la Casa Consistorial. La lluvia incesante había dado a la fachada una pátina negruzca y decadente. Las palomas, alzaron el vuelo a su paso entre murmuraciones y cotilleos de alas. La biblioteca cerraba a las ocho: tenía que darse prisa. Los transeúntes, elementos perennes del centro, se cruzaban con él; y, alguno, creyendo reconocerle, se llevaba la mano al sombrero o le hacía un ademán amistoso con el paraguas. Octavio devolvía el saludo, siempre circunspecto y algo asombrado. Su vida entre libros de historia no le había dado tiempo para relacionarse con los demás parroquianos. Su casera, doña Milagros solía decir de él que "vivía en el libro". Doña Milagros había sido corista de cuplé y soprano de

zarzuela y de todo se sentía muy orgullosa. Su voz de tiple, rasgada por el anisete, hacía las veces de despertador en la pensión *Requesito* de la calle Alta, que regentaba nadie recuerda desde cuándo. Para Octavio, doña Milagros era una bendición del cielo. Andaba siempre ocupada en recordarle sus citas, y en lavarle y en plancharle y todo lo demás. Y dicen las malas lenguas que, de siempre, albergaba un amor oculto y muy sincero hacia él. Octavio seguía siendo como un niño chico, y eso que andaba frisando los setenta. Los últimos años los había dedicado a reconstruir uno de los sucesos más estremecedores del siglo: El gran incendio de Emeteria.

Al subir por la cuesta del Real Cinema y echar un ojo al bar *Roma*, instintivamente comenzó a salivar, con el solo recuerdo de la salsa picante de los mejillones que allí tomara, al alimón, junto a alguna mozuca del barrio pesquero. Un suspiro hondo le desajustó el monóculo. ¡Qué pena tan grande! Una úlcera fatal, había arrancado de raíz su espíritu hedonista. Cerró los ojos para no ver los mejillones flotando en la salsa colorada, y alargó las zancadas para ganar tiempo. Rodeó la alta verja que guardaba el museo de arte y la biblioteca personal. Una imagen marmórea de don Marcelino, sostenía la escalinata, como un anfitrión paciente, que aguardara la llegada de los comensales invitados a un banquete de libros servido en el comedor de su hermosa biblioteca. Octavio dejó

atrás la verja y se encontró con otra, de entrada a la biblioteca popular, el lugar predilecto de sus tardes otoñales. Superó los peldaños de la entrada con paso rutinario. Le gustaba sentirse dentro de aquel recinto, el pecho se le inflaba, y la respiración se le hacía más regular. Como las momas, peces escurridizos que tienen su hogar en los huecos erosionados de las rocas, así él tenía entre esas cuatro paredes su territorio natural.

Dejó el paraguas junto a los demás, colocados en celdillas numeradas para este fin, algo usual durante el invierno lluvioso. La sala de lectura, situada en el primer piso, estaba repleta de jóvenes estudiantes. Esta visión, lejos de desmoralizarle, servía de turbina para su edad marchita, sesentón como era, soltero y poco lanzado en asuntos de faldas. Le parecía a él que las muchachas lo miraban con curiosidad. Las coderas gastadas de su negro gabán, el chaleco abotonado, el almidón de sus camisas, el monóculo... debían resultarles nuevo a aquellas niñas, acostumbradas a los vaqueros y las camisetas. Fue sin pérdida de tiempo hacia el mostrador; una vez allí, soltó un hilillo de voz, aguda y fina, para pedir los libros que quería consultar. La bibliotecaria, una joven en apariencia más bien extrovertida, se empeñaba en darle conversación. ¿Acaso era tan difícil adivinar que don Octavio guardaba el secreto de su voz ridícula, de trompetilla, como un tesoro? Y la tía erre que erre, venga a preguntar: "¿Quiere algún

tomo de prehistoria?", Y a avisarle, como si él no lo supiera ya: " Es tarde, no va a tener tiempo para tanto libro. ¿Por qué no escoge algunos... y deja los otros?". Octavio, pálido, con los labios apretados, contestó: "Muchas gracias, señorita, es usted muy amable, pero no se moleste", y luego añadió: "¿Son esos mis libros? Acérquemelos, ¿quiere?" Alargó los dedos de sus manos diminutas, de uñas cuadradas, pulcras, y colocó la montaña de libros en su pecho, sostenidos por los antebrazos. Cruzó sigiloso la sala y se sentó en una mesa retirada. Era la zona dedicada a los libros de historia y a las enciclopedias. Allí, su butaca favorita solía estar libre. La mesa tenía seis plazas, de las cuales solamente una estaba ocupada. Se trataba de una joven de aspecto burdo, hombruna y grande, de cabello castaño oscuro, sin arreglar, con unos enormes ojos brillantes color caramelo. Llevaba una camisa de cuadros rojos y blancos. Octavio miró a través del monóculo y vio que hojeaba revistas de cotilleo despreocupadamente. Pronto se olvidó de ella. La montaña de libros, encima de la mesa, parecía estar formada por geológicos estratos superpuestos, uno encima de otro. Abrió el primero: un libro de Amós de Escalera, titulado "Costas y montañas". En la primera página ponía: "Por Juan García". Quedó turbado unos segundos, pues no entendía que un libro pudiera tener un autor doble. Sin duda tenía el pensamiento extraviado; se llevó una palma a la frente y se dio un sonoro golpe.

Juan García era el seudónimo popular del escritor en cuestión. Encontró una bella descripción y unas notas históricas que podían ser de interés para sus asuntos. Sacó del gabán una libreta de lomos azul eléctrico, hizo en ella algunas anotaciones y cerró el libro. Cogió otro de la montaña que descansaba en la superficie lisa y cálida de la mesa de lectura: "Emeteria en llamas", era su título, firmado por Rosa de Mazo. Fue mirando una por una las fotografías tomadas aquel fatídico sábado de 1941, en que se produjo el gran incendio: fotos en blanco y negro de escombros, fachadas ruinosas, edificios sin tripas... Se fijó en el cielo gris, el mismo cielo de esa misma tarde; en la bruma del atardecer, en el muelle y sobre las aguas de la bahía. Los lugareños, consternados, deambulaban en las fotografías con pasos perdidos, abrazados unos, estáticos y perplejos otros, sin saber qué se podía hacer ni a quién acudir. Octavio recordó un chiste que circuló de boca en boca durante esos aciagos días: "Dos jóvenes pasean por la calle Calderón de la Barca. Buscan las ya desaparecidas atarazanas, y uno de ellos repite la siguiente plegaria: "¡Qué desastre! ¡Qué desastre!". El otro, cabizbajo, le contesta: "Tienes razón. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Sin trabajo, sin casa! ¡Es el fin!" Y el otro le responde: "¡No, hombre, no! Si lo que digo es que: ¡Qué de sastre! ¡Cuánto sastre hay en esta calle!". Y así era, no faltaban sastres, camiserías, sombrererías... Octavio siguió mirando fotos de la

catástrofe. En una se mostraba el portal de la calle Cádiz, número 20, donde se prendió el primer chispazo, y comprendió lo de "Incendio andaluz", que tanto había oído repetir, porque el incendio empezó en Cádiz, y terminó en la calle Sevilla.

La estela de una joven que acababa de levantarse de su asiento le hizo levantar los ojos del libro. Era morena, de piernas largas y muslos color de luna, con las medias subidas hasta la rodilla. Al andar, los brazos golpeaban el arco de sus caderas, y levantaban el gracioso limbo de la falda del uniforme del colegio de monjas de Las Sumisas. Octavio retiró el monóculo de su caverna, enarcó las cejas y se perdió concienzudamente en la contemplación de tan prieto y conglomerado trasero, puro hormigón armado. "¡Hija de Atila!"----exclamó en alto sin poder contenerse. "¡Circe en cuerpo de Venus!"----añadió, y las cabezas de los estudiantes se alzaron a un tiempo, rascándose algunos la cabeza al instante y frunciendo el ceño, pues no era tarea fácil desentrañar la afición al símbolo y la metáfora de que hacía gala don Octavio en algunas ocasiones. Una molesta gota de sudor culebreó desde el almidón del cuello hacia la axila, y le dio a la gota por seguir bajando, caprichosa, hasta quedarse atrapada en el cráter del ombligo. Era una gota helada, lenta, rastrilladora y cruel. Una mosca zumbaba en derredor de la mesa y fue a posarse con tan mala suerte que Octavio, sádico, la despanzurró de un certero manotazo. Cuando

retiró al desafortunado insecto con la punta de los dedos vio una reseña en un periódico que, hasta el momento, le había pasado totalmente desapercibida. Hacía referencia a uno de los muchos saqueos y barrabasadas que se perpetraron la noche del gran incendio. Las máquinas de los principales rotativos de la ciudad sufrieron tales desperfectos a causa de las llamas, que hubo que esperar una semana para volver a contar con prensa diaria. El periódico en cuestión era *La Montaña*, en un número especial dedicado íntegramente al suceso del siglo en Emeteria.

Octavio leyó el artículo, que venía redactado de la siguiente forma:

ROBO MILLONARIO EN LA CENTRAL DEL BANCO MERCANTIL

La madrugada del 14 de febrero, a la sazón día de los enamorados, fue hallada abierta y vacía la caja de caudales del Banco Mercantil, sito en la céntrica calle de Marcelino de Santolaya, más conocida popularmente como la calle Membrillo. El valor en piedras preciosas, billetes americanos y lingotes de oro, asciende a la friolera de trescientos millones de pesetas. Los ladrones perpetraron el robo con total impunidad aprovechando el caos provocado por el incendio que devastó el casco viejo de la ciudad durante la noche. Aunque el edificio del Banco se libró de las llamas, nadie podía prever que esta desgracia fuera a sumarse a las que nos afligen. Se presume que el ladrón debía tener alguna relación con el Banco. Desde la comisaría de policía, mandan un mensaje tranquilizador a los depositarios, ya que se confía en que, en breve, será rescatado el botín, y castigados los malhechores.

Un poco más adelante, tras pasarse un pañuelo ----uno de los pañuelos primorosamente doblados por doña Milagros---- por la lente del monóculo, leyó:

...Entre las posibles pistas la policía encontró un sombrero austriaco, perteneciente a uno de los empleados del Banco. Fue hallado junto a la caja fuerte, por lo que no se descarta que pueda tratarse de un descuido del interfecto en cuestión, al intentar huir apresuradamente. El presunto ladrón, que atiende al nombre de Antonio Balaguer, no solo lo ha negado todo, sino que el lunes, a las ocho de la mañana, compareció en su lugar de trabajo ----es uno de los cajeros del Banco----, impecablemente vestido, uniformado y con sus manguitos y todo. Eso sí, reconoció el sombrero como suyo sin titubear. Dio como explicación el habérselo dejado olvidado el Viernes, pues deseaba invitar a su novia a la función vespertina de "El mayor monstruo, los celos", de nuestro ilustre Calderón de la Barca. La coartada, de serlo, parece confirmada, ya que en efecto, había función en el Teatro Vereda, sito en la confluencia de Santa Rocío y Río de la Voltaica, a las ocho de la tarde. Balaguer, para dar mayor credibilidad a sus palabras, recitó los siguientes versos calderonianos:

Cebado en Cleopatra hermosa,

Cristal que exprimió la nieve,

Sangre que vertió la rosa. *Acto VII*

Preguntado al respecto, el sargento de policía de nuestra ciudad, quien tras la tragedia reconoce no dar abasto, contestó que las investigaciones se encuentran en un delicado punto de inflexión, por lo que prefiere no hacer declaraciones.

A don Octavio no le pareció indigna de cierto mérito aquella curiosa crónica de sucesos, no sólo por su interés implícito, cuanto más por el ligero estilo del redactor, de tan singular gracia en temas de tan poca broma, habiendo como había millones en juego y muchas personas afectadas, dispuestas a defender sus ahorros a costa de quien fuese.

Cogió el ejemplar y recorrió raudo la sala para pedir una fotocopia de la página siete, donde se mostraba al sospechoso en una fotografía de cuarto de página, en mitad del interrogatorio. Sin respetar la presunción de inocencia, habían sacado al cajero de perfil, en plano-detalle, sufriendo los fogonazos de los flashes. Cuando le dieron la copia, Octavio volvió a su asiento. Hizo algunas anotaciones más en su libreta, y dio por finalizada la labor de la jornada con gran alivio. Metió la copia, doblada, en el cuaderno azul, y, éste, en el bolsillo del gabán. La sala estaba vacía. Los últimos estudiantes rezagados salían por la puerta. La

mujer que tenía enfrente, la de los ojos de caramelo, se dirigía también hacia la puerta con premura. Comenzó a granizar. El viento sur golpeaba furiosamente los cristales de la sala, cubriendo el diminuto jardín de la biblioteca de duras canicas de hielo. Octavio, parapetado detrás de la montaña de libros, se acercaba ya al mostrador, con la mirada hipnotizada por el brioso chocar del granizo, cuando notó que su rodilla tropezaba con un cuerpo duro. Los libros se le cayeron sobre el mostrador.

----¡Oh, lo siento! ---- *se* atrevió a decir, azorado, mostrando un rubor en las mejillas que no había conseguido desterrar desde sus años mozos----. ¡Qué torpeza la mía!

----No hay por qué ----contestó Carlos----. Esto pasa hasta en las mejores familias... ¿Sabe? Dicen por ahí que los de Mazarrasa, los Alas Pumariño y los Pombo, andan chocándose los unos con los otros todo el santo día.

----Bueno, hombre, me alegro de que os lo toméis de tan buen talante... Adiós.

Carlos meneó la cabeza, mientras guardaba el carné en la cartera. Había llegado a la biblioteca, aquella tarde de lunes, con la esperanza de encontrar algún indicio en la prensa de los últimos días sobre el caso que le ocupaba, ya que Teresa nada había avanzado. En los diarios solo se mencionaba de forma un tanto oscura la noticia del tiroteo de que fue objeto, en el Sardero. Nada

acerca de sus raptores; pero, lo que era más grave y lo que le hizo tener un escalofrío: nada sobre su desaparición durante casi dos días de la faz de la tierra. Toda la ciudad conocía de sobra la inoperancia de la comisaría de la Porticada, pero ante hechos de este calibre, era de esperar algún tipo de actividad especial. Algo no cuadraba, y no iba a ser el propio Carrascosa quien se lo fuera a decir, de eso estaba seguro. Pero lo que más le molestaba es que podía haber muerto, y a nadie parecía importarle.

Cogió el paraguas de la celdilla donde lo había depositado y lo abrió a tiempo para resguardarse del granizo, que seguía cayendo con insistencia. Entre los golpes del hielo contra el asfalto, creyó oír unas voces que lo llamaban. Se paró en mitad de la calle y vio al hombrecillo de la biblioteca, hecho una sopa, que corría vociferando y soltando juramentos en dirección hacia él. Cuando llegó a su altura, le explicó:

----Perdone, joven, pero da la casualidad de que se ha llevado mi paraguas. Entiendo que en su proceder no hay mala intención y que no se trata más que de un desafortunado descuido. Le ruego, tenga la amabilidad de devolvérmelo.

Carlos miró sorprendido el paraguas.

----¡Vaya, no me he dado ni cuenta! ----exclamó, disculpándose----. Pero, entre, entre usted, no se me quede ahí, que va a coger una pulmonía.

Don Octavio se acurrucó en el hueco del paraguas.

-----Vamos a hacer una cosa ----prosiguió Carlos----... Soy consciente del agravio que ha sufrido, así que, si le parece, va a dejarme que le invite a un coñac mientras esperamos a que escampe. ¿Hace?

El historiador se encogió de hombros; después de estornudar repetidas veces y sonarse con el pañuelo, aceptó el ofrecimiento. Marcharon juntos bajo el granizo. Entraron en la primera taberna que vieron abierta, sin pensárselo demasiado. La clientela era numerosa, no en vano acababa de terminar la jornada laboral, y los hombres, acodados en la barra, tomaban chatos de vino a grandes voces. El olor de las raciones de rabas se hacía irresistible. Carlos pidió una de rabas, una caña de cerveza para él, y un coñac. El hombrecillo sonreía, deleitándose en la contemplación de las enormes vigas de madera que sostenían el techo. Se sentaron en una mesa libre.

----Dígame, joven: ¿A qué se dedica?

Carlos dio un sorbo a la cerveza y tragó un trozo de pan.

----Pues mire, es un poco largo de explicar y no tengo confianza en usted como para... Aunque, ¡qué diablos! ¿Ve todos estos hombres que hay aquí?

----Los veo, por supuesto. ¿Acaso no se ha fijado en el monóculo tan preciso que llevo?

----Lo que quiero decir es que, la realidad, depende del punto de vista. Yo, por ejemplo: llevo dos días secuestrado, y nadie de los aquí presentes sabe nada.

----¿Pero qué me está contando?

----Lo que oye. Yo soy investigador privado----dijo, confidencialmente.

----¿En serio?

----En serio; aunque no es nada envidiable, se lo puedo asegurar... A no ser que tenga una póliza de seguro a todo riesgo ----Don Octavio le escuchaba boquiabierto----. Resulta que me ha contratado la madre de un chico desaparecido. Quiere que lo encuentre. Pero la cosa se está complicando y, la verdad, empiezo a pensar que los periódicos de esta ciudad cuentan lo que les da la gana, porque aquí parece que no pasa nada y sí pasa... ¡Si lo sabré yo!... Pero coma, buen hombre, coma una de esas rabas, verá qué ricas están.

----Muchas gracias, pero tengo el estómago muy delicado ----dijo, bebiéndose de un trago la copa de coñac----. ¡Qué casualidad! Ahora que habla de periódicos, esta misma tarde he hecho un descubrimiento... cuanto menos sorprendente. ¡Camarero! ----gritó con su voz de trompetilla----. Traiga otra copa de estas y una caña para... Disculpe, ¿cómo ha dicho que se llamaba?

Don Octavio y el detective intercambiaron nombres con

displicente cortesía. El coñac hacía estragos en la timidez natural del historiador, que comenzó a mostrarse de pronto parlanchín.

----Mire: Este año que termina es el 1981. Así pues, llevo cinco trabajando en un suceso ocurrido en 1941. Cuarenta años han pasado ya... Yo lo viví, aunque dudo que usted, joven, hubiera entonces bajado del limbo.

----En efecto, yo nací, como quien dice, con el rock & roll.

----¡Qué disparate! En fin, el catorce de Febrero de 1941, el día del gran incendio, yo no era más que un muchacho de veintitrés años, recién licenciado, preocupado porque no me crecía lo suficiente la barba... Ya ve, me hace reír el hecho cierto de que ya no me crecen más que los pelillos de la nariz. Andaba leyéndole algo a mi hermano cuando recibimos la orden de nuestro padre, como a las diez de la noche, de recoger todo lo que pudiéramos para sacarlo a la calle. El viento, huracanado, estaba extendiendo las llamas por toda la ciudad. En el mar había galerna, que es la mar más terrible que se conoce. No había tiempo, entiende, podíamos quedar atrapados por el fuego. Entonces, a mi hermano le pudo la curiosidad: abrió la ventana y lo que vimos, no lo podré olvidar mientras viva: era un leño, del grosor de un tronco de árbol, que volaba; sí, ha oído bien, volaba a más de quince metros del suelo, como si fuera una tea gigantesca. Atravesaba el cielo negro, iluminado por los resplandores rojos, azules, dorados, de las

llamas. Grandes lenguas de fuego reducían a cenizas edificios enteros, todo a una velocidad endiablada. Mi hermano me cogía fuertemente de la mano, pues, siendo como era delgado como una sula, temía que yo saliera también volando por los aires, como aquel leño. ¡Un espectáculo fascinante!... Perdone, me disponía a contarle algo importante...

----Sí, decía que esta misma tarde hizo un descubrimiento...

El historiador se acercó a Carlos con gran secreto y dijo:

----Escuche: la misma noche del incendio, hubo un espectacular robo en el Banco Mercantil. En su día aquel suceso fue muy sonado, dado que toda Emeteria salió perjudicada del asunto. Hoy, por azar, o mejor dicho, gracias a una mosca que rondaba por mis papeles, encontré algo increíble ----tanto se le acercaba, que los pelos de la perilla le hacían cosquillas en la oreja. Carlos se echó un poco para atrás----. ¿Sabe lo que es?

----Ni me lo imagino. ¿Qué cosa?

Don Octavio sacó del bolsillo del gabán el cuaderno con la copia. Mientras buscaba la página correspondiente, observaba a través del monóculo el umbral de la entrada, hasta tal punto se mostraba celoso de su hallazgo. Carlos desdobló la copia del periódico y quedó de una pieza al reconocer en la fotografía la imagen de Antonio Balaguer, su raptor, ese al que todos llamaban Tirolés. Se le veía en la foto mucho más joven, casi un imberbe. Pero no había

duda de que era él, tenía ya esos ojos burlones y sádicos. De la solapa del traje, sobresalían las dos entradas del teatro que le servían de coartada.

----¿Conoce usted a este hombre? ----preguntó Carlos.

----No, ¿acaso usted sí?

----Sí, y muy a mi pesar, don Octavio. Da la casualidad, ya sabe, usted es historiador, que la vida nos ofrece muestras fehacientes de que, en el cosmos, parece haber un cierto tipo de ordenamiento cuya *gnosis* se escapa a nuestra percepción; una suerte de lenguaje cifrado, oculto detrás de cada acontecimiento, y que modifica a los demás. Un lenguaje que tal vez solo puedan aprehender los vates y los zahoríes.

----Creo, señor Postigo , que no le sigo ----acertó a decir don Octavio, mientras removía la zupia del vaso.

----Sí, hombre, un paraguas ajeno cogido por descuido nos ha unido, ¿no es cierto?

----Así es, sin embargo... sigo sin comprender.

----Amigo mío, acaba usted de resolver un enigma que, si mi intuición no me traiciona, puede ayudarme a llevar a buen puerto mi caso. ¿Recuerda que antes le comenté que había sido raptado? ----don Octavio asintió----. Pues, agárrese al asiento. Mi raptor, no es otro que el tipo de la foto, Antonio Balaguer.

----¡No! Pero, ¡qué me dice! ¿Cómo es posible?

----Ya ve usted, casualidades, que algunos opinan que son cosas del diablo.

----¿Y no cree usted que él, con la ayuda, quizá, de algún compinche, desvalijó el Banco aquella noche infernal?

----Es muy posible ----contestó Carlos, mesándose la barbilla----. Y, si no me equivoco, apostaría diez contra uno a que sé dónde está escondido el oro, el dinero y las joyas.

----¿Dónde? ----preguntó muy excitado.

Carlos, entonces, alzó los ojos. Había visto la figura de una mujer corpulenta que salía de la penumbra, de detrás de unas barricas de vino y que cruzaba la puerta de la calle como una exhalación. Carlos palideció.

----¡Enma! ¡Ella! ¡Dios santo! Octavio ----dijo, dirigiéndose muy serio al historiador----, nos han descubierto. Estoy seguro de que era ella.

----Pero, ¿quién? ----se puso en pie, presa de los nervios.

----¡Siéntese! ----- ordenó Carlos----. Le diré lo que vamos a hacer... Pero antes, he de prevenirle de que su vida corre peligro ---- don Octavio tragó saliva----. Esta gente tira de pistola con la misma velocidad con que se apura usted los coñacs. Ahora, se va usted a su casa. ¿Dónde vive?

----En la fonda *Requesito.* En la calle Alta.

----Bien, no haga el trayecto habitual, dé algunos rodeos... No sé,

piense que tiene que despistar a alguien. Asegúrese de que no le siguen.

----Pero yo…

----Haga lo que le digo. El asunto es más serio de lo que se imagina ----Carlos le devolvió el cuaderno y la copia. Don Octavio temblaba como una hoja----. Intente dormir tranquilo. Piense que mañana es Nochebuena. ¿Conoce el parque de Jado?

----¿Dónde el baile y la verbena? Sí, he ido algunas veces.

----Bien. No salga de casa hasta las siete de la tarde. Cuando llegue esa hora, diríjase al parque y espéreme en la barra. Allí, con el barullo del baile y la orquesta, podremos seguir la conversación. Creo que sus descubrimientos pueden servirme de gran ayuda, don Octavio. Ahora, sería demasiado peligroso para los dos. ¡Ande, váyase!

----No sé qué decir… Me siento… En fin, haré lo que usted dice. Una cosa: ¿Me devuelve usted el paraguas?

----¡Oh, claro! Tome.

El paraguas volvió a su dueño. Al cogerlo sintió un escalofrío, como el efecto de una premonición que emanara de las aristas del armazón de metal. Lo abrió, y desapareció calle arriba. Carlos se puso la chaqueta y salió de la taberna. Una voz gritaba a sus espaldas. Era un camarero de largos bigotes enroscados en las puntas.

----¡Eh, el de la chaqueta! El muy avispado se quiere ir de cañón. ¡Anda, Artemio, sal a buscarle! ----el camarero salió disparado hacia la puerta. Pero la riada de paraguas no le dejó ver la dirección que había tomado.

Carlos se dirigió hacia el paseo Vereda. Dudaba entre ir directamente a su casa o dar un paseo. Finalmente decidió coger la barca reseñera. Estaba casi vacía, algo normal en invierno. Atravesó la cabina de pasajeros y se sentó en la popa del barco. El viento le azotaba la cara, mientras miraba los verdes y azules del mar de la bahía, bajo el cielo gris. La quilla del barco cortaba el mar en dos secciones que provocaban bandas de olas simétricas a cada lado. Comenzó a llover suavemente. Carlos dejó que las gotas de lluvia corrieran por su camisa y se amontonaran en el pantalón. Tenía una pena en el corazón, una pena que aparecía solo de vez en cuando, pero tan profunda que ni las aguas del océano la podrían comparar. Él, durante años, había intentado ir con ella, a su encuentro, quitándose la vida poco a poco, matándose en alcohol; pero, su cuerpo resultó menos frágil de lo que pensaba. Al final acabó resignándose a seguir con su dolor a cuestas. Y, ahora, Teresa... No, no era igual. Quien sabe, tal vez podría llegar a quererla. Al menos, podía intentarlo. “Estas solo, Carlos, no desprecies a quien te regala su amor”, le decía una voz interior.

La barca llegó a Pedreña, y, luego, siguió hasta el Puntal. Allí bajó de la barca. Un paseo por las dunas, el sol tibio que se asomaba tímido entre las nubes, el salitre, la brisa... Sentado en la orilla, dejó que pasara el tiempo, mirando la ciudad, al otro lado de la bahía. Y las olas del mar, le transportaron a un estado como de abandono, como si su alma fuera al encuentro de lo inabarcable.

18

Carlos no pegó ojo, se pasó toda la madrugada del martes dando vueltas a uno y otro lado de la cama. El acerico que utilizaba de talismán para las noches de insomnio parecía estar cargado de finas agujas que, burlonas, se divirtieran a su costa desbaratándole el sueño. Probó a contar ovejas sin éxito. Salió en pijama del dormitorio y se sentó en una butaca frente al piano. Dejó que los dedos corrieran libres por las teclas y, mientras el salón se llenaba de notas discordantes, su cerebro se puso a funcionar, buscando la agudeza que le habían proporcionado los desvelos de madrugada en ocasiones anteriores. Se sentía abotargado, espeso, por delante de sus ojos pasaban una sucesión de imágenes inconexas. Fue hacia el mueble-bar y extrajo una botella de whisky. Bebió varios tragos, apoyado en el alféizar de la ventana. Este placer rutinario le daba sosiego, hacía años que creía tener dominado el alcohol. La ciudad tranquila dormía pensando en la cena de nochebuena, en los regalos y las felicitaciones del día siguiente. Carlos soportaba esas fechas como podía: evitando pensar en ello. Un coche cruzó por la calle desierta, y el silencio que le siguió, tenía algo de abismal, como el rugido de una fiera

bajo el agua. Le vino a la mente el recuerdo de Yanko, durante su fugaz estancia en el hospital. Aquel peregrinar suyo por la península, aquella vida de lobo en una cueva y su mala fortuna... Se trataba de una historia increíble, sin duda, pero de nada le servía para su investigación Lo mismo cabía decirse de la charla con los amigos de Ezequiel y con María. Sí, necesitaba concentrarse. Le costó no pocos esfuerzos, pero por fin comenzó a sentirse más despejado: "El chico, Ezequiel, está en el faro de la isla de Mauro. Esto parece ser cierto, habida cuenta del testimonio que pude oír en el bar la otra noche. Por algún motivo que desconozco, la policía lo sabe, pero no quiere que nadie más lo sepa. Además, por lo que lleva demostrando en esta ciudad desde hace tiempo, debo seguir desconfiando de Carrascosa. Pediré ayuda en otras comisarías, a ver cómo respiran. En cuanto a Enma... He de intentar hablar con ella. No sé de qué lado está. Si me ha seguido, ha sido por orden expresa de Tirolés. Pero yo sé que noté algo, una especie de resquebrajamiento en su mirada, que... ¡Pobre Enma! Pero, ¿y don Octavio? ¿Cómo hacer para que no se comprometa demasiado?". El aire de la madrugada le hizo bostezar. Le asustó el jolgorio de los primeros gorriones enredados en las ramas de un plátano. Dejó el vaso encima de unos papeles amontonados sobre la mesa y cerró la ventana. Por fin conseguía conciliar el sueño. Cayó en la cama como un bendito, sin tiempo

siquiera para taparse en condiciones, de bruces sobre su querido talismán.

El martes, despertó tarde, pasadas las tres. Para subir a la ducha, tenía que buscar un diminuto baño instalado en la buhardilla, a la izquierda de la cocina. El baño no poseía suficiente altura para recibir el agua de pie; había que hacerlo en cuclillas, lo que suponía, evidentemente, un estorbo. Cosas de la abuela Mercedes, que se empeñó en levantar aquella buhardilla y convertir el baño de la planta inferior en dormitorio. Después de la ducha, Carlos preparó un almuerzo en la pequeña cocina. Entraba un chorro de luz por una claraboya marinera, que daba directamente al Postigo . Por la cocina se podía andar de pie, menos en un rincón, donde la abuela Mercedes había ideado una pequeña sala de estar, que se convirtió en su lugar predilecto de la casa mientras vivió. Hizo forrar un banco con almohadones de flores verdes y amarillas, puso una mesita, y subió la línea del teléfono hasta allí. Aquel rincón se convirtió en su refugio. Prácticamente no pisaba el resto de la casa. Carlos, por pereza y por respeto, dejó el teléfono donde lo encontró, lo que era motivo de constantes maldiciones a lo largo del día, pues cada vez que sonaba, le tocaba subir los peldaños de madera.

A través de la claraboya se alcanzaba a ver un pedazo de cielo,

surcado por las gaviotas que habitaban en la plaza de Potombo, y atravesado por gatos marrulleros, sobre todo en los días cercanos al plenilunio. La soledad, había leído Carlos, es el peor de los vicios. Él daba vueltas a ésta y otras afirmaciones, muchas de ellas contradictorias, y no conseguía sacar nada en claro. Para él, en el fondo, todo en la vida de una persona se reducía a etapas, a períodos de tiempo, a una cadena formada por eslabones de textura, dureza y formulación química dispar. Le sobresaltó, de pronto, el ruido de la sartén en la que chisporroteaban unos huevos con beicon. Cuando se llevó el tenedor de plata a la boca, y probó el primer bocado, recordó con espanto que llevaba casi dos días sin comer. El desayuno del psiquiátrico era bazofia. En casa de Teresa estuvo ocupado en otros menesteres. Y anoche, bueno, anoche no tenía apetito. Engulló todo el plato; cuando acabó, untó con pan de hogaza la salsa hasta dejarlo limpio. Miró un reloj de pared. Todavía le quedaba tiempo para coger una camisa del armario y echarle betún a los zapatos. No podía decirse que aquella tarde tuviera una cita amorosa ni mucho menos, sin embargo, era nochebuena, y por más que se lo propusiera, no podía evitarlo, siempre le llegaban ecos de infancia, cuando le acicalaban y le peinaban para ir a la iglesia. Era una cosa absurda, lo sabía, pero, incluso ya casado con Pilar, se vestía y arreglaba aquel día para oír la misa de una. Y aunque no volvió a pisar una iglesia desde

que ella murió, él seguía poniéndose de punta en blanco para ella. Eligió una corbata espigada, brillante, gris, con reflejos plateados y puntos negros. Cogió unos zapatos acharolados, de hebilla, y cambió su atuendo habitual, de vaqueros y chaqueta, por un traje gris marengo, que encontró lleno de polvo en las solapas. Lo cepilló pacientemente, hasta que quedó nuevo. Cogió una camisa azul cielo con sus iniciales bordadas y se la puso. Cuando acabó de vestirse, miró por la ventana para ver si llovía. Como vio que no, metió la cartera, las llaves y el tabaco en los bolsillos del traje, y el mechero en el del pantalón, y salió por la puerta. Bajó las escaleras espaciosamente, dejando reposar un cigarrillo sin encender entre los labios.

La calle estaba desierta. Agradeció el crujido del motor al voltear la llave de contacto. Era el particular saludo de su 132, como el de un amigo antiguo con el que uno se encuentra después de muchos años y que evita los aspavientos y las lisonjas falsas. Apretó el acelerador y puso rumbo al parque de Jado.

19

El 132 color plata subió a duras penas las escarpadas cuestas que conducían a la calle General Dávila. Esta calle ocupaba en su larga extensión la parte más alta de la ciudad, partiéndola en dos aguas, como un río entre dos riberas. Los emeterinos casi se habían olvidado de su existencia; la atravesaban como lugar de paso, como una contingencia en su camino, sin parar mientes en el descuido que mostraban las casas, aisladas, solitarias, de jardines umbríos y cristales rotos. Viejos palacetes de piedra dejaban a la vista lejanos fulgores, rastros de siglos de esplendor, cuando los indianos volvían de México y de Cuba, triunfadores en el nuevo mundo, dispuestos a dilapidar sus fortunas antes de dejar que la parentela les chupara la sangre. Los vestigios que quedan son los escudos heráldicos, los lujosos hastiales y el balaustre de las fachadas de los innumerables palacetes que, como avergonzados de su suerte, quedan ocultos tras altas arboledas por las callejuelas de Emeteria.

Carlos conducía despacio, con las ventanillas bajadas, contemplando. Aparcó el coche sin dificultad, a dos manzanas del parque, en la plaza del Alto Miranda, y entró en un bar a comprar cigarrillos. Salió, atravesó la rotonda, y siguió la calzada,

flanqueada por un muro. Este leve instante de calma terminó pronto: Carlos acababa de ver un cuerpo encorvado, atravesar la calle precipitadamente. Se escondió detrás del guardabarros de un coche para no ser visto. ¡Era él! ¡Balaguer! ¿Qué diablos hacía ahí? Era él, sin duda. Reconocería su perfil entre un millón. Lo más extraño era verlo solo, sin Bronco y Enma. Decidió seguirle a cierta distancia. Entonces, un presagio tenebroso pasó por la cabeza del detective, al ver que el sombrero de Tirolés, desaparecía de su vista justo a la altura de la entrada del parque. ¿Sabrían de la cita? ¿Habrían seguido a don Octavio? Carlos corrió hacia la entrada, con el alto muro de piedra que bordeaba la finca del parque a su izquierda. Alzó los ojos, presintiendo la llegada de la noche. Las farolas se encendieron y sus destellos se mezclaron con la débil luz de las primeras estrellas. La imagen de Teresa pasó fugazmente por su cerebro. Llegó a la verja de entrada. A la derecha, a unos veinte metros, se elevaba una construcción sobria, de dos plantas, con una bella escalinata abierta en abanico. A la derecha, distinguió, bajo una carpa enorme, un auditórium plagado de bafles. La carpa estaba cubierta por un toldo, a modo de bóveda. A resguardo de la lluvia, se sucedían los tenderetes de churros, fritangas, palomitas de maíz y algodón dulce, repletos de gente. El bullicio de las parejas llegaba eclipsado por los acordes de la orquesta. Las parejas, en su mayoría pensionistas, bailaban un

agarrado. A Carlos, tanto mirar hacia el escenario, casi le acarrea un disgusto porque Tirolés, en ese momento, buscaba algo o a alguien ansiosamente, y al no encontrarlo había vuelto sobre sus pasos. Carlos tuvo el tiempo justo para salir corriendo hacia la escalinata, atravesar la puerta y ocultarse dentro. Una cristalera daba a la calle, por lo que aquel refugio le podía venir a las mil maravillas. Tirolés, mientras tanto, se había sentado en un banco de piedra; parecía esperar a alguien; le vio quitarse el sombrero y secarse el sudor. Observó al detalle su perfil de buitre carroñero, su boca semiabierta, sus ojos desorbitados y expectantes.

Mientras, en la carpa, se seguía bebiendo y bailando. Los boleros eran aprovechados por las parejas algo más jóvenes para pedir en la barra mistelas y calimochos. Entonces, entre el mar de cabezas, Carlos distinguió a su amigo, a don Octavio, acodado en la barra, buscándole entre el gentío. Su primer impulso fue salir y avisarle, pero al ver la figura de Tirolés, acechante, cambió de parecer. Ahora podía distinguir con toda claridad el cuerpo del historiador. Llevaba el mismo gabán negro, el mismo chaleco, la misma camisa almidonada que el día anterior. Se hacía ayudar del monóculo para hacer una concienzuda exégesis de los pechos que, como círculos de nieve pura, se escapaban a la presión del reducido corpiño de la camarera.

----¡Y tú, a ver! ¡Menos mirar y más pedir! ----dijo la camarera,

rubia, remangada, con los brazos en jarras----. Que esto no es una pasarela.

Don Octavio estaba muy nervioso por la tardanza del detective. Sacó una moneda y pidió un vino tinto.

----Tome, aquí tiene: son cinco duros.

El rostro del historiador mostraba seria preocupación.

----Pero, ¿qué le pasa, buen hombre? Tiene mal color.

----Oh, no se preocupe, señorita, no es nada. Cóbrese y disculpe si se me iban los ojos; a veces es cosa inevitable.

----No importa ----dijo la rubia, sonriente; y, cabeceando, fue hasta el final de la barra, donde un grupo de chicos la llamaban, entre gritos y carcajadas. Armaban tal bulla que casi se les oía más que a los músicos. Llevaban el pelo engominado y peinado hacia atrás, tupes en pronunciada onda, patillas largas y acabadas en punta, botas de tacón cubano, hebillas plateadas en los cinturones, y camisas abiertas con chorreras y cazadora de cuero, vestidos según un canon desconocido para don Octavio, que no acababa de relacionar aquel atuendo tan peculiar con ningún período de la historia... Lo más parecido, para él, a esa estética, era la de los púgiles de su juventud, pero ya había llovido desde entonces. Los pandilleros soltaban procaces piropos a la camarera. Ella les respondía sin remilgos, sintiéndose en el fondo agasajada. En el grupo estaba Gabriel, un chico que le gustaba de siempre.

Fue justamente él quien se dignó a llamarla por su nombre:

----¡Silvia! ¡Eh! ¿Sabes lo que hago cuando me gusta una mujer? ----Silvia había notado que Gabriel actuaba como líder de la pandilla, y que todos los demás acataban su voz de mando----. ¡Chss! ¡Calladitos! ----dijo, dirigiéndose a los demás----. Vuestro jefe os va a dar una lección práctica.

Don Octavio casi pierde el monóculo al ver que el tal Gabriel sacaba del bolsillo de atrás del ceñido pantalón vaquero, una navaja de las de más de cinco dedos. Se escurrió por la barra como una anguila y saltó al otro lado. Los chicos soltaron un suspiro de admiración. Gabriel se acercó a Silvia, la agarró de la muñeca y, con el filo de la navaja, le hizo un pequeño corte. Brotaron gotas de sangre oscura. Acercó la boca grande, y sorbió. Silvia temblaba.

----No tengas miedo ----le dijo al oído----. A partir de hoy, eres mi novia, ¿te enteras? Sólo me harás caso a mí; irás donde yo te diga, ¿entendido?

Silvia notaba su aliento, la fuerza de sus brazos. Ese no era el Gabriel que la había hecho soñar junto a la almohada; era un bruto, un salvaje... "Yo le haré cambiar, menuda soy yo", pensó. De esta forma tomó fuerzas, y decidió seguir adelante.

----Sí, Gabriel ----contestó, melosa----, no sabes cómo he deseado que me lo pidieras.

Gabriel guiñó un ojo a los pandilleros, que rompieron a reír a

carcajadas.

----Sólo falta una cosa ----añadió Gabriel.

----¿Cuál?

----¡Esto! ----dijo, y, ciñéndola por la cintura, la besó, de manera que la espalda de Silvia cedía hacia atrás, bajo la presión de la mandíbula de Gabriel contra sus labios.

Después del beso quedó Silvia mareada. Cogió una gasa con alcohol y se curó la herida de la muñeca. ¿Era cierto lo que acababa de pasarle? Miró al hombrecillo, a don Octavio, que la observaba curioso.

----¿Qué va a hacer usted ahora, señorita? No vendrá a decirme que hablaba en serio hace un momento. No puede tomar a ese delincuente como novio…

Silvia lo miró con ojos mordaces; posó las manos en sus tetas y contestó:

----Estas de aquí son libres, querido; y van a hacer lo que les venga en gana. ¡Ala, viento, vejestorio! Y aprenda a no meterse en donde no le llaman.

Sí, definitivamente, ese debía de ser su peor defecto, pues todo el mundo se lo decía. Pero, ¿dónde estaba el señor Postigo ?

Recorrió con sus ojos escrutadores la longitud de la barra. Los chicos se habían largado del parque. La barra, seguía concurrida. De pronto, algo descubrió en la superficie metálica que lo hizo

cambiar de color. Bebió el vino de un trago, trastabilló, dio unos pasos inseguros, y se dirigió hacia la pista de baile. Tenía encharcada la frente; sacó el pañuelo para secarse el sudor. ¡No! ¡No era posible lo que había visto! Un revolver, una pistola negra, con el gatillo a punto de ser apretado... ¡Apuntando hacia él!... Las parejas lo insultaban mientras él se esforzaba por abrirse paso, por medio de empellones y patadas en la espinilla. Una señora creyó haber recibido un furtivo magreo en el muslo, ¡lo que le faltaba! El marido, un montañés descargador de muelles, le soltó una tremenda bofetada de la que salió disparado a unos cuantos metros. Había perdido el monóculo. De rodillas, sobre el barro, buscaba el monóculo tanteando la hierba. Oyó por la megafonía que la orquesta se disponía a interpretar una canción titulada: *Baby, let´s play house*, dedicada a la preciosa camarera rubia Silvia, de parte, decía la voz del cantante, de Gabriel. Don Octavio oía la voz distorsionada, en cuclillas, como un bebé que ha perdido su chupete. De repente, un zapato negro le pisó la mano.

----¿Es esto lo que buscas, pendejo?

Alzó los ojos y, vio, de abajo a arriba, a un tipo con aspecto de indio, con la cara cortada por una cicatriz, blandiendo en la mano izquierda un revolver.

----¿Qué va a hacer? ----la voz de trompetilla de don Octavio era todo un poema.

----Pues, ¿Es que no lo adivina? Ya puede encomendarse a su santo patrón, hijo de la chingada, porque me lo voy a matar.

Don Octavio se puso a gemir.

----No me tenga rencor ----prosiguió el indio----, no le conozco, no tengo nada contra usted, pero si no aprieto el gatillo, hay alguien en este mismo parque preparado para disparar sobre mí. Y, le aseguro que, aunque a mis paisanos no les asusta la muerte, porque viven rodeados de sus familiares difuntos, yo prefiero rodar como un guijarro, al menos un tiempo más, por esos mundos de Dios... Ahorita, ¡basta de palabras!

Carlos, desde su escondrijo, había presenciado alarmado toda la escena. Se sentía impotente. Tirolés seguía con atención los movimientos de su secuaz, y apuntaba hacia él con otro revolver.

La detonación sonó como un trueno. El cuerpo de don Octavio cayó muerto en la hierba. La orquesta cesó de tocar. Los ecos del disparo rebotaron en el toldo de la carpa, alertando a las parejas de que algo había sucedido. Los curiosos se fueron agrupando en torno al cadáver. Carlos buscó a Tirolés. El banco de piedra estaba vacío. Tampoco había rastro del indio; estaba seguro, era el mismo que vio jugando a las máquinas tragaperras en el bar *Choluco*.

Salió corriendo, bajó la escalinata y fue abriéndose paso entre la turba que se arremolinaba para ver al muerto. Carlos enseñó el distintivo de investigador; se agachó para coger el pulso a la

víctima... El corazón ya no latía. Hurgó en los bolsillos del gabán y encontró lo que buscaba: el cuaderno de lomos azul eléctrico. Dejó las otras pertenencias en manos de la policía. Pidió que le dejaran pasar. Quería largarse de allí cuanto antes.

20

Carlos encendió un cigarrillo. Todavía le temblaban un poco las piernas. Los párpados, excitados por la visión del historiador muerto, repetían un rápido movimiento nervioso que le dificultaba la visión de la bahía. El 132 recorría el paseo de Reina Victoria, con sus fastuosos palacios, encumbrados como centinelas a los que se les hubiera encomendado la salvaguarda de las aguas tranquilas. Bajaron la cuesta del Gas, camino del puerto. La noche había caído sobre el mar. En el cielo, una luna vestida con ropa interior negra, proyectaba brumosos fulgores en la quietud de las aguas. Bajó la ventanilla y se dejó conmover por el susurro de las ondas apacibles. Los pulmones se le llenaron de aroma salino, entre bocanada y bocanada de humo. La imagen del historiador, ensangrentado, tendido en la hierba, y la visión sublime del cuerpo desnudo de Teresa, alternaban en su pensamiento. Aparentemente, Carlos, serio, miraba la carretera con extrema frialdad. Sólo un agudo observador hubiera sido capaz de advertir el tic persistente del párpado. La imagen de Teresa volvió a irrumpir en su mente. Recordó el momento del deseo, el vientre impaciente, sus dedos tirando de las trabillas del pantalón, para

liberar el cuerpo de la ropa... Los besos cálidos en las pecas de la espalda, cubierta de pelo rojo, de dorado alazán. Su mano, palpando la fría superficie marmórea, pálida...

Atravesó la avenida de Calvo Cincelo sin cruzarse con nadie. La ciudad, dormida, sin vehículos, sin paseantes, bajo la luna solitaria; los veleros de fondos abrumados, dormitando en el muelle, ocupados en su afanoso arfar. Todo aparecía tan ajeno a la intriga y a la muerte, que se le mostraba como una gran burla, como la mueca sarcástica de un inmóvil verdugo antes de consumar la ejecución. Los faroles de gas proyectaban una luz neblinosa y amarillenta por todo el paseo de Perera. Cruzó por delante del café *Suizo*, en cuyo interior, el último cliente de la Nochebuena agotaba la paciencia del camarero, ansioso por cerrar e irse a su casa. Llegó al gran arco de entrada a la calle del Martillo. Dio un volantazo. Ni un alma en las aceras. Al salir del coche, se fijó en la fachada del Banco Mercantil. Subió la escalera y echó un vistazo al interior. Hasta ahora nunca había mostrado un interés especial por aquel viejo edificio. Pero ahora le atraía, le fascinaba: aquellos peldaños, aquella puerta giratoria, la amplia sala, forrada de madera hasta el techo, las paredes, que formaban un dodecaedro; las urnas de los cajeros, con sus letreros niquelados y sus ventanillas en diminutos arcos de medio punto; la grandiosa lámpara, formada por dos hileras de globos luminosos,

semejantes a paralelos sistemas planetarios; las puertas enfrentadas, una, para la dirección y otra para el servicio de préstamos. Todo el aroma rancio, de principios de siglo, al gusto de los indianos, cobraba para Carlos, ahora que tenía noticia del espectacular robo, una relevancia imprevisible. Volvió a su calle, camino del portal. Tiró al suelo la colilla y la aplastó con el zapato antes de entrar. Con la mano libre, buscó el cuaderno azul. Abrió su buzón, sin saber muy bien para qué. En una gastada placa de cobre podía leerse: *Detectives privados. 5º piso.* Al girar la llave, cayó sobre él un montón de cartas y folletos publicitarios. Iba a cerrar el buzón, pero se quedó un momento indeciso. Cogió el cuaderno, lo metió dentro y cerró el cajetín. Subió los noventa y cuatro escalones, contándolos de uno en uno: … noventa y dos… noventa y tres… y, ¡noventa y cuatro! Para cobrar aliento, tuvo que apoyarse en el pasamano unos segundos. Miró hacia arriba por el hueco de la escalera. La casa de Carlos tenía otra puerta en el piso superior, que llevaba directamente a la buhardilla. Sin embargo, rara vez la utilizaba, y menos para entrar. Sacó las llaves y abrió la puerta. Al atravesar el recibidor en penumbra, podía distinguir la copia de su abuela Mercedes de los *Arlequines* de Picasso. Un hilo de luz opalina se colaba por las ventanas. Había algo raro en el ambiente; era un olor ajeno a la casa, que le hizo husmear el aire impacientemente. ¿De dónde venía ese olor a puros, si él no

fumaba puros y era el único que pisaba aquel piso? Carlos por fin comprendió, pero era demasiado tarde; y aunque se giró con la sana intención de darse a la fuga, una mole de carne le obstruía ya la vía de escape y cerraba la puerta tras de él.

Pulsaron el interruptor de la luz; Bronco, su viejo amigo, le apuntaba con una pistola negra de considerable tamaño. La sonrisa triunfalista con que lo miraba le pareció de lo más estúpida, e Carlos se maldijo a sí mismo por haber caído en la trampa. Lentamente, empujado por el cañón del arma, entró en el salón.

----¡Vaya, vaya! ¡Miren a quién tenemos aquí! Has tardado mucho, querido. ¿No te molestará encontrarnos cómodamente instalados en tu guarida?

Tirolés, de espaldas a la ventana, estiraba las piernas en una mecedora de nogal traída de Cuba, que a la sazón era el asiento favorito de Carlos. Éste hizo el amago de abalanzarse sobre él, pues ver a Tirolés allí sentado le había puesto furioso. La pistola de las cachas nacaradas, la misma que blandiera en los bajos del Don, le convenció de no seguir adelante. Tirolés cogió la botella de whisky y llenó dos vasos.

----Anda, bebe algo, no seas tímido. Puedes sentirte como en tu propia casa.

Carlos recogió el vaso corto y ancho que Tirolés le extendía. La

tarea de vigilar los movimientos de Bronco no era fácil: había que seguirle de soslayo, espiarle con el rabillo del ojo, pero sin perder de vista al del sombrero. A Bronco le empezó a temblar el pulso; eso quería decir que de un momento a otro le dejaría el cuerpo lleno de agujeros. A Carlos, sinceramente, no le apetecía volver a sentir el fuego en las entrañas, el sudor frío en la frente y todo lo que experimentó la primera vez que recibió un balazo. De tal experiencia le quedó una fea cicatriz entre el hombro izquierdo y el pecho; aquella vez se salvó por los pelos.

----¿Qué quieren de mí? ----preguntó, intentando mostrarse entero. Bebió el whisky con aparente serenidad.

----Lo sabes más que de sobra ----volteó el arma e hizo un movimiento de cabeza dirigido a su colega----. ¡Bronco, regístrale!

La mano grande y peluda le sobó el pecho y hurgó en los bolsillos interiores de la chaqueta del traje no sin cierta lascivia. El olor acre, a lugar cerrado, de la casa, volvió a ganar terreno. Un descolorido papel pintado forraba las paredes y disimulaba, mal que bien, las humedades. La atmósfera del salón fue cargándose de humo. Carlos necesitaba pensar deprisa. Era probable que al descubrir que no llevaba la libreta encima, lo retuvieran vivo.

----Podías haber abandonado a tiempo, amigo ----dijo, en tono desagradable----. Mírate en el espejo: eres joven, atractivo, un tipo duro...

----No siga ----tuvo que interrumpir Carlos----. Me va usted a sacar los colores.

Tirolés rió, enseñando la ponzoña de los dientes picados al abrir desmesuradamente la boca.

----Es una lástima ----continuó con la burla, soltando un suspiro que simulaba congoja----, Bronco pretendía darte una sorpresa pero, creo que me voy a adelantar ----la voz de Tirolés se le quedaba en la garganta, semejante al bucheo de un palomo----. La sorpresa consiste en obsequiarte con una ráfaga de balazos justo entre tus lindas piernas, tan estilizadas y musculosas... Me consta que lo sentirá muy mucho tu cliente, ¿cómo se llama? ¿Teresa? Lo sentirá, sí señor. Se entienden bien, ya lo creo que sí... Pero, no serás tan ingenuo como para pensar que esa gatita no va a buscarse un suplente cuando te llenemos de plomo los huevos, ¿verdad, maricón?

Entonces, Tirolés se levantó furibundo de la mecedora profanada, la cogió y la lanzó contra el cristal de la ventana, que quedó hecha añicos. Una gaviota pegó un chillido histérico al oír el estallido de los vidrios rotos, resquebrajando el silencio de las calles desiertas.

Bronco dio dos pasos hacia delante, los brazos caídos, los ojos rebosantes de estulticia.

----¡Tirolés! ----gritó.

Tirolés, de pie, extendió las manos al frente.

----¿Qué pasa? ¿Qué sucede ahora?

----Tirolés... La libreta, que no la encuentro. No la tiene en ningún bolsillo. ¿Se la habrá tragado?

----¡Mira que eres torpe! ----le increpó----. Yo mismo vi, antes de abandonar el parque, cómo se la cogía a ese mentecato entrometido.

Clavó los ojos en Carlos, que escuchaba impasible el diálogo.

----¿Dónde la tienes? ¡Habla, cernícalo!... ¡Habla antes de que sea demasiado tarde!

Bronco le tenía agarrado de las solapas; abrió las fauces, mostró los afilados incisivos, y le pegó un mordisco en la mejilla. Carlos, aterrado, descubrió que le acababan de arrancar de cuajo un pedazo de carne. Los labios de Bronco, bañados en sangre, reían, en un rictus nervioso y estúpido. Carlos hundió el puño en uno de los costillares de Bronco. Luego, centró toda la fuerza del cuerpo en la rodilla, impulsó la pierna hacia el techo y le dio de lleno en la cara. No quería cegarse ni dejar que la ira le dominara. Oía la voz de grulla de Tirolés a lo lejos. Vio que se acercaba, blandiendo un pesado candelabro de bronce. Tirolés lanzó el candelabro con tan mal tino, que fue a hundirse en el hombro de su secuaz.

Carlos aprovechó el desconcierto para, de un salto, encaramarse en la escalera que conducía a la buhardilla de la casa. Él sabía

dónde cortar la corriente eléctrica. De pronto, todas las luces se apagaron de golpe. En el momento en que reinó la oscuridad, el silbido de dos balas acarició el aire. Carlos se movía en la oscuridad como una pantera, pues abrigaba la costumbre de pasear sonámbulo por la casa en penumbra. Tras los disparos hubo un silencio. Permaneció quieto, agazapado en un hueco. Hilos de luz plateada entraban del cielo nocturno por el cristal de la claraboya. La luz coloreaba con azulados reflejos los contornos de los cacharros de cocina. Tuvo una idea. Se estiró hasta alcanzar el postillo de la claraboya. Lo descerró ruidosamente y la dejó abierta, sostenida por un rodrigón. Dio unos pasos sigilosos y topó con la puerta de salida. Salió y cerró despacio. Como había previsto, se oyeron las pisadas de Bronco que llegaban hasta la claraboya. Éste metió la cabeza y el cuerpo y, ante la mirada huraña de dos gatos dedicados a sus muy dignos menesteres, se puso a trepar por el Postigo .

Carlos, mientras, se lanzaba ya como una flecha escaleras abajo.

----¡Quieto! ----ordenó Tirolés----. Un paso más y te mando al otro barrio. ¡Ya sabes que no voy de farol, amigo!

Carlos frenó en seco. Levantó los brazos e intentó avanzar.

----¡Te he dicho que no muevas ni un pelo! Te aseguro que sé utilizar este revolver. Lo tengo desde antes de que tu nacieras,

muchacho... Ahora que se acerca tu final, te lo diré: ¿Sabes una cosa? No me caes del todo mal, fíjate tú lo que es la vida... Es una pena, porque utilizas bien los puños ----Carlos no pudo contener la risa----. ¡No, en serio! No te rías. Podrías formar parte de nuestra banda. ¿Qué contestas?

----¿Me está haciendo una proposición?

----Exacto, y de lo más deshonesta. ¿Qué dices?

----Que está loco, Tirolés. Dejando a parte el insignificante detalle de que es un criminal... No sé lo que piensa hacer con Enma pero, por lo que la conozco, creo que ya le ha soportado más de la cuenta.

Carlos hablaba sin bajar los brazos. Se esforzaba en mirar a Tirolés fijamente a la cara, eludiendo el pánico que le profesaba el sonido del tambor del arma. Cuatro escalones los separaban. Sin que Tirolés lo advirtiera, había deslizado los pies, dos escalones más abajo. Un escalón más y podría hacerlo. Tirolés seguía soltando bilis por la boca:

----¿Así que nuestro galán no tuvo suficiente con la princesa? ¿También quieres cepillarte a las mujeres de los demás, perro? ¿Me tomas por imbécil? ¡Acabemos de una vez! Entrégame el cuaderno y podrás marchar...

----¿Y qué más da el cuaderno, si yo lo he leído antes?

----Me decepcionas, querido. ¿No te has percatado de que vas a

morir? Si quiero el cuaderno, es para no tener que matar a nadie más. ¿Crees que me divierte ir disparando contra todo bicho viviente? No, no estoy tan loco... Pero ahora que sé, por fin, después de tantos años, dónde está mi oro, mi dinero, no cesaré hasta conseguirlo. ¡Y si hay que matar, se mata! He aguardado muchos años... Toda una vida. ¡Y ahora lo veo tan cerca! ¡Por fin volverá a mí lo que en su día me fue arrebatado!

Tirolés, presa de incontenible excitación, cerró un instante los párpados, relamiéndose en su propio triunfo. Mientras, Carlos movía los pies por centímetros... Ya sólo les separaban tres escalones.

----Un gesto para con el que va a ser ajusticiado me parece más que justo ----continuó Tirolés----. Por ello, me vas a permitir que te convierta en mi cómplice.

----No sé si merezco tal honor.

----Seguro, seguro... Mi secreto se irá contigo a la tumba. Prometo llevarte flores al cementerio de Siriego. Y hasta intercambiaré unas palabras con el aire frente a tu lápida, por ver si anda tu alma en pena vagando por el éter... En fin, señor Postigo , aunque desconozco la profundidad de tus indagaciones, y pueda pecar de redundante, te relataré brevemente lo que ocurrió.

Carlos no se lo podía creer, iba a cantar así, sin más. Se hubiera mostrado eufórico si no fuera porque un pedazo de carne le

colgaba de la mejilla. Intentaba cortar la hemorragia aplicándose un pañuelo. La vista se le nublaba. La voz de Tirolés, gutural, reseca, fue llenando el vano de la escalera. El detective, mareado, llegó a no percibir nada más que la voz, entre sombras borrosas.

----Trasladémonos al año 1941. Como sabrá, aquel fue el año del gran incendio. Y, precisamente aquella noche, una luz se encendió dentro de mí. Yo, que me llamo Antonio Balaguer, por si no lo sabes, y mi amigo de entonces, Amado Gutiérrez, planeábamos, desde hacía tiempo, robar el Banco Mercantil, donde trabajaba de cajero.

----Lo suyo lo sé ----intervino Carlos----. El que me resulta nuevo es ese tal Amado.

----No te precipites y escucha. Como te decía, querido, yo era el cajero, el último mono, el eunuco de la empresa, y la posibilidad de ascender de puesto era de lo más peregrina. No sé si sabrás que, en aquellos años de la post guerra, existía una escuela de Comercio, para estudiar economía, contabilidad y demás. Yo no tuve acceso a ella. Veía entrar en plantilla, todos los años, a jóvenes prometedores que, directamente, ocupaban puestos y sueldos mayores que el mío. La sangre me hervía, no lo podía soportar. La envidia unida a la codicia, eso piensas... Soy débil, lo reconozco, y nunca lo he negado.

Carlos seguía perdiendo sangre. Se sujetó en el pasamano para

no caer. Tirolés, sin duda, era consciente de las penalidades por las que estaba pasando pero, un atávico sadismo, le incitaba a seguir su discurso.

----Todas las mañanas iba a trabajar desde mi humilde choza, en la Gándara, para sufrir el mismo ritual, la misma rutina apestosa, las mismas humillaciones repetidas un día detrás de otro. ¿Cada vez que me acuerdo de esos mocosos imberbes, dando órdenes, sin saber ni cómo se hace una raíz cuadrada, ¡me dan ganas de ir a buscarlos y sacarles el corazón de las entrañas con mis propias manos!

Tirolés, en estado de trance, apuntó con el arma a Carlos; notó que le temblaba el pulso y, por un momento, dio su vida por terminada.

----¡No! ----gritó, con ojos desorbitados----. ¡No estaba dispuesto a dejar que mi vida se pudriera en esa maldita ventanilla! Amado fue quien dio forma definitiva al plan. No había prisa; la paciencia es la virtud del ladrón. ¿Lo sabías? Así pues estuvimos esperando a que se presentara la ocasión. Yo podía hacerme con las llaves de la caja fuerte sin ningún esfuerzo. También conocía la combinación secreta. Pensamos en actuar por la noche. Pero el riesgo seguía siendo demasiado alto, por lo que decidimos seguir esperando.

Carlos apenas si veía nada. Seguía atentamente el relato.

----Pero, sospecharían de usted... Alguien que trabaja en el

banco… ¡por ahí es por donde comenzarían a buscar!

----¡Ajá! ----exclamó Tirolés, adelantándose al razonamiento de Carlos----. Estaba previsto, querido. Yo sacaría el dinero y el oro… ¡doce lingotes irisados!… Luego, ocurrió algo imprevisto. Al limpiar las cajas de seguridad, encontré un auténtico tesoro. Un multimillonario americano guardaba en su caja personal un puñado de pequeñas piedras preciosas metidas en una bolsa de ante. Eran diamantes y esmeraldas, no muy grandes, pero de un valor incalculable. La cara del millonario, al enterarse de la noticia del robo, debió de ser todo un primor. Pero en fin, centrémonos en los preparativos que es donde estábamos. Yo, según el plan, sacaría el botín del Banco y se lo entregaría a mi socio ----al oír esto Carlos intentó poner los cinco sentidos en funcionamiento----. Amado debía llevarlo todo metido en una maleta, a Inglaterra, en el Ferry´s que, como sabrás, zarpa del puerto dos veces al mes rumbo a las escarpadas y verdes costas de Dover. Allá, aguardaría un tiempo prudencial, y, luego, abriría un depósito con el dinero que sacara de la venta del oro y las piedras preciosas. Lucio Pérez, no sé si le conoce, un gemólogo y joyero bastante famoso en esta ciudad, nos suministró algunos nombres de contacto, a cambio de un pellizco… Pero vuelvo a ir hacia delante en el relato… Sigo: lejos de la jurisdicción de nuestras fronteras, el dinero estaría a salvo. Dicen que el tiempo lo cura todo; al cabo de unos años, archivado

el asunto, Amado y yo nos repartiríamos los beneficios. Para dejar mi trabajo sin levantar sospechas, pondría cada vez menos interés, para forzar el despido. Ya sabes, nada es más fácil que abandonar un trabajo.

----¿Y qué ocurrió? ----preguntó la sombra de Carlos, que empezaba a verse en las últimas.

----Pues bien, la noche señalada llegó por fin. Fue la tarde en que se desencadenó el incendio, cuando lo vi todo claro. No había modo de echar marcha atrás, estaba decidido. Llamé a mi socio por teléfono y, los dos, convenimos en realizar el atraco esa misma noche.

Entre nieblas, Carlos distinguió en los ojos grises de Tirolés un lunático resplandor.

----Recuerdo esa noche como si fuera ayer. El humo negro, espeso, cubría la atmósfera. Las vigas de los edificios más antiguos cedían, los cimientos se desplomaban. Las negras siluetas de las gentes soltaban toses de asfixia. Un cuerpo cualquiera caía al suelo y no recibía ayuda de nadie. Todo el mundo huía del fuego. El viento cada vez se hizo más fuerte, un huracán como nunca se vio en Emeteria. Lenguas de fuego se abrían paso por puertas y ventanas. El pánico lo inundaba todo. Y, el humo, se hizo tan espeso, que resultaba imposible reconocer a nadie. Amado esperó fuera mientras yo realizaba la faena. No tardé en hacerme con el

oro, los billetes y la bolsita de que te hablé. Salí y reconocí al otro lado de la calle a mi socio, Amado.

----¿Qué hicieron después?

----Atravesamos la humareda fantasmal. La maleta pesaba tanto que tuvimos que turnarnos para transportarla. Avanzábamos muy despacio. Las venas de los brazos se me hinchaban debido al peso. Gentes anónimas se chocaban con nosotros; pero... ¡todos cargaban sus pertenencias a hombros, más preocupados por salvar sus vidas y sus pertenencias que de reconocer al vecino! ¡Éramos víctimas! ¡Nadie podría descubrirnos en semejantes circunstancias!

A Carlos le pareció ver un brillo verdoso, en los ojos de Tirolés. Apretaba una quijada contra la otra, y, por un momento, creyó que iba a disparar. Por fortuna no lo hizo y, rota la voz, continuó:

----¡Se lo di todo! ¡Todo! ¡No me guardé nada, ni un diamante, nada! ----quedó gimiendo, encogido, como roído por un cáncer. Luego prosiguió----: Convinimos en que Amado escondería el botín en su domicilio. Él vivía en un bajo sótano de la calle Valliciergo. Cuando llegamos, la casa nos recibió abarrotada de gente. Los familiares y vecinos venían de la parte de la ciudad incendiada. A nadie extrañó nuestra llegada a las tres de la madrugada. Amado, guardaba unos vinos en una cueva que le servía de bodega. Bajamos y ocultamos la preciada maleta con ruanas y trapos. Las

botellas de tintorro se encontraron en compañía de un maravilloso tesoro. Bautizamos la bodega, Amado y yo, como *La cueva de Alí Babá*, y abrimos una botella del mejor vino para celebrarlo. No teníamos vasos, por lo que echamos el vino en un lebrillo de barro y allí mismo bebimos, bailando al corro de la patata, como dos críos estúpidos... ¡Cada vez que me acuerdo de ese traidor, ese hijo de mala madre!... ¡Ay!... ¡Se me encoge el corazón!...

----Acabe de una vez... ----pidió Carlos, impaciente.

----¡Lo haré! Aunque, haciéndolo, se me paren los pulsos... Dormimos unas horas, exhaustos y plenos, velando nuestras riquezas, en el sueño más puro y delicioso de toda mi vida. El viento, el fuego, la tragedia, se reducía a medida que se acercaban las luces del alba. Al día siguiente, por la mañana, nos encontramos bajo un cielo gris plomo, del que caían algunas gotas; las suficientes para apagar los últimos rescoldos. El fuego se había deslizado por la ciudad como una víbora. Las familias sin techo vagabundeaban por el paseo marítimo con la mirada perdida. Así pasó el domingo. El lunes, a las ocho, me reuní con el resto de la plantilla, en la puerta del Banco. Abrieron y, como hacíamos siempre, nos dirigimos hacia las perchas y dejamos nuestros abrigos. Entonces, dos policías entraron, me llevaron a un aparte, y me preguntaron si reconocía un sombrero marrón tostado, este sombrero que todavía llevo sobre la cabeza. La noche del robo,

cometí un error: olvidé recogerlo de encima de la caja fuerte. En la cueva, a mitad de la noche, recordé el descuido. Por suerte, preveía el interrogatorio. Confiaba en que mi coartada fuera convincente. Los policías me dijeron que el domingo, el presidente y algunos socios accionistas del Banco fueron a revisar los desperfectos causados por el incendio. Pálidos, como puedes imaginar, quedaron al comprobar que la caja fuerte estaba limpia, completamente vacía. Así pues, el sombrero me apuntaba como primer sospechoso. Yo lo negué todo. El sombrero estaba ahí por descuido. Mi novia me esperaba para ir al teatro, por lo que tuve que salir pitando, para no hacerla esperar. Por supuesto, hablé antes con Julia, que así se llamaba mi novia, y la obligué a que confirmara el cuento del teatro, bajo amenaza de cortar con ella para siempre. Estábamos prometidos, ¿comprende?... ¡Triste y patética Julia! ¡La muy tonta! Hizo todo le que le pedí. Cuando, poco después, la abandoné, tuve que hacerle mil carantoñas y zalamerías para que se olvidara de todo el asunto. A partir de aquí, creo que ya sabes casi todo... Mi socio, Amado Gutiérrez, me traicionó. Se fugó con la maleta sin dejar rastro. Removí cielo y tierra sin encontrarlo. No volví a tener noticias suyas hasta...

---- ...hasta hace unos días ----interrumpió Carlos, a quien esta parte del relato interesaba más de lo que Tirolés podía suponer.

----¡Exacto! Hasta hace unos días. Un marinero, mi fiel Pedro, se

puso a canturrear una canción que Amado y yo cantábamos siempre que íbamos de farra. Se llama *El borracho y el eco*, y solo sabíamos de ella que era de un autor cubano. Amado se la oyó cantar a su padre, que la trajo de la guerra de Cuba, como tantos otros sones y habaneras. Así que, cuando le oí recitar en el *Choluco*: "*Tan achispado iba Antón, que cayó de un tropezón, por la senda barrancosa...*" ya no tuve duda: ¡El muy canalla! ¡Todos estos años lo tuve ahí, delante de mis narices, y yo sin saberlo! ¡La de veces que he perdido la tarde, en las rocas de La Magdalena, mirando las olas chocar contra la isla de Mauro! ¡Y él estaba ahí! Yo me preguntaba: ¿dónde estarás, Amado? ¿Dónde?

----Entonces: ¿usted cree que Amado Gutiérrez es el viejo del faro?

----¡No lo creo! Estoy seguro de ello; aunque... lo seguirá siendo por poco tiempo. Y mi oro está ahí, con él. Pero ahora sí que no dejaré que nadie vuelva a alejarme de lo que en rigor me pertenece. Me hago viejo... Y solo hay una cosa que me mantiene vivo: la venganza. Ya sabes lo que querías. El chico que buscas está en el faro, Pedro lo vio, cuando fue a llevarle víveres al farero. Mala suerte, amigo. No sé que tal le irá a ese chico con Amado. No me gustaría estar en su pellejo, y sé lo que me digo... El azar lo hizo recabar en el faro, y en el faro está lo que quiero. ¿Contento? Vas a morir, mal que me pese apretar el gatillo.

Tirolés se relamía imaginando la detonación, la bala abriéndose camino por la ropa hasta penetrar en la carne. Mientras, los pies sigilosos de Carlos habían seguido ganando terreno. Entonces, se le ocurrió una idea descabellada... Sólo dos escalones...

----¡Tirolés! Su sombrero, su precioso sombrero, ¡se quema, mire! ----gritó, con todas sus fuerzas, señalando la testa de su mortificador. El viejo se giró una décima de segundo, lo justo para que Carlos pudiera saltar sobre la mano escuálida que mantenía el arma. Tirolés disparó. La bala dejó medio sordo al detective, al pasar rozando la ceja izquierda. Forcejearon ambos cuerpos. Tirolés calló al suelo sin el arma. Ésta, se le escurrió de las manos y quedó encajada entre dos escalones. Carlos aprovechó el desconcierto y se tiró escaleras abajo, con más premura que cuidado. A punto estuvo de provocarse un esguince, en su loca huida. Tirolés, asomado al hueco de la escalera, disparaba sin cesar, a ciegas. Carlos no respiró tranquilo hasta verse por fin en la calle y recibir el frío aire salino del nordeste. El aroma a puerto fue como bálsamo para sus pulmones. Corrió sin resuello, herido como estaba, sin saber muy bien a dónde ir. Pensó en dirigirse a la plaza Porticada pero, sin más, descartó la idea; Carrascosa iba a divertirse de lo lindo viéndole en tan lamentable estado... ¡Nada de policía! Esperaría al día siguiente, e iría él mismo al faro. Cogería la pedreñera y, por fin, acabaría todo. Porque ya no había lugar a

dudas: Ezequiel estaba en el faro; pero también el socio de Tirolés, y, probablemente, el botín completo del robo. Sin embargo, ¿qué insinuaba Tirolés acerca de Amado? ¿Corría peligro Ezequiel?

Los pensamientos colisionaban en su cerebro. Por un momento pensó que la cabeza iba a estallarle; pero tenía que pensar... No podía volver a su casa. Tampoco podía ni debía ir a la comisaría. Subió la cuesta del Río de la Pila, desierta. Los adoquines mojados por los basureros nocturnos mostraban reflejos tornasolados. Buscó la fachada del Teatro Perera. Ya no existía tal fachada, y, en su lugar, se alzaba un edificio de apartamentos, una amalgama de ladrillo y metacrilato. Siguió subiendo. Miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca. Pasaban de las tres de la madrugada. Un trago no le vendría mal. Al llegar a la altura del *Drink*, y encontrar la puerta cerrada, recordó que estaban en nochebuena. Definitivamente, no le acompañaba la suerte. Entró en una cabina de teléfonos, metió por la ranura unas monedas y marcó un número. Tardaron en contestar. Al cabo, se oyó la voz adormilada de una mujer:

----¿Quién llama a estas horas?

----Soy yo, Teresa; Carlos.

----¡Oh! Pero, ¿qué ha sucedido esta vez? ¿Te encuentras bien? Tienes muy mala voz. ¿Y Ezequiel? ¿Se sabe algo?

----No te preocupes por mí, estoy bien ----al decir esto no pudo

evitar llevarse la mano a la mejilla. Aunque la hemorragia había cesado, la ceja se le había inflamado por el roce de la bala y el ojo izquierdo estaba casi cerrado del todo----. Mira, sé que es tarde, pero tengo que ir a tu casa.

Teresa permaneció un instante en silencio; estaba un poco atolondrada por el sueño. Reaccionó pronto para decir:

----Te espero. ¿Estás en peligro? ¿Quieres que haga algo? No sé…

----No pasa nada, Teresa, todo va bien. Escucha: sé dónde está tu hijo. Está vivo.

----¡Ay, Dios bendito y misericordioso! ¡Gracias a Dios! Pero, ¿dónde está?

----No puedo decirte nada más. Espera mi llegada.

Carlos colgó el auricular. Salió de la cabina. Era demasiado arriesgado coger su coche. Mejor buscar un taxi. Bajó hasta Calvo Cincelo. Pocos minutos más tarde lo recogían.

----A Pérez Gastón, veinticinco ----ordenó.

----Muy bien----contestó el taxista, un tipo de grandes patillas. Postigo retrepó el cuerpo en el asiento y sacó un cigarrillo.

----No puede fumar, caballero -----dijo el taxista, mientras señalaba un cartel.

Carlos quedó boquiabierto, con el pitillo entre los dientes. Dio unas cabezadas incrédulas, y, resignado, cerró los ojos el resto del trayecto. Antes, se cercioró de que subían el paseo Menéndez

Pelayo. Las dos hileras de plátanos, debido al efecto óptico provocado por lo recto y prolongado de la subida, acababan juntándose, allá al fondo. La fiebre comenzó a subirle. Había perdido mucha sangre. La cuesta sin fin le pareció un lugar eterno, donde todo hecho minúsculo volviera a repetirse y a ser el mismo Recordó haber subido, siendo un chaval, los dos kilómetros de cuesta, interminables, junto a su amigo Juan, bajo los efectos del hachís. Como a la mitad del camino, las pisadas de los dos que, acompasadas, se sucedían sobre el adoquinado, parecían estar recorriendo un trayecto infinito. Recordaba perfectamente que Juan tuvo la misma sensación: que no llegarían nunca, que ese andar, era para toda la vida. Y, ambos, se echaron a reír a carcajadas, hasta que se les dobló el espinazo, sin mayor motivo que el de haberse leído mutuamente el pensamiento. Mientras esto recordaba Carlos, se dejaba arrullar por el ruido de las ruedas sobre el asfalto mojado, en la noche silenciosa.

21

La comisaría central de policía de Emeteria estaba situada de espaldas al mar, cerca de Correos y de la Catedral, en un portal anodino, que ocupaba uno de los esquinazos de la plaza Porticada. La plaza, en cuyos soportales se apilaban los puestos de vendedores, repletos de fulares y abalorios, se inundaba de silencio con la puesta de sol. El suelo, brillante por el beso de la lluvia, de azulados reflejos, tiritaba melancólico en las noches invernales. Un puesto solitario quedaba abierto hasta la medianoche: el de la castañera, en su garita, envuelta en un raído vestido. La castañera, una vieja hermosa, de piel no muy arrugada, pelo blanco y ojos verdes, inteligentes, miraba el brasero, movía la lumbre con el badil en la mano temblorosa, mientras escuchaba el crujido saltarín de la corteza de sus castañas, siempre con una leve sonrisa plácida en los labios.

El humo blanquecino subía ondulante, buscando el beso de las nubes plomizas. Comenzaron a caer gotas de lluvia y el humo se abrió, formando un candelabro de sombras.

Un coche patrulla encendió las luces largas y dos chorros frenéticos de luz rompieron la magia. Del portal de la comisaría salieron dos policías. El más gordo de los dos era el sargento

Carrascosa. Lucía traje impecable, azul marino, camisa planchada y zapatos cepillados y embetunados. La calvicie incipiente -----no pasaba de los cuarenta----, le había dado más de un disgusto, hasta que decidió ponerse un peluquín rubio, a juego con el bigote fino y ralo. Con gran disgusto comprobaba al mirarse en el espejo cómo su perfil de sílfide, había degenerado a marchas forzadas, incrementando su escandalosa barriga cada nuevo aniversario.

----¡Son las comidas de don Emilio! ----decía en voz alta----. Tengo que dejar de ir a verle. Me ceba, el muy canalla... Y, luego, ¡venga un carajillo! ... Y, ¿por qué no prueba un orujo de Potes? Verá qué cosa más rica...

"Estoy seguro ----pensaba---- de verle reírse a mis espaldas. Voy a parecer un globo aerostático, como siga engordando así.

Uno de los refinados hábitos de Carrascosa consistía en quitarse, palillo en ristre, los restos de tripa del chorizo, ensartados entre las muelas. Fumaba puros de vez en cuando, para matar el rato... La peligrosidad en Emeteria no sobrepasaba la de Soria a mediados de los años sesenta. Y el hecho de no hacer nada se había convertido en el deporte máximo del cuerpo. Aquella ciudad le mataba a uno de aburrimiento. Si no fuera por los chismorreos... ¡Qué desazón! ¡Qué siempre lo mismo!

A Carrascosa le gustaba poner la mano y mirar luego para otro lado. Sabía que era un vendido, una especie de sheriff corrupto.

Dormía con la conciencia tranquila, roncando como una manada de jabalíes. ¡Si lo sabría su esposa, Adela, natural de Carriazo, lumia como ella sola, y la única mujer capaz de ponerle a funcionar en toda Emeteria. Recordó con placer la cara que puso Esteban Postigo, años atrás, cuando se enteró de que Adela, su novia de entonces, había sido vista retozando en la hera con Vicente Carrascosa. Casi no lo cuenta. Pero Adela se enamoró, y poco después se casaron. Y hasta hoy.

Carrascosa entró en el coche patrulla. Al volante estaba Agustín. Subieron despacio en dirección al Alto Miranda bajo la lluvia, que golpeaba cansina la luna del coche. El subalterno, miraba de soslayo a su jefe, el cual, se mostraba imbuido en profundas meditaciones. De repente, se le puso a roncar.

----¡Jefe! ¡Oiga, jefe! -----gritó nervioso el subordinado.

----¡Eh! ¿Dónde? ¿Qué pasó, Agustín?

----Pues, que se me estaba usted durmiendo, y ya casi llegamos al chalé de los Pereira.

----Querido Agustín ----dijo, muy solemne Carrascosa----, en ningún momento dormía. ¡Yo nunca bajo la guardia! Aunque lo pareciera, ésta de aquí ----y se llevó una mano grande, de dedos regordetes, a la frente----, reposa sobre un hueso, el esfenoides, que elabora complicadas deducciones que… ¡Pero qué sabrás tú! ¡Anda! Aparca ya, que la luz del porche está encendida.

Teresa abrió ella misma la puerta y los invitó a pasar.

----Señor Carrascosa, entre por favor. Y usted también, no se quede ahí parado. ¿Llueve, verdad? Si lo desean, pueden dejar las chaquetillas en la entrada.

Se acomodaron en el salón. Del jardín, llegaba por la cristalera la luz de un farolillo encendido, que iluminaba el césped y la piscina. El sargento se fijó en las tablas de surf, la mesa de ping-pong y la caña de pescar, todo apoyado en una pared, a resguardo de la lluvia.

Teresa fumaba, de perfil, junto a la cristalera. El pecho le subía al compás de la respiración, llenando los intersticios de un suave vestido de flores, ceñido a la cintura, y que le caía hasta alcanzar el interior de las rodillas. La larga cabellera roja, ondulante, acariciaba sus hombros y sus paletillas. Podía adivinarse la preocupación que sentía en las prolongadas chupadas al cigarro, que dejaban la marca del carmín rojo en la comisura del filtro.

----Han pasado tres días y no han avanzado nada ----dijo, sin dignarse a mirar a los agentes----. ¿Es que esto es normal? ---- preguntó irritada.

----Señora, mire ----intervino el oficial Agustín----: Es todo misterioso. Si su hijo hubiera muerto ahogado, habríamos encontrado el cuerpo hace tiempo. Como esto no ha ocurrido, debemos suponer que está vivo, por increíble que parezca.

Teresa se cruzó de brazos. Estaba segura de que aquellos hombres fingían, pero no entendía con qué fin. Carlos llegaría pronto. Solo él le ofrecía confianza. Decidió mantenerse alerta y esperar.

----En esta libreta ----continuó Agustín----, llevo el informe de todo lo que sabemos hasta el momento.

----Siga, por favor.

----Bien, su hijo desapareció el miércoles pasado, dieciocho de diciembre. Hoy estamos ya en la madrugada del veinticinco y seguimos sin tener noticias del chico. ¿Cabe la posibilidad de que haya abandonado la ciudad? Ezequiel tiene dieciséis años, ¿no es así?

----Sí, pero…

----A su edad, es frecuente que se escapen de casa. Sabemos algo que apunta en esta dirección. Ya sabe, cuando se les mete un pajarillo en la cabeza…

----Oiga, Ezequiel tiene en su madre a una amiga. ¡No tiene motivo para irse sin avisar! ----Aquel hombre estaba consiguiendo ponerla nerviosa. ¿Es que la tomaban por tonta? Tuvo que hacer un esfuerzo para no contestarle una grosería… Y, mirando Carrascosa, espetó:

----¡Díganme lo que saben, por Dios! Y no me pregunten sandeces, ¿quieren?

Agustín abrió la boca como para decir algo.

----¡No se me sulfure, señora! ----reaccionó el sargento----. Ante todo, tranquilidad. Y tú, Agustín: ¡A callar!

Carrascosa notó que se le había rebajado la presión del cinturón alrededor del grueso abdomen, y tuvo que subirse los pantalones ostentosamente.

----Mire, señora Pereira. Nuestra visita a hora tan intempestiva, deriva de una serie de acontecimientos que están, entre otras muchas cosas, limando mi bendita paciencia. ¡Un muerto, señora! Un brutal crimen ha mancillado el pacífico nombre de Emeteria. La ciudad entera está compungida por este hecho acaecido hace unas pocas horas. ¿Y a quién cree que van a pedir responsabilidades? ¿A Godofredo, el de los chubasqueros? Pues no, ¡a mí, que para algo soy la autoridad!. ¡Ay! ----se quejaba----, esta ciudad, ejemplo de armonía, de quietud, lugar de preservación de las santas tradiciones, conservadores del espíritu sin mácula, pueblo honrado y trabajador, libre de la tentación de la carne, siempre decidida reserva espiritual de Occidente...

----Jefe ----le interrumpió Agustín----, no se lo tome a mal, pero está usted hablando como un cura.

----¡Tú a callar! ¿Qué estaba diciendo? ----aquí quedó absorto el sargento----. ¿Ves lo que has conseguido, Agustín? ¿Estarás orgulloso? Acabo de perder la inspiración.

Teresa no los aguantaba más. Pero, ¿qué iba a hacer ella? No podía echarlos a puntapiés...

----No digo que tenga nada que ver ----siguió Carrascosa----, pero lo cierto es que la desaparición de su hijo ha coincidido con el asesinato premeditado y alevoso de un ciudadano ilustre, el historiador Octavio Bedia, emeterino excepcional. Lo que es más sorprendente es que, en el lugar del crimen, se hallara el detective a quien usted de sobra conoce...

Teresa hizo oídos sordos al soniquete que acompañaba a estas últimas palabras.

En ese preciso instante sonó el timbre. Teresa se dirigió con largos e ingrávidos pasos hacia la puerta. En el umbral, bajo el aguacero, apareció Carlos, o lo que quedaba de él, con el pelo mojado cubriéndole la cara. Llevaba la camisa manchada de sangre.

----¡Oh! ¡Dios Santo! ----gritó Teresa----. ¿Qué te ha pasado?

----Estoy bien ----mintió----. ¿Tiene un botiquín? Necesitaría limpiarme estas caricias con alcohol. No te preocupes, es más aparatoso que otra cosa.

Los agentes oyeron el grito procedente del recibidor. Aguzaron el oído, pero no llegaba hasta ellos más que un discurso en susurros. Teresa avisaba al detective de que tenían visita.

----Llamaron y dijeron que necesitaban hablar conmigo

urgentemente. No sé quién de los dos es más energúmeno. Están ahí, en el salón.

----Escucha, Teresa. Esto no es un juego. No podemos confiar en nadie, y menos en ellos, ¿comprendes? Esta noche he salvado el pellejo de puro milagro. Y ya va la segunda... Teresa, estamos solos, tú y yo. No tenemos a nadie, no lo olvides.

----Estoy de tu parte ----le contestó----. Lo que tú digas.

Carlos la cogió por los hombros, pillándole los rutilantes cabellos con los dedos, y la besó largo y profundo. Teresa sintió el sabor agridulce de la sangre en sus labios. El vestido se le manchó en la pechera. Sintió ganas de repetir el gesto, pero se contuvo. Mientras le acariciaba el rostro, Carlos le dijo:

----Acaban de intentar quitarme la vida. Tu hijo, como te dije por teléfono, está vivo, estoy seguro, aunque puede que corra peligro. Hay algo que no comprendo en todo este asunto... Por algún motivo, no quieren que se sepa dónde está. Te diré dónde está tu hijo, para tranquilizarte: está en la isla de Mauro. Tú no debes tomar ninguna iniciativa, has de dejar que sea yo quien actúe.

----Pero dicen que ha habido un muerto...

Carlos puso los ojos en el infinito.

----Sí, don Octavio. Descubrió algo, un asunto del pasado, y por eso le mataron, al igual que intentaron hacerlo conmigo. En el faro vive un anciano ciego que se hace llamar Feliciano. Su nombre real

es otro: Amado Gutiérrez...

Al oír el nombre del autor del manuscrito hechizado, a Teresa se le erizó todo el vello del cuerpo, pero decidió no decirle nada a Carlos.

----Pero, ¡todo eso es increíble! ----exclamó.

----¡Escúchame bien! ----le dijo, zarandeándola sin brusquedad----. Amado Gutiérrez, apodado *El Nervios*, fue cómplice de un robo, hace décadas. Su socio, conocido como *Tirolés*, es un tal Antonio Balaguer. A él y no a otro debo el mambo en que me he visto envuelto estos últimos días. Le siguen hombres sin escrúpulos, capaces de darme un mordisco en pleno carrillo, mira... Aunque alguna se han llevado, y de las buenas.

----¿Pero cómo? ----Teresa no entendía nada. Se sentía totalmente superada. Carlos la volvió a coger por los hombros, se abrazó a ella fuertemente y sintió el calor que emanaba de su pecho. Estaba pringándola el vestido. Este detalle no tenía ahora la más mínima importancia. Siguió Carlos explicándola lo que sabía, el robo al Banco y todo lo demás, sin soltarla de su lado, hablándole al oído. Del salón, llegó el ruido de pies que comenzaban a moverse impacientes.

----No hay tiempo, Teresa. Hay una pobre chica a la que me gustaría ayudar. Está poco menos que secuestrada en vida. Vive con Tirolés. Voy a intentar arrancarla de la dependencia que la une

a él. Espero que no sea demasiado tarde...

----Carlos: estoy muy asustada... ¿Y la policía?

----No está de nuestro lado. Ellos quieren echar tierra encima. Desconozco el motivo, aunque muy pronto lo sabremos; cuando saque a Ezequiel de la isla de Mauro. Yo me he debido convertir en un estorbo para alguien tan importante, que ni la policía puede intervenir libremente. ¿Entiendes?

----Creo que sí... Pero tengo miedo. ¿Y si te pasara algo? Prométeme que tendrás mucho cuidado.

Carlos se apartó de Teresa, la agarró la nuca, y le dio el beso en el cuello que hacía un buen rato mariposeaba por su mente. La blancura refulgente de la piel, tachonada de diminutas pecas, le volvía loco de pasión. No se percataba de que, con toda la cara llena de sangre, estaba dejando a la pobre Teresa hecha un basilisco. Entonces, el cansancio acumulado cayó de golpe sobre sus músculos. Ahí, apoyado en la nuca de ella, se habría quedado hasta la llegada del juicio final.

----Venga, Teresa, vamos adentro ----dijo, clisándola cariñosamente----, y escuchemos lo que tienen que decir estos dos chilindrines.

Carrascosa y Agustín, que por todos los medios habían estado intentando pillar al vuelo algo de la conversación, se sentaron precipitadamente en los sofás. Al observar al detective y ver cómo

venía, le ofrecieron el asiento. Éste rehusó. El sargento se atusó el peluquín, elevó una ceja y dijo:

----No está bien entrometerse, señor Postigo . Debería saberlo... ¿Por qué no se busca un empleo, digamos, más relajado?

----No me haga perder el tiempo, Carrascosa ----contestó rápido Carlos.

----¿Pierde los estribos, amigo mío?

----¿Acaso pierde usted la cárcola, sargento?

----¿Cómo dice?

----Nada, no se apure ----Carlos rió para sí----. Pero no me considero su amigo, ni mucho menos.

Teresa apareció en el salón con un pequeño botiquín. Tocó cuidadosamente la mejilla herida con un algodón empapado en alcohol, que escocía un demonio. Luego lo aplicó a la raspadura del disparo en la ceja. El perfume a jazmines de Teresa le embriagaba mientras, en cuclillas, cuidaba de él.

----¿Te hago daño? ----preguntó con ojos inocentes.

----Sí ----confesó, malicioso----, y por eso me gustas.

Aunque todos podemos equivocarnos en esto, a Carlos le pareció que Teresa se lo comía con los ojos. Y estos ojos le recordaron la miel de los luceros en las cálidas noches de verano.

Los agentes los observaban, mudos y algo azorados.

----¡Oficial Agustín! ----dijo, sintiéndose ofendido en la dignidad

de su uniforme----. Como no es muy galante interrumpir tan tierna estampa, vayamos al grano y acabemos cuanto antes.

----Muy bien, jefe. Veamos: ¿Qué hacía usted en el parque de Jado, justo a la misma hora en que se cometió el crimen?

----Es secreto profesional ----contestó bostezando----. Parece mentira...

----Entonces, ¿se niega a colaborar con los garantes de la ley y el orden?

----¿Ha dicho garantes? ¡Pero si lo único que garantiza su comisaría es el cohecho! Por lo que a mí respecta, ¿quién me asegura que al salir de aquí, no recibiré dos balazos entre pecho y espalda? No me haga reír, Carrascosa. ¿Es que no me ve? Creo que no, sargento, que lo que le ocurre es que padece miopía cerebral.

Agustín miró a su jefe. Éste se encogió de hombros.

----Muy bien ----dijo el sargento----. Conteste sólo a una pregunta: ¿Va usted a seguir con la investigación? No, no se me sulfure, amigo. Si le pregunto esto es porque está usted perdiendo el tiempo.

----¿Qué quiere decir?

----Muy sencillo: que no hay caso. Señora, hemos encontrado a su hijo en perfecto estado. Si se lo hemos ocultado hasta ahora ha sido por mera estrategia pericial.

----¿Qué? ----gritaron al unísono Carlos y Teresa.

Carrascosa, complacido por el efecto de sus últimas palabras, se llevó las palmas de las manos a la barriga. Y comenzó a pasear teatralmente por el salón, de uno a otro lado, girando el calcañar.

----Les contaré lo sucedido, pues veo que andan ignorantes a este respecto. ¿Conocía, señora Pereira, la afición de su hijo al espiritismo?

Teresa se llevó el dedo índice a la sien, e hizo un gesto a Carlos significándole que el sargento andaba mal de la carótida.

----Todos los indicios apuntan a que, Ezequiel Pereira, su hijo de usted, salió el pasado miércoles de su casa, para en compañía de unos amigos pasar unos días en una casa abandonada, para allí invocar a esa materia evanescente que el vulgo denomina espíritus. Llegaron a la casa abandonada remontando el cauce final del río Cubas en barca, ocuparon la casa y allí estuvieron todo el fin de semana. Aseguran haber tenido éxito, y dicen haber contactado con el alma en pena de un inglés fumador de opio.

Carlos y Teresa se miraron estupefactos. Carrascosa no había terminado de sorprenderlos:

----Han oído bien, lo encontraron pescando carpas, tranquilamente, esta misma mañana. Cuando lo interroguemos, podrá volver a su casa.

----¡Mi hijo! ----gritó la madre.

Carlos se acercó a su oído y le susurró:

----No le creas, es una farsa. ¡Confía en mí!

Teresa, asustada, no sabía a quien creer.

----Mire, señora ----dijo el sargento, al tiempo que chasqueaba los dedos----. ¿Reconoce esta gorra?

Teresa pegó un grito al reconocer la gorra de Ezequiel. No había dos iguales en toda Emeteria. Al verla, no pudo contener el llanto.

----No se altere ----dijo el sargento----. Duerma tranquila. Mañana o pasado le devolveremos a su hijo.

Miró a Carlos con gesto triunfal, y se sacudió unos imaginarios pelillos del pecho.

----En cuanto a usted ----continuó----, como ya le dije, todo acabó. Ande, sea bueno y descanse. Tiene que curarse esas heridas. Le daré un consejo de amigo ----al decir esto le miró ávidamente----: olvídelo todo.

----Le repito, Carrascosa, que no soy su amigo.

Carlos se aplicó un pañuelo húmedo contra la mejilla. Cuando los agentes se levantaron, y enfilaban ya hacia la puerta, los llamó.

----¡Carrascosa! ----se volvieron los dos----. ¿Me permite una indiscreción?

----Claro, hombre, claro.

----¿No debería avisarle su compañero cuando se le descoloca el bisoñé?

Carrascosa distribuyó sus dos manos entre el cinturón y la

testa, para evitar que pantalón y peluquín fueran cada uno para su lado. Gruñó algo, antes de cerrar la puerta de la calle de un portazo. La sirena del coche patrulla quebró el monótono tañido de las gotas de lluvia. Carlos salió para cerciorarse de que se perdían de vista. Luego cerró la puerta y volvió al salón.

22

Teresa, sentada, con las piernas extremadamente cruzadas, dejaba a la vista buena parte de sus muslos de alabastro. Un aladar ondulado le caía por la sien, tapándole parcialmente la vista. Sirvió dos vasos cortos de whisky. Al inclinarse sobre la mesa de cristal, los pechos asomaron por el borde del escote. Sus ojos se encontraron. Carlos tomó el vaso que le tendían. Encendieron cigarrillos, sentados uno enfrente del otro.

----¿Qué opinas? ----preguntó Teresa.

----Pues que se trata de un bulo. La gorra la han encontrado en la playa. Tu hijo se quitó la ropa antes de entrar en el agua. Su amigo Arsenio me lo dijo. Ezequiel está en Mauro. Tirolés me confesó todo antes de intentar mandarme al otro barrio.

Carlos bebió el contenido del vaso y volvió a llenarlo generosamente. El pulso le fallaba. El resultado del tembleque fue un charco en el cristal y el vaso desbordado. Teresa lo miraba.

----Estas cansado.

Carlos tragó todo el líquido, hasta la última gota. El whisky actuaba de sedante, y la herida comenzaba a dolerle en serio.

----Carlos…

----¿sí?

----Nada, que es nochebuena. Estaba pensando que es la primera vez que la paso sola, sin Ezequiel ----acercó sus labios carnales----. ¡Oh, Carlos, Carlos! Te he deseado tanto, desde la última vez. Eres mi chico perfecto. Si quieres, puedes quedarte a dormir. Me... me gustaría que me follaras, ¿sabes? He soñado que lo hacíamos muy despacio, muy suave... Pero no en el suelo. Quiero enseñarte mi alcoba. Anda, ven.

Teresa le cogió de la muñeca y le atrajo hacia sí. Se besaron. Carlos acariciaba la nuca de ella y, repentinamente, tiró del pelo hacia abajo en una estudiada presión que, aunque un poco asustada, agradeció. Se le erizó la piel cuando le bajó las mangas del vestido y comenzó a pasar los labios y la lengua por el cuello, por los hombros, por la espalda...

----Espera... Aquí no, por favor. Hazme caso, tontorrón, y dame la mano.

Subieron la escalera, ella delante de él. Llegaron a una habitación en penumbra. Carlos se dejó caer en la cama, boca arriba. Teresa encendió el amplificador, rebuscó entre los discos, sacó uno de la funda y colocó la aguja en el surco. El leve zumbido de una trompeta llenó la estancia de aires decadentes. A la zaga, entró el sonido de un piano cristalino, como el tintineo intermitente de los solitarios hielos en un vaso vacío. Y una voz arenosa, cálida,

de un hombre metido en el sentimiento de una mujer que acaba de ser abandonada, le atrapó de lleno, y ya no le soltó hasta que Teresa, desnuda, le hizo abandonarse a toda percepción. Ella le obligó a levantarse de la cama y le desvistió sin prisas. Desanudó la corbata, y le desabotonó la camisa, clavándole las uñas esmaltadas de rojo y los dientes en el pecho. Chupó y fue bajando hacia el torso. La subió por la nuca, ella lo miró, y, él, la agarró por las caderas; y, mientras ella soltaba el estorbo del cinturón, y abría la pieza, se vio en vilo, sostenida por dos brazos que, delicadamente, la fueron acercando.

Cuando, por fin, volvieron sobre la cama, la poseyó brutalmente, tirándola de la roja melena, apoyando su mano fuerte contra la frágil garganta de ella, abandonada al placer de la asfixia.

Y así, pronto, se fue, en una profundidad a la que nunca antes había llegado. Lo miró ávidamente, creyendo reconocer un cofre oculto que hubiera estado años buscando. Y lo amó, lo quiso para sí, con un atávico sentido de posesión.

Carlos se levantó mientras Teresa dormía para quitar la aguja del giradiscos, que golpeaba una y otra vez sobre el surco acabado. Tenía curiosidad por saber el título de la canción que les había estado acompañando. Leyó: *You go to my head.*

23

El vaivén del agua hacía temblar la tuta colorada que servía para avisar al pescador de que el pez había picado el anzuelo. Arsenio esperaba la llegada de María. Quedaron en verse por la tarde para cotillear un poco, hablar de Ezequiel, del detective y los disparos, y tomar algo más tarde en el *Benidorm*. El muro donde Arsenio pretendía pescar con su pequeño aparejo, constituía el final del paseo marítimo del Jardinero. Una barandilla despintada, picado el hierro por el salitre, servía de apoyo a las parejas que disfrutaban del paseo y las espléndidas vistas. Cuando subía la marea, algunos pescadores se reunían en el último extremo, donde la mar obtenía suficiente fondo y allí, resguardados del viento por una roca que se elevaba a sus espaldas, lanzaban las cañas y esperaban silenciosos el menor movimiento delator del sedal, o alguna onda en el agua. Arsenio se acercó a un pescador enjuto, para pedirle un poco de gusana. El pescador, parsimonioso, metió el brazo remangado en una bolsa llena de serrín, y sacó un puñado de lombrices rosadas y gordas. Arsenio las cogió y las puso en un bote de plástico. Introdujo el gusano, aún vivo, en el anzuelo, ensartándole de lado a lado. Apoyaba los codos en la

barra baja de la barandilla, las piernas le colgaban del muro, y, con los talones de las botas, golpeaba rítmicamente la piedra. En esta posición podía pasarse la tarde entera, mirando los veleros dispersos por la bahía; las olas, que pintaban abanicos de espuma al romper en Mauro y en la Magdalena; la arena limpia, fina, de las dos playas; los edificios de la parte alta del Jardinero; y el perfil de las montañas del fondo, imaginando la sorpresa que debieron de llevarse los que las atravesaron por primera vez, al contemplar uno de los lugares más hermosos del planeta.

Comenzó a llover. Surgió una serie de círculos concéntricos, al rozar la lluvia el agua. Arsenio se puso la capucha del chubasquero. Era fácil pescar en días de lluvia, pues los peces, cegados, mordían el anzuelo con facilidad. La tuta entró y Arsenio sintió los mordiscos del pez en el sedal. Fue cogiendo hilo, dando vueltas al aparejo. Cada vez, el tirón se hacía más fuerte, ya no podía dar más vueltas, así que tiró hacia atrás, y de las profundidades marinas salió un pez diminuto, que siguió dando guerra mientras Arsenio lo lanzaba por el aire. El pez era un panchito plateado. Lo libró del anzuelo y lo colocó en el cestillo que llevaba para tal fin.

Entonces, oyó la voz melosa de María, que le llamaba. Mientras la veía acercarse se fijó en que se había calzado unas botas blancas de agua, para pisar a gusto los charcos. El chubasquero, al ser dos

tallas mayor, le daba un aspecto algo cómico. Le colgaba por todos lados como un faldón, y no se la veían las manos. Traía todo el pelo empapado.

----¡Vaya horas! ¿No quedamos a las seis?

----Bueno, tampoco es para tanto... ¡Qué humor tienes, hijo!

----Además, me vienes llorando.

----Sí, de pena, desde que te he visto ----dijo María, sonriente----. ¿Sabes qué?

----Que...

----Pues que eres un idiota.

----Eso se lo dirás a todos ----contestó, mientras recogía el aparejo y los bártulos de pesca. La noche se echaba encima.

----¿Has pescado algo, Arse?

----Solo un panchito.

María metió la nariz en el cestillo para verlo. Lo tocó con un dedo, y el pez coleteó, abriendo desesperadamente las branquias.

----Oye, Arse. ¿Qué vas a hacer con él? ----miraba el pez con cara de pena----. Devuélvelo al mar... Si lo devuelves, invito a la primera ronda en el *Benidorm*. ¿Hace o no hace?

----Está bien ----accedió Arsenio. Cogió el panchito y lo lanzó de nuevo al mar. Luego, intrigado, le preguntó:

----¿Se puede saber por qué no te subes la capucha?

----Porque no me da la gana. Me gusta mojarme. Venga, vamos.

Recorrieron el muro bajo la lluvia intensa. María chapoteaba en los charcos intentando salpicar a Arsenio. El chaparrón se había encargado de encrespar las olas; éstas, al romper contra el muro, se desintegraban en una minúscula cortina de espuma, que pasaba por encima de sus cabezas.

Cogieron el bus en la primera parada del recorrido, junto al estanco de playa.

En *El Benidorm* no cabía un alfiler. Faltaban pocos días para la Nochevieja y, los chicos y chicas, hacían planes para esa noche. La aparición de Arsenio y María, calados hasta los huesos, con el cestillo y el aparejo, radiantes, como iluminados, provocó un cuchicheo general. Se abrieron paso a empujones. Una mesa quedó libre de repente y un chico con fama de quitapelillos quiso adelantárseles, pero al ver quiénes eran sus competidores, se amilanó. La mesa era de color rojo. En aquel bar, cada silla era distinta y cada mesa ostentaba un color diferente. Las baldosas, de mármol, eran blancas y azules.

María fue al baño, para secarse el pelo. Arsenio se quedó solo; sacó la cajetilla y encendió un cigarrillo. Trajeron sangría y aceitunas rellenas. María volvió con el pelo seco, recogido en una cola de caballo. Se sentó frente a él y, de pronto, creyó ver a otro Arsenio, o acaso descubrirlo por primera vez. Tenía Arsenio los ojos

achinados, la mirada franca, cejas pobladas y pómulos marcados. La nariz bajaba larga y abundante. María pensó que este apéndice era el culpable de que Arsenio tuviera ese andar tan peculiar: cabizbajo, al acecho. Parecía estar siempre alerta, por si alguien lo miraba mal soltar rápido el puño. La piel morena y tersa de los brazos y el rostro, le resaltaban el pelo negro, que le caía por los hombros. Cada poco, se quitaba el flequillo de la cara, en un gesto que María tenía como muy suyo, y que le había dado fama de chulo y algo peligroso. Esto, como es sabido, agrandaba enormemente su atractivo. María no sabía si estaba disimulando lo suficiente, pues la verdad es que Arsenio estaba como un queso…

----Pareces un indio limeño ----le dijo, sonriente. Arsenio la miraba. María notó que unas rodillas chocaban contra las suyas por debajo de la mesa. De pronto, sintió que algo nuevo sonaba en su cabeza; un extraño calor que la empujaba hacia los labios de Arsenio, en contra de su voluntad. Él apoyó la nuca de María entre sus manos, muy despacio, como si fuera tan frágil que, al menor descuido, pudiera romperse. María creyó percibir cierta indecisión; como si Arsenio, consciente de lo que iba a hacer, dudara o tuviera miedo. Entonces, María, se dio cuenta de que no podía quedarse ahí parada sin hacer nada, como una tonta; que si quería algo de Arsenio, había que cooperar. Ella estaba a punto de serle infiel a su novio; pero, para Arsenio, era mucho peor: ¡iba a traicionar a su

mejor amigo!

María se arrimó un poco más. Le tocó la cara, le acarició el pelo, abrió los labios y cerró los ojos. El beso llegó, como había presentido; lo que no se imaginaba es que fuera a gustarle tanto. Sintió la calidez de su lengua que la acariciaba el paladar y los dientes, tan suave como un secreto susurrado al oído; y, sin saber cómo ni porqué, descubrió lo lejos que había quedado el recuerdo de Ezequiel. .

24

María no pudo dormir aquella noche. Todavía llevaba en los labios el sabor a nicotina del tabaco negro que fumaba Arsenio. En la soledad de su habitación, se abrazó a la almohada apasionadamente, mientras movía las piernas enredadas entre las sábanas. Besó la almohada suspirando su nombre... Fue abandonándose a la llamada del sueño, hasta que un crujido en el estómago delató sus sentimientos íntimos, y corroboró que no se trataba de un capricho pasajero, que el asunto iba pero que muy en serio.

La mañana del veinticinco, día de Navidad, Arsenio la llamó por teléfono. Quería quedar con ella para dar un paseo antes del almuerzo. María se vistió a toda prisa y bajo alegre la cuesta de la calle del Duque, que comunicaba su casa con el Jardinero. Los perros de las fincas ladraban a ambos lados. Desde aquella atalaya, podía divisar el mar, la plaza de Italia y las torretas del Casino. A su izquierda, como salido de un cuento de hadas, se perfilaban los minaretes estilizados del Palacio de los Santos, hermoso palacete en miniatura, enrejado y rodeado de mullido

césped. Un sinuoso caminito llevaba hasta la puerta. A María le fascinaba aquel lugar, y, a menudo, inventaba historias, en las que ella acababa conociendo al hijo del dueño, que todos decían que era deslumbrante, y que estaba estudiando en el extranjero. Se casaban, y, allí, formaban un hogar. Cuando eso pasara, se convertiría en la envidia de todo el Jardinero…

El mar estaba precioso, un sol tibio brillaba sobre el espejo azul del agua. A lo lejos, navegaban veleros de regata, mecidos por el viento del nordeste. El Ferry británico salía en ese instante de la bahía, pasó luego por detrás de Mauro y siguió su travesía hacia Cabo Mayor, rumbo a las costas de Inglaterra. Los barcos de vela semejaban diminutos pañuelos blancos, al ser flanqueados por el colosal crucero.

Tanta fue la prisa con la que salió de su casa, que casi olvidó mirarse en el espejo. Ahora le entraban las dudas… Los vaqueros, los zapatos azul turquesa, la trenza, la camisa azulona con el cuello de puntilla blanca, y la sudadera también blanca, por los hombros… ¿No iría un poco cursi? ¿Y si no le gusta el pelo recogido?…

Unos gorriones alegraban la bajada con sus trinos, y, María, se olvidó finalmente de su aspecto para centrarse en el placer de dejarse caer, la cadera suelta, calle abajo. Pasó la gasolinera, el quiosco, siguió andando por la plaza, al pie del Casino, y buscó el

banco donde habían quedado. No recordó que fue justo desde aquel mismo banco, el verano pasado, desde donde vio a Ezequiel por primera vez.

Arsenio esperaba impaciente, sentado, con el trasero apoyado en el respaldo del banco, las piernas abiertas y un cigarrillo en la boca. De vez en cuando se soplaba el flequillo en un gesto casi maniático de tan repetido. Llegó por fin María, y se sentó a su lado, sonriendo.

----¡Hola! ----dijo María---- ¿Llevas mucho rato esperando?

----Acabo de llegar ----dijo, y aunque no era verdad, a María le pareció muy galante. En realidad, había bajado al Jardinero hacía un buen rato. Tomó dos cañas para armarse de valor, en uno de los bares de la trasera del Casino. No dejaba de pensar en la faena que le estaba haciendo a su amigo.

----¿Te parece si damos un paseo? ----sugirió Arsenio.

----Vale ----A María le apetecía pasear a su lado, porque Arsenio era un chico que podía lucirse sin ninguna vergüenza. Andaba sonriéndole desde el lado derecho. Se había acostumbrado a ir en ese lado, y, si se lo cambiaban, no se sentía cómoda. Parecía mentira que cosas tan insignificantes fueran tan importantes.

Pasearon en silencio un buen trecho; del Don pasaron a los jardines de Cossío; bajaron luego por la avenida Castaneda, hasta el parque de Mesones, teniendo siempre el mar a la vista, tan

cerca, que parecía posible saltar y zambullirse en cualquier momento. Las hojas de los árboles silbaban mecidas por la brisa marina, soltando dorados destellos. A su derecha veían la segunda playa; los chicos jugando, unos al fútbol, otros a las palas. Una chica lanzó al aire un palo que fue arrastrado a la orilla por la marea. Su perro, un pastor alemán, corrió a por él todo ufano. Arsenio entró un momento en la cafetería del *Cormorán* para comprar tabaco en la máquina. María esperó fuera.

----¿Dónde vamos? ----preguntó, cuando Arsenio volvió. Porque, si seguían, terminarían en el mismo muro en el que se vieran el día anterior. No quería repetir.

----Te voy a llevar a un sitio que solo yo conozco ----aquello sonaba bien, así que le regaló una sonrisa blanquísima----. Es un secreto, has de prometerme que no se lo dirás a nadie.

La mirada directa de Arsenio desde sus ojos negro azabache le dieron, incluso, un poco de miedo. Subieron una escalera de piedra gastada, repleta de ortigas. Llegaron a un camino de tierra, peligroso, porque nadie puso una barandilla, y la altura era considerable. Para abrirse camino era necesario aplastar la fronda de jaramagos que crecía junto a las zarzas y que simulaban cubrir tierra donde no había nada. Arsenio le pidió a María que se arrimara a la tapia de la finca que bordeaban, a su izquierda. Desde allí, la ciudad aparecía como dada la vuelta, y podía uno

sentirse como en alta mar, tal era la potencia del azul inmenso, y tan profundo el olor de las rocas, que se divisaban en lo bajo del barranco, llamadas La Punta de los Carabineros, que, fruto de la erosión, mostraban un aspecto lunar, entre picos, cráteres, hendiduras y cuevas.

Siguieron el camino. Dispersos bancos de peces delataban su posición, dibujando sobre la piel del mar remolinos agitados y efervescentes. María, boquiabierta, se dejaba llevar de la mano. Hacía quince años que habitaba en Emeteria y nunca nadie le había llevado a ese lugar. Ni siquiera conocía su existencia. Era todo estupendo. Pero aún faltaba lo mejor. Arsenio la llevó, apretando la presión en su mano, hasta unos acantilados en los que el camino llegaba a su fin. La gran roca recibía una serie de hachazos, que la cortaba de manera espectacular, en líneas diagonales a la superficie del mar. En los huecos entre uno y otro corte, un brazo furioso de agua entraba a presión, cada nueva ola, refrescando los percebes y las estrellas de mar fosilizadas. Quedaron mirando la espuma, como materia viva, burbujeando en torno a los mejillones y percebes.

Arsenio encendió un cigarrillo. El viento allí soplaba fuerte, les golpeaba el pelo y les abombaba la ropa. María sintió un escalofrío, no solo debido al frío, sino también a la contemplación, y al roce del brazo de Arsenio en su espalda. Se arrebujó a su lado, sin decir

nada, pues nada podía decir más bello que el silencio, y, sin embargo, podía oír el latido del corazón de Arsenio, palpitando fuertemente.

María, de pronto, recordó que su madre la había advertido de no llegar tarde a comer.

---- ¡Me va a matar! ¿Qué hora es?

----Pues… sí que es tarde…

----¿Cuál?

----Las cuatro menos cuarto.

----Lo que te digo, me van a matar, y me van a matar, ya lo estoy viendo: Me castigan sin salir en nochevieja…

Se levantaron a toda prisa e iniciaron el trayecto de vuelta.

----Pero, ¿cómo te van a hacer esa faena? Ya verás como no pasa nada.

----Tu no conoces a mis padres… Pero, ¡qué tonta soy! Y mira que me avisaron…

----Bueno, quedan días, ya se les pasarás… Si nos damos prisa…

----Si nos damos prisa, ¿qué?… Como muy pronto llego a las cuatro y media.

María notó en la mirada de Arsenio que se estaba pasando con el berrinche. Arsenio miraba las playas desiertas.

----Arce…

----Dime ----contestó, serio.

----Que... me ha gustado mucho el paseo ----se interpuso entre Arsenio y el camino, se colgó de su cuello y lo besó en la boca, largo y tendido.

----¡Ven, María, vamos a correr!

----Pero, ¿qué haces? ----se quejó María, y a grandes zancadas, atravesaron lo que quedaba de finca, bajaron las escaleras y llegaron a la parada del bus. Cuando María montó y el bus arrancó, Arsenio se quedó quieto, esperando. María buscaba ya un asiento cuando lo vio a través del cristal. Le decía adiós con el brazo alzado. El autobús se alejó, y, Arsenio, feliz, corrió y no paró hasta llegar a su casa.

25

El *bar Coloco* tenía comunicación con la vivienda contigua que servía de guarida a Balaguer y los suyos. La puerta, situada al final de la barra y al pie de las escaleras de subida a los cuartuchos, ocupaba un lugar estratégico, por si había que poner pies en polvorosa. La vivienda estaba formada por tres cuartos y una sala, a pie de calle. Bronco y el indio Pedro dormían juntos, cuando a Pedro le daba por aparecer, que no era todas las noches. Balaguer, por su parte, se guardaba para sí la mejor habitación, aislada gracias a un largo pasillo, que lo hacía invisible y enigmático la mayor parte del tiempo. Enma, después de años de convivencia, seguía sin percibir los pasos de Tirolés por el pasillo. Era como si volara, ingrávido, o levitara a un palmo del suelo. Una vez, intrigada como estaba, probó a tumbarse en el suelo y a esperar pacientemente: tarde o temprano, habría de aparecer. Y, efectivamente, vio los pies de Balaguer recorrer el pasillo de fría baldosa, sin tocar el suelo; agitaba los dedos en vilo y, en el semblante, se le dibujaba una sonrisa de dientes picados y deformes. Bien es cierto que era de noche y la penumbra lo envolvía todo, por lo que no podría asegurar que lo que vio no fuera

un truco, para atemorizarla; no en vano Balaguer controlaba su cerebro, la dominaba con el pensamiento. Solía efectuar una suerte, para demostrarles a todos ellos su maestría en el campo de la adivinación. El juego era el siguiente: Cada uno de los reunidos en la sala de estar debía escoger un objeto por el que, sinceramente, mostraran una especial afinidad. Debían cogerlo, tocarlo y depositarlo en el mismo sitio donde lo encontraron. Balaguer se escondía en el pasillo, aguardaba unos minutos y volvía para adivinar cuál había escogido cada uno. Nunca le vieron fallar. Éstas y otras demostraciones le servían para mantener a raya a sus súbditos, temerosos de ser descubiertos cometiendo cualquier infidelidad.

Otra de sus especialidades consistía en hacer que la luz de las bombillas se encendiera y se apagara en intermitencias, fundirlas a su antojo; introducir sintonías en la radio, a distancia, apagar farolas de la calle y hasta cortar, mentalmente, el fluido eléctrico de todo un edificio. En esto, a Enma no le cabía ninguna duda: ¡Balaguer está imantado! Por las venas del viejo no circulaba sangre, circulaban corrientes electromagnéticas, un pandemonium de electrones cargados, capaces de alterar el estado de cosas a su alrededor.

Enma aún no había despertado. La noche anterior oyó llegar a

Balaguer en compañía de Bronco. Parecía tener un humor de perros, pues estuvo una hora lanzando sillas contra las paredes, injuriando el nombre de Carlos Postigo , prometiendo vengarse en el próximo encuentro. Al oír este nombre, Enma suspiró... Conservaba la tarjeta que Postigo le había dado. Por otra parte, estaba segura de haber sido reconocida en la taberna, mientras Octavio y él mantenían larga conversación. ¿Querría, aún sabiendo que fue ella quien advirtió a Tirolés, salvarla? ¿Lo haría? En estos pensamientos estaba cuando le alcanzó el sueño en su humilde camastro.

Ahora todos dormían, menos Balaguer. Descansaba el cuerpo pilongo en una silla, frente a una mesa con migajas de pan, unos vasos y una botella de tinto. Miraba fijamente, entreabriendo los temblorosos párpados, las líneas oscuras que delimitaban el espectro de luz en la pared. No conocía la explicación de este hecho pero le maravilló comprobar que, de la ventana, donde permanecían echadas las persianas, un haz de luz se había colado por una rendija, penetrado en la oscuridad total de la sala, chocado contra el cristal de la botella de vino y, por último, extendido en la pared, como una proyección, en la que se distinguían todos los colores, del rojo al violeta, en una serie continua, sólo separada por finas líneas negras. Arrobado quedó con este descubrimiento, ignorante de que Newton lo detectara

unos cuantos siglos antes que él. El sol seguía su curso, o, mejor dicho, la tierra no está nunca quieta y, así, el haz cambió el grado de inclinación con respecto a la botella, hasta que el espectro desapareció.

Mientras, Enma, abría un ojo, arrebujada entre gruesas mantas con las que se guarecía de la humedad. Notó el aliento de Tirolés, próximo, llegar hasta ella desde la otra parte de la casa. Se rozó las piernas desnudas, ateridas por el frío, cubiertas por un liviano camisón. Sintió en el aire una voz que pronunciaba su nombre, arrastrando las vocales, con un canturreo socarrón que la hizo temblar. "¡Ya está otra vez! ¿Es que nunca seré libre? ¿He de aguantar esto siempre?" Tirolés se había colado premeditadamente en lo más valioso de una mujer: su voluntad. Habitaba en su pensamiento, de noche mientras dormía se le aparecía en sueños, de día su voz la perseguía, recordándola su deuda de gratitud y obediencia. Enma, tumbada boca arriba, miraba hacia el techo, y le dio por recordar su vida anterior, más por huir de la llamada del tirano que por otra cosa. Esa vida anterior, se le aparecía como ajena, como si no le perteneciera, un pasado hipotecado y cuyo recuerdo era el fino hilo que sostenía su ser de la aniquilación, del perecimiento.

Llegó, nítida y fuerte, la imagen de la casa de la tía Águeda, que la adoptó y fue como una madre para ella. Una humilde casa de

paredes ennegrecidas por la humedad, la lluvia incesante castigando las tejas, reblandeciendo los cimientos, cubriendo de musgo las esquinas. Un pueblo de cuatro casas, el cielo siempre gris, y el mar, de olas encabritadas, salvajes, golpeando las rocas, sin arena, sin playa por donde pasear, pueblo de pescadores con puerto diminuto, lugar perdido, maldito, como si expiara alguna antigua culpa, de espaldas al mundo. Allí, en La Mariuca, pasó Enma su niñez, de niña solitaria. No tenía amigas con quien jugar como las demás niñas. Solía salir de casa de tía Águeda muy temprano, con la esperanza de que hiciera bueno, para recibir la caricia del sol; pero el cielo parecía haber perdido el azul en una apuesta. Perdía la mañana brincando de una a otra roca, recogiendo lapas y caracolillos que luego cocía con agua y sal, y que le servía de entretenimiento, por la tarde, junto al fuego, cuando tumbada en la alfombra, con los pies en el aire, sacaba el bicho del caracol con la ayuda de un alfiler. Cómo le gustaba buscar refugio entre las rocas, cerca de unas ruinas, y mirar el mar, escuchar su monótono rugido, su hambre insaciable, abandonarse al pavor que le producía las enormes masas de agua llegar hasta sus pies, inundar los cráteres de las rocas, salpicarla el rostro y retroceder, como una bestia indómita, en los oscuros días de tormenta y marejada.

Enma soñaba despierta, pero la vida la empujaba hacia el dolor, de forma absurda e injusta, se decía. ¿Cómo habría sido su vida de no haber conocido a Tirolés? ¿Qué dicha le habría deparado el destino? ¿Qué sendero? Tal vez fuera mejor no pensarlo, no franquear la frontera del sufrimiento conocido, evitar el remordimiento por lo que pudo ser y no es.

Tía Águeda murió, como tantos otros, presa del bacilo de Koch, en el sanatorio para tuberculosos de Liendres. Recordaba las visitas a la pobrecita tía moribunda. Era entonces una niña pobre en un pueblo casi irreal; pero al menos era libre como las golondrinas, podía correr, saltar, bañarse en el mar, comer quisquillas crudas, y soñar despierta, horas y horas interminables, inventando historias, esperando su príncipe azul. ¿Sería Carlos? Estaba dispuesta a intentarlo. "Sé valiente, Enma ----se decía----, ha llegado el momento de llevar a cabo el último sacrificio".

Enma entró en la sala sin hacer ruido. Tirolés notó su presencia y, desde la oscuridad casi total, le clavó la mirada, ladina y cruel, hasta que Enma no pudo aguantar más y humilló los ojos, los preciosos ojos de caramelo.

----¿Dormías? ----preguntó Tirolés, en tono grave e íntimo.

----Estaba despierta hace rato ----contestó----. ¿Qué quieres?

Enma no se atrevía a mentirle. De hecho, nunca lo hizo y, para

Tirolés, fidelidad tan extrema convertía a Enma en un preciado tesoro, en alguien insustituible. ¿Dónde encontraría una mujer igual? Lo sabía y, sin embargo, había notado algo, una grieta con la que no contaba y que podía agrandarse cada vez más, hasta acabar desmoronando el bello edificio de mansedumbre que había levantado en torno a su persona. De la calle llegó el sonido de unas pisadas. Era el sonido de unos zapatos de tacón, aproximándose a la puerta. Tirolés hizo una seña a Enma para que abriera. Enma dudó.

----¡Abre la puerta! Es Helena, no temas. ¡Venga ya, date prisa!

Enma deslizó los pies hacia la puerta de la calle. Una mujer elegante, vestida con falda y blusa oscura, esbelta, de melena corta y pelo castaño, quedó con los ensortijados nudillos en el aire. Miró a Enma con cara de sorpresa. Hizo una O con los finos labios, gesto que a Enma le pareció de mujer insolente. Se fijó en los ojos de la recién llegada y descubrió, aterrada, que tenían exactamente el mismo brillo perverso que Tirolés, salvo que más vivo, con un punto de sutil capacidad para el engatusamiento. En definitiva: eran los ojos de Tirolés en femenino, gatunos, fríos y enigmáticos.

----¡Querida sobrina!... ¡Cuánto tiempo sin verte! ----Tirolés hacía aspavientos invitando a pasar a la recién llegada---- Déjame que te vea... ----Tío y sobrina se miraron largamente, reconociendo la sangre compartida, intercambiando miradas que para Enma

eran extrañamente pueriles----... Por lo que veo, y a juzgar por tu aspecto, no has malgastado tu ingenio.

La mujer permaneció de pie, escudriñando a su alrededor con cierto desgaire, erguida sobre los altos tacones de sus zapatos.

----Parece mentira, tío, que aún sigas viviendo así.

----No será por mucho tiempo, bonita.

----Por eso he venido. Recibí tu mensaje; parece que por fin te traes entre manos algo que merece la pena. En tu carta...

Helena se había por fin percatado de la presencia de Enma, que la miraba con auténtico odio. Levantó una ceja a su tío, al tiempo que extendía el brazo, apuntándola con una larga uña esmaltada, la palma hacia arriba, en un gesto despectivo.

----Puedes hablar ----rió Tirolés----. Enma se ha criado conmigo.

A Enma no le gustaba nada los aires de aquella mujer, la manera en que le señaló, como si estuviera en presencia de un rinoceronte o algo peor. En realidad, no se gustaba a sí misma.

----Siéntate, Helena; mientras Enma despierta a Pedro, te iré poniendo al corriente de los detalles.

Tirolés hizo un gesto, y Enma salió rápidamente de la sala.

----¡Oh! ¡Helena, estás preciosa! No sabes cuánto me alegra recibirte... ----Cuando el viejo vio que Enma atravesaba el dintel de la puerta, se acercó al oído de Helena para hablarle confidencialmente:

----No quería que sospechara ----susurró----, pero has de saber, que desde hace unos días, mi Enma ya no es la misma. Hay que actuar deprisa. El viernes, Amado, el sucio traidor, espera el matalotaje, como todos los meses. Pedro te acompañará. La manera de llegar al faro lo dejo a tu elección. Aunque Pedro es un poco torpe, te protegerá en caso de que tengas algún problema. Cuando acabéis la faena, os reuniréis conmigo en la casa en ruinas, en las marismas. Pedro la conoce, él te indicará cómo llegar. Yo os estaré esperando.

Helena respiraba agitada, relamiéndose con el sólo pensamiento de tener el botín en sus manos.

----¿Te ha quedado todo claro?

----Sí tío ----quedó pensativa, antes de añadir----. Solo tengo una pregunta…

Balaguer parecía adivinarla el pensamiento, se reconocía en su sobrina. Se acercó a Helena y, escupiendo las palabras, dijo:

----¡Mátalo! ¡Mata a Amado Gutiérrez! Hazlo por mí, por la familia. Es el mejor regalo que podrías hacerme.

----No, tío, no es eso ----dijo----. Es que no entiendo por qué no vas tú en persona. ¿No te seduce la idea de ajustar cuentas con el hombre que te burló?

----No comprendes nada. Si *El Nervios* me ve, es capaz de irse a la tumba con su secreto. Ganas no me faltan, créeme… Pero hazme

caso: es mejor que vayáis Pedro y tú.

Helena clavó sus enigmáticos ojos grises en los de su tío, sintiéndose extremadamente fuerte. Balaguer la cogió por las muñecas con tanta fuerza, que tuvo que morderse los labios para soportar el dolor. Cuando cesó la presión, Helena enseñó los dientes, pequeños, blancos y afilados, al sonreír a su pariente. Helena poseía una extraña belleza, mezcla de fragilidad y misterio. La codicia que emanaba de sus ojos contradecía el semblante vulnerable de su cuerpo delgado. Se quedaron mirando, frente a frente, tío y sobrina, durante un rato largo.

Enma, que había ido a buscar a Pedro, entró con él en la sala. Tirolés quería quedarse con Helena el resto de la mañana para ultimar detalles y para ponerla en antecedentes: no quería ocultarla que llevaban un crimen a sus espaldas, que un detective andaba rondando y que, la policía de Emeteria, por muy incompetente que fuera, andaba también revolucionada. Alzó la cabeza de la mesa donde charlaba animosamente con su sobrina y se dirigió a Enma:

----¡Enma, querida! Como ves, tenemos una invitada muy especial ----Enma miró hacia Helena, que no se dignó a devolverle la mirada, y se atusaba el pelo haciendo tintinear las pulseras que adornaban sus brazos----. Acércate al mercado y trae todo lo que puedas afanar. Tu ya sabes cómo ----Tirolés le guiñó el ojo. Enma

agradeció el gesto de complicidad, sin embargo, se sentía incómoda: una irreprimible oleada de celos había arremetido contra ella desde el mismo momento en que aquella chica atravesó el umbral de la puerta. Daría lo que fuera por verla desaparecer. De todas formas, sus celos le parecieron ridículos; así pues, hizo todo lo posible por disimular sus sentimientos, dio media vuelta y entró en su habitación. A un lado del camastro, apoyado en el suelo, descansaba un bolso grande de lona, que le servía en sus visitas al mercado para guardar la mercancía birlada. Iba a salir otra vez, cuando la tarjeta de Carlos, colocada encima de la mesilla de noche, pareció llamarla. La tomó, y la guardó en los vaqueros, holgados, de bajos gastados de tanto pisárselos. Casi se muere de vergüenza al pensar que Helena no podía dejar de verla salir a la calle con esa facha, con esa camisa de leñador, de cuadros rojos y blancos. Se miró al espejo y se puso a llorar, calladamente. Entonces, le dio por prevenir un chequeo de Tirolés antes de salir. No sería la primera vez... Cogió la tarjeta, memorizó el número de teléfono, y haciendo con ella una bola, se la tragó. Masticó la cartulina durante un rato, antes de engullirla del todo.

Se despidió de Tirolés, atropelladamente, sin parar mientes en la sobrina. Al abrirse la puerta, un chorro de luz invernal seguido de una ráfaga de aire frío inundó la lúgubre guarida. Cuando cerró la puerta, tío y sobrina se miraron. Tirolés llamó a Pedro. Cuando

Pedro apareció, mostraba síntomas de haberse cogido, para variar, una buena curda el día anterior. El pelo se le pegaba a la cara, tenía los párpados pegados por las legañas, y sufría un resquemor en la garganta que le hizo ir de cabeza hacia una botella de agua fresca. Bebía a gollete, cuando oyó las órdenes de Tirolés:

----¡Síguela! ----le dijo----¡Por Dios Santo, Pedro, síguela sin que te vea! ¿Entiendes? Espero equivocarme, porque si no... ----A Balaguer se le salieron los ojos de las órbitas, alzó los brazos al cielo, con los puños apretados, terriblemente irritado----... si no... ¡Juro que la mataré con mis propias manos!

Cerró los ojos, y agachó la cabeza; Tirolés sufría, en lo más hondo, pues adivinaba la traición de su valiosa Enma, y aquello era algo que no sólo no podía admitir, sino que su orgullo no podía soportar.

26

Tras un breve trayecto por callejuelas tranquilas, llegó a la altura del mercado central, situado en una plaza abierta, en cuyo costado, discurría una graciosa cuesta en curva. Enma se colocó en un lugar estratégico desde el cual podía observar a su antojo las evoluciones del dependiente de la panadería donde solía desayunar gratis. Las campanas de una iglesia dieron la una de la tarde. Aquella soleada mañana de Navidad, y a esta hora, señoras y chicuelos entraban en tropel, en busca de la barra de pan. Cuando Enma vio que la tienda estaba llena, entró, buscó un hueco a la derecha, donde, apoyados en unas baldas, sabía que encontraría los pasteles precintados. Alargó el brazo y cogió uno; nadie se había dado cuenta; el atareado tendero seguía dando turno a las señoras que pretendían colarse unas a otras por el mero afán de chinchar al vecino. Abrió el bolso de lona y fue introduciendo los pasteles a toda prisa. Cerró el bolso y comenzó una escenificación que le gustaba mucho hacer: simuló sufrir un repentino desfallecimiento, diciendo estar de cinco meses. Le gustaba hacer muecas, mover los brazos y despatarrase sobre alguna cliente, para dar verosimilitud a su pantomima. Muy interesadas unas mujeres la acompañaron hasta la puerta. Una

vez allí, Enma les dio las gracias, y les pidió que la dejaran sola, bajo la presión de volver a caer en otro desvanecimiento si no tomaba un poco el aire. Todo había salido a las mil maravillas. De pronto, Enma vio que un chico de piel oscura, con un paquete de clínex en la mano, la observaba con gesto burlón.

----Pero Enma, se te nota a la legua ----dijo Ahmed, pues de él se trataba----. No sé cómo no te han pillado todavía.

Ahmed la miraba con sus grandes ojos despiertos.

----Te he visto coger los pasteles. O me das uno, o me pongo a gritar... ----y abrió los labios para decir:

----¡Al ladr...! ----pero Enma no le dejó terminar; le puso una mano en la boca mientras con la otra le cogía por la garganta.

----Tú te vas a quedar más callado que una tumba, moreno, si no quieres que te retuerza el pescuezo ----Ahmed, de puntillas para recibir algo de oxígeno, hizo un gesto afirmativo con su pequeña y redonda cabeza, en la que el pelo se le enredaba en diminutos caracoles negros----. Mira, truhán ----añadió----, aquí tienes tu pastel. Y ahora ¡aire!. Echa a volar por ahí, que no quiero verte en lo que queda de día. ¡Chantajista!

----Gracias, Enma ----canturreó Ahmed, mientras metía el pastel en un chubasquero con bolsillo de canguro; y desapareció, circulando entre las piernas de la masa de gente que acudía al mercado. Enma lo buscó con la vista y lo encontró, sonriendo

hacia ella, desde el lado opuesto de la plaza.

Enma entró una cabina de teléfonos libre. Allí podría comer los pasteles a gusto. Masticando uno de color rosa, con nata y bizcocho por dentro estaba, cuando en su mente se proyectó el número de teléfono de Carlos Postigo . No sabía muy bien lo que iba a decirle, nada andaba claro en su cabeza, pero un impulso irracional accionó su brazo. Cogió el auricular y marcó.

Carlos, sentado en el escritorio, tenía las ventanas de la calle rotas, desde la visita de Tirolés y Bronco el día anterior. Se lo pensó mucho antes de volver a su casa, pero finalmente decidió volver a subir los noventa y cuatro escalones. ¡Qué demonios, era su casa, no iba a quedarse a dormir en un hostal! Cuando llegó, los truhanes le habían destrozado la cristalería y se habían llevado la cubertería y los demás objetos de plata. Las marinas de la abuela Mercedes estaban rajadas en diagonal. Miró a ver si le habían también arrancado el teléfono, pero no fue así, estaba intacto. Al parecer les debió entrar las prisas, porque la buhardilla estaba igual que la dejó.

Hoy, llevaba toda la mañana haciendo gestiones con las comisarías de toda la provincia sin obtener resultado. Cuando no le respondían a ladridos practicaban los monosílabos y los sonidos guturales; era como para tirar la toalla. En los periódicos del día,

se hablaba del asesinato en el parque de Jado, de la trayectoria del historiador muerto, de sus muchos méritos, y ya por fin se hablaba de Tirolés y el indio Pedro como principales sospechosos. Menos mal, algo se había avanzado. Después de leer los periódicos, y desde hacía un rato, Carlos se había puesto a hojear la libreta de lomos azul eléctrico del infortunado historiador. No buscaba nada en especial, se dejaba guiar por la intuición. Las notas sobre el incendio se sucedían, unas a mano, escritas de puño y letra por el pobre Octavio. Otras eran trozos de periódico fotocopiados, con noticias sobre el mismo asunto. En los márgenes de las hojas, Octavio escribía versos, poemas en endecasílabos, algunas décimas y otros poemillas. Carlos iba pasando las hojas, adormilado por la brisa marina que entraba por lo que quedaba de ventana. Encendió un cigarrillo, lo dejó en un cenicero de madera y, cuando se disponía a pasar de página, encontró una noticia extraña. Se trataba de un recorte de periódico sobre el incendio, como todo lo que le interesaba al historiador para su trabajo. Pero en un fragmento, inmediatamente inferior, venía una noticia que le hizo estremecer:

El hospital psiquiátrico de La Bien Aparecida se hará cargo del cuidado y el tratamiento, a fin de poderlo reinsertar en la sociedad, del violador que hace dos semanas escandalizó a la opinión pública

tras ser hallado en su vivienda de la calle Valliciergo el cadáver de un menor de edad, Isaak Fritz, violado y descuartizado con un cuchillo cebollero. El crimen se produjo, como recordaran los lectores, tras meses de visitas por parte de Isaak al domicilio del violador, quien le impartía gratuitamente clases de pintura, según testificaron sus padres. Amado Gutiérrez será tratado de un serio trastorno en el citado hospital, a donde será llevado desde las dependencias judiciales donde ha sido retenido durante el desarrollo del juicio.

Helado se quedó al identificar al torrero, Feliciano o lo que es lo mismo, Amado Gutiérrez, *El Nervios*, en este recorte de prensa. Comenzó a dar vueltas por el salón, nervioso, llevándose las manos a la cabeza. "¡Ezequiel corre peligro! ----pensó---- ¡El farero y el chico, solos! Teresa no debe saber nada... Si se lo digo, se me muere del disgusto. He de ir ya mismo, sin pérdida de tiempo, cuando consiga colaboración de una maldita vez"

¡Riing! En ese momento sonó el timbre del teléfono. Subió las escaleras. En el fuego, regurgitaba el café recalentado en una cazuela. Lo apagó y fue derecho hacia el teléfono:

----Dígame.

Al otro lado, oyó una respiración. Nadie hablaba. Era Enma, dudando, sin saber muy bien la importancia del paso que acababa de dar.

----Diga, ¿quién es?

----Carlos...

----¿Enma? ¿Eres tu? ----Postigo estaba sorprendido, sin embargo, íntimamente, esperaba esta llamada, la deseaba, sabía que debía ayudarla. Por fin había dado el paso. Debía tranquilizarla, tratarla con mimo; en cualquier momento podía volver a marcharse y entonces, ya no habría solución para ella.

----Carlos... necesito verte a solas ----la voz le temblaba; en articular estas palabras tardó un rato largo. Postigo se dio cuenta, e intento ponérselo fácil.

----Vamos a hacer una cosa, Enma. Yo salgo ahora mismo de mi casa y nos encontramos en la iglesia de *El Carmen*, al final de la calle Santa Lucía. ¿ Tardarás?

----No... estoy cerca.

----Perfecto, Enma. Sé valiente, lo más difícil ya lo has hecho. Mira, cuando llegues a la iglesia, entras y, frente al altar, a la izquierda, verás una capilla lateral, con unos bancos. Tú te sientas y me esperas quietecita, ¿vale?.

Enma colgó. Postigo estaba seguro de que Enma había recogido el mensaje. Se vistió a toda prisa, guardó la libreta en el bolsillo, y bajó los noventa y cuatro escalones.

Carlos recorrió el trayecto con pasos presurosos. La iglesia de *El Carmen*, situada en Santa Lucía, ocupaba un lugar recoleto, en

lo alto y, el estar escondida entre edificios y calles angostas, entonaba con el estilo neogótico, fantasmal, de la fachada oscura, que invitaba a entrar y a temer no volver a salir nunca, como buque maldito perdido en el vasto océano. Subió la escalinata, atravesó el sencillo pórtico, y entró. Los bancos estaban desiertos. Trastabilló, y el eco del pie en la madera se extendió por todo el templo. Hubo un tiempo pasado, en que Carlos, hubiera sentido una alteración emocional, una fatiga abigarrada, al enfrentarse con el olor de la vela quemada, con los haces de luz colándose por las vidrieras laterales, con el agua bendita de la pila de piedra. Mientras intentaba asimilar éstos estímulos, una mujer había ido acercándose hasta su banco con tal sigilo que, al sentarse a su lado, no pudo evitar un leve respingo. Era Enma, que lo miraba; Carlos notó que a la mínima podía dar media vuelta y largarse, por lo que la cogió una de las manos y presionó, en un intento desesperado de transmisión de fuerza.

----Me siguen ----pudo decir Enma, con lágrimas en los ojos----, lo sé, estoy segura. Hoy tuvimos visita, una visita increíble. Se trata de la sobrina de Tirolés ----Carlos la miró sorprendido----. Eso me ha convencido a venir. Va a ocurrir una desgracia, y sólo tú puedes evitarlo.

Carlos selló los labios de Enma. Le pareció haber oído un crujido en la puerta de salida. Alguien podría oír. De la mano, se la llevó a

la capilla lateral donde, en principio, habían quedado en encontrarse. Allí, unos cirios que se encendían tras el pago de una limosna, iluminaban la verja de hierro. Detrás, un reclinatorio y ante él, un fresco de la virgen, de fondo rojo, vestida en sedas azules y blancas, con el rostro plácido, ligeramente inclinado, los brazos caídos y extendidos y las palmas abiertas. A Enma ese gesto venía a decirle que se decidiera, que no hay destino prefijado, que era libre y, ahora, tenía la responsabilidad de decidir, porque era su vida y la de nadie más, lo que estaba en juego. Dos estatuas de ángeles custodios alargaban un brazo hacia la virgen.

----¡Habla ahora! ¡Habla, y no pares hasta haber terminado del todo! ----pidió el detective----. Luego, toma la puerta que hay detrás de la sacristía. Yo saldré, por ver si es cierto que te siguen, y me reencontraré contigo. ¿De acuerdo?

----La muchacha levantó los ojos hacia la virgen, y comenzó a contar de manera deslavazada lo que sabía:

La sobrina de Tirolés recibió una carta en la que se le ponía al corriente de todo el asunto. Tirolés no estaba dispuesto a dar la cara. Tal vez temía enfrentarse a su antiguo socio. Helena, la sobrina de Tirolés, se encontraría con Pedro y, juntos, llegarían hasta el faro, cogerían el dinero, el oro y las piedras, y se reunirían todos en la casa de las marismas, como la llamaba el viejo, en Patraña. Enma, no sabía si decírselo... Al final se decidió:

----Carlos, Tirolés le ha pedido a su sobrina que mate al farero. ¡Van a matarle, y tal vez maten al chico también! Y piensan hacerlo mañana a primera hora...

Enma rompió en sollozos, era la primera vez que se atrevía a utilizar su voluntad en contra del tirano desde hacía años. Temblaba como una hoja.

----Bueno, Enma, ya está. Ya pasó todo ----la abrazó por los hombros y la apretó para sí----. Ahora, vete, haz lo que te dije.

Enma subió al altar mayor y, sigilosa, desapareció por la puerta de acceso a la sacristía. Postigo se levantó sin perder tiempo; estaba preocupado. No veía a Enma muy convencida de seguirle, la veía tan confusa que se podía esperar de ella cualquier reacción. Entonces, un rostro moreno, de pelo negro, y unos dedos largos, manchados de nicotina, aparecieron fugazmente, pegados al marco de la puerta de salida. Postigo intentó ocultarse pero, estando como estaba el templo vacío, era vano cualquier intento a este respecto. Corrió rápidamente hacia la puerta, la atravesó y la luz de la mañana invernal le dio de golpe en la cara. Se hizo visera con la mano y miró a uno y otro lado de la balaustrada, sin encontrar a quien creía haber visto, que no era otro que el indio Pedro: esa lagartija escurridiza, con la que aún no se había topado cara a cara. Las gentes iban y venían ajenos a la intriga, ocupados en saludarse, en mirarse.

Carlos tuvo un presentimiento, y lo que le decía la boca del estómago no le gustó una pizca. Corrió, atravesando los muros de la iglesia, y llegó, jadeante, a la parte trasera, correspondiente al ábside. Por desgracia, el presentimiento era cierto: En el alcorque de un árbol seco, sin hojas, sobre la superficie llena de colillas de agua estancada, flotaba la camisa de cuadros, blancos y rojos, de Enma.

27

En el interior de las dependencias policiales, Agustín, sentado en su silla frente al escritorio, tecleaba con dedos saltarines en la vieja máquina. Tomaba declaración al pequeño Ahmed que, de pie, mirándose los zapatos, se rascaba las muñecas doloridas por las esposas.

----¿Nombre? ----preguntó Agustín, llevándose un dedo a las gafas, pues siendo como era platirrino, su nariz recordaba una rampa de slalom gigante.

----Ahmed.

----Ese no es un nombre cristiano, pregunto tu nombre real, el que te dio tu madre al nacer ----el niño dudó.

----Alí Ahmed, señor; para servir a Mahoma. Ese es mi nombre completo que no tiene deuda ninguna con Cristo... ----iba a seguir, pero los ojos del policía Agustín se clavaron en los suyos, y esto le dio una idea.

----¿Pero qué nombre es ese, mamón? ----exclamó Agustín----. A ver, listo, que eres un listo, dime de corrido dónde naciste, cómo llegaste a Emeteria, por qué no tienes papeles ni domicilio ni parientes ni nada ----Ahmed lo dejaba hablar; mientras tanto, apretaba los párpados, y miraba en su interior, para buscar

dentro la fuerza necesaria con que llevar a cabo un rito que aprendiera casi al nacer.

Ahmed, lejos de contestarle, hizo brillar sus enormes y despiertos ojos verdes, donde podía verse la jungla de su país natal, un vergel florido de lianas y papagayos, pasar fugazmente por sus pupilas, las cuales incrementaban su dilatación lentamente. Cuando la dilatación alcanzó el momento álgido, hizo rotar los globos oculares, que dibujaron una espiral, y las ondas hipnóticas alcanzaron al policía Agustín de pleno. Éste seguía el interrogatorio de la siguiente forma:

----Veamos: ¿Porqué robaste el bolso a aquella joven?, ¿Eh? Es que... ¿Qué me pasa?... Me mareo... no te han enseñado---- continuó---- que eso no se debe... Me voy a dormir, me duermo... las llaves de las esposas... liberarte... sí, sí, voy a ello.

Agustín puso las manos al frente, sonámbulo, cogió el manojo de llaves y liberó al muchacho. Aquel truco, a Ahmed, le venía de antiguo: era capaz de hipnotizar tigres, boas... La debilitada voluntad del agente era pan comido para su arte milenario.

----¡Te voy a liberar!... ¡Oh, sí! ----gritaba, eufórico, ante la risa del pequeño---- Y luego, ¡Sí, lo haré, subiré a la pared y haré el pino, sí, sí!... ¡Hasta la puesta de sol!.

Ahmed, libre, no se privó de lanzarle un puntapié en el trasero y, medio descoyuntado de risa, salió pitando de la comisaría, muy a

su pesar, pues el espectáculo de ver a Agustín patas arriba era, en verdad, tentador; pero le bastaba imaginárselo, y no podía correr el riesgo de que le volvieran a capturar. Mientras, Agustín había seguido a rajatabla las órdenes del chico y, tras darse impulso, elevó las dos piernas, las apoyó en la pared, y allí se quedó, con los calcetines al aire, tocando con los talones el retrato del Alcalde de Emeteria, lleno de medallones, en postura heráldica, de medio perfil.

Al rato entró el sargento Carrascosa, que venía de tomarse un carajillo en el café *El Suizo*. Al ver a su subordinado de esta guisa, se frotó los ojos para cerciorarse de que era cierto lo que veía, y, de inmediato, soltó un alarido:

----¡Agustín! ¡Berza cocida de hombre! ¡Baje usted de ahí ahora mismo!

El grito se llevó la hipnosis por delante. Agustín se derrumbó y, por culpa de la caída, se hizo un chichón prominente en la coronilla. Tan alelado estaba que no hubo forma humana de hacerle explicar su estrambótica actitud.

Agustín se rascó la cabeza, escanciándose las ideas, como decía su superior; se hacía tarde, era hora de irse a dormir. Carrascosa le iba a mandar a casa, para que descansara, cuando sonó el timbre del viejo teléfono:

----Comisaría de la Porticada al habla.

----¿Policía? Mire, le llamamos desde el faro de Cabo Mayor. Si, soy Manolo, el dueño de la cafetería. Resulta que unos turistas alojados en el camping, estaban haciendo fotos a la costa, aprovechando la puesta de sol, cuando, entre las rocas, han encontrado el cuerpo despeñado de una mujer.

----¿Otra suicida? ----preguntó el sargento, harto de que eligieran ese lugar para quitarse la vida.

----No señor, ya sabe que cuando alguno se tira, dejo todo y doy el aviso. El cadáver ha debido ser arrastrado hasta aquí por la marea. Yo, ayer noche, como siempre, eché la verja, por lo que nadie pudo subir hasta el faro; y hoy, todo ha estado la mar de tranquilo, hasta ahora... ----del auricular llegaban voces histéricas---- ¿Oiga? Vengan pronto, estos extranjeros gritan como energúmenos, no hay quien les entienda.

----Descuide, ya mismo vamos para allá. Gracias, Manolo. ¿Qué tal tu mujer?

----Qué te voy a contar que no sepas: Donde hay patrón, no manda marinero. Dense prisa.

El sargento Carrascosa resopló malhumorado.

----¡Agustín! Vamos de paseo, majo; ya me contarás luego de dónde te viene esa afición al yoga.

Agustín entró en el coche celular, preguntándose:

----¿Qué me ha pasado? ----seguía sin acordarse de nada: una

lisa y plana laguna en su cerebro.

Carrascosa encendió un habano.

----Dirígete al faro de Cabo Mayor. Ya he avisado a la patrulla del Jardinero; tenemos que sacar un fiambre del agua. ¡El segundo fiambre en lo que va de semana! ¡Vaya unas fiestas de Navidad! ¡Qué cruz!... ¡Qué vida esta!...Pero arranca ya, ¡coño!, que parece que te ha picado el mosquito anofeles.

----Oiga, mi sargento, sin insultar----dijo Agustín, sin demasiada convicción; y pisó el acelerador a fondo.

28

Carlos aparcó el coche al pie del imponente faro de Cabo Mayor. Acababa de recibir la noticia. La barandilla azul con vistas al mar estaba desierta. Aunque el sol declinaba tiñendo el cielo de naranjas y rosas, nadie miraba. En torno al cadáver, todos los curiosos metían la nariz, apiñados en círculo. La sirena de una ambulancia sonó lejana, y fue lentamente acrecentando su turbadora presencia. Prolongaba el momento de toparse con el rostro de la víctima; no quería mirar y, sin embargo, debía hacerlo. Exhaló el aire contenido en los pulmones y se abrió paso. Si, allí estaba, semidesnuda, sin la camisa a cuadros. Se acercó, tenía el pelo pegado a la cara, y unas marcas profundas en el cuello. Acarició la mejilla yerta, fría, con la punta de los dedos. Luego, fue por una manta y la tapó. La ambulancia llegó, y dos camilleros levantaron el cuerpo y lo introdujeron en el vehículo. Al rato sonó otra sirena: era la policía. Carrascosa y el acólito Agustín salieron, con gesto muy estudiado y teatral. Carlos andaba despacio, mirando al suelo, pues no contaba con que le afectara tanto. Se atusó el cabello al cruzarse con los policías. Levantó luego unos segundos los ojos al cielo, miró el mar lejano y dijo:

----La han asesinado. Estrangulada.

Al sargento no pareció afectarle en exceso esta noticia.

----¡Otra vez! Postigo , amigo mío, tiene usted el don de la oportunidad; ¿qué ha ocurrido? No me diga que tampoco sabe nada ----el detective no contestó.

----Mire ----continuó----, en esta ciudad está de más, se lo aseguro; ¿por qué no se marcha?

Postigo sintió nauseas. Carrascosa emanaba un efluvio ácido y dulzón. Se volvió hacia los agentes:

----¿Sabes lo que pienso de ti, Carrascosa?

----¿Qué?

----Que eres un gaznápiro, un fullero y un gandul.

----¡Jefe! ----dijo Agustín----¡Vaya julepe que nos ha caído encima! Pero, ¿es que no piensa contestarle?

Carrascosa se rascó la barriga antes de decir:

----Queda arrestado por desacato a la autoridad y por injuriar a las fuerzas del orden. Esta noche, duermes en el cuartelillo, como que me llamo Vicente.

Postigo oía esto de espaldas, mientras se dirigía hacia su coche. Sabía que no iban a cumplir su amenaza, y ya nada le retenía allí. Antes de cerrar la puerta, y poner el motor en marcha, les hizo un saludo, con la palma de la mano extendida a la altura de la sien. Giró el volante, hizo chirriar los neumáticos, dio un trompo, y bajó la carretera, flanqueada por eucaliptos y pinares.

Atravesó el parque de Matapeñas, jugándose la vida en las curvas. El coche vibraba, debido a la inusitada velocidad; Postigo agarraba con las dos manos el volante. Enma era una chica débil e inocente… "¿Por qué no tuvo fuerzas para huir? ¿Por qué?", se repetía. No merecía morir así.

Condujo por la ciudad como un autómata, totalmente ido. A cada esquina con la que se topaba, le contestaba con un volantazo, a un tris de estrellarse contra las señales de tráfico. Un coche se cruzó en su camino, perdió el control del vehículo, frenó, las ruedas traseras patinaron y, el capó, chocó estruendosamente contra un bidón de la basura. Del motor empezó a salir humo. El 132 agonizaba. Carlos, inmóvil, no pensaba en nada, no quería saber nada. Necesitaba tomar un trago, dejar que una nube de alcohol anegara su memoria e hiciera *tabula rasa*. Era la única forma efectiva que conocía para soportar el dolor.

Sí, necesitaba un trago, o tal vez varios. Gritó, sin saber muy bien para qué. Alguna silueta aparecía entre visillos detrás de las ventanas y volvía a ocultarse. Silencio. Era jueves, 26 de diciembre de 1981. Emeteria seguía durmiendo. Miró el reloj: las manecillas se acercaban a las ocho de la tarde. Subió calles desiertas con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, mirando el asfalto. Sacó un cigarrillo, lo encendió, y siguió andando, solo. Silbó una de sus canciones preferidas, titulada *Martha*. El primer acorde y el último

de aquella canción perfecta, circular, despertaban en su cerebro una zona, por lo regular, inactiva; sentía la melodía en sus labios como un bálsamo en los momentos tristes. Y se acordó de Luciano, el hombre que dos mil años antes se bañaba en las aguas de la ironía, riéndose de la gran farsa de la existencia: sueños rotos, sueños burlones, que empañan la visión de la negra compañera de viaje. Sí, definitivamente, en noches como esta, hacían falta muchos tragos, muchos.

Un callejón le llevó hasta el Río de la Pila. La música salía hasta la calle desde los bares y pubs. Subió, golpeándose a su paso con la chiquillada, que iniciaba entre risas y gritos la noche del jueves. Las tripas le recordaron que llevaba todo el día sin comer; no tenía apetito. Siguió subiendo la cuesta, más pronunciada en el último tramo. El *Drink* estaba abierto. Entró. Detrás de la barra, una camarera rubia teñida, le sirvió el whisky que pedía. Carlos se fijó en un corte que mostraba en una de sus muñecas. Acodado en la barra, sobre un taburete, le preguntó:

----¿Qué te ha pasado? ¿Te has cortado las venas, hija?

La chica, lo miró sorprendida. Echó un vistazo al fondo del local, donde unos chicos de largas patillas y brillantina en el pelo liaban un cigarro, siguiendo el ritmo de la música, con las piernas embutidas en apretados pantalones de pitillo.

----Será mejor que no me des cancha, amigo ----le contestó----.

Mi novio es terriblemente celoso. Fue él quien me hizo esto, para sellar nuestro lío.

----¿Quién de ellos es? ----preguntó, intrigado.

----Aquel ----dijo, señalando con la vista a un chico guapetón, que parecía tener a raya al resto del grupo.

----No está mal. ¿Y se porta bien contigo?

La chica se rió. Volvió a llenar el vaso de Carlos.

----No sé a qué te refieres... Llevamos poco tiempo, pero estoy encantada ----le dijo, confidencialmente---- y, además, no voy a entrar en detalles, pero...

La chica fue a cambiar el disco. Por los altavoces salió una música metálica, rota, nerviosa. A mitad de canción, el ritmo se encabritó, y comenzó furioso a cabalgar sobre la distorsionada guitarra. Postigo pidió otro; estaba bebiendo muy deprisa; el bar, decorado con gramófonos antiguos, comenzó a desenfocarse ligeramente. Los gramófonos le parecieron grandes campanillas o gigantescos caracoles. Las baldosas negras y blancas del suelo, ya de por sí desniveladas, le recordaron las vencidas fachadas de los edificios en los canales de Ámsterdam. Todo iba inclinándose, hasta unos de sus codos y, cuando quiso darse cuenta, estaba caído en el suelo.

----Oye, ¿te encuentras bien? ----era la voz de la camarera. Postigo , en el suelo, la miraba atónito. Dejó que le ayudara a

levantarse.

----No es nada... Anda, dime que te debo.

----Pues quinientas, por ser tu. ¿En serio que estás bien?

----Voy a tomar el aire.

Carlos salió del bar, tropezándose con la gente que entraba en ese momento. Una vez fuera, comenzó a sentir cierta euforia. Las piernas, flojas, le trastabillaban cada dos pasos. Veía a los chicos y chicas subir, metidos en abrigos y anoraks, con gorros de papá Noel en la cabeza, algunos con caretas y matasuegras. Torció a la izquierda, y se introdujo de nuevo por el callejón solitario. Esta soledad cobraba para él un brillo especial a causa del whisky. Era difícil de explicar pero el hecho de deambular solo le resultaba embriagador, místico. El mismo paseo se volvía su cómplice, y una cierta forma de consciente sonambulismo le empujaba a subir por el callejón como un vagabundo, sin rumbo. El resplandor de las farolas le daba de lleno en la cara. Una sonrisa plácida asomó a su rostro. El cielo en la noche, sin nubes, estaba plagado de estrellas. Se sentó en el peldaño de un portal, para verlas mejor, e Carlos se puso a hablarlas, y creyó distinguir, en el destello rojizo de una de ellas, una respuesta. Luego, se puso a silbar, imitando el canto de los gorriones. De un jardín cercano llegó el silbo de un gorrión; a éste siguieron otros, y otros más, hasta que el jolgorio empezó a llamar la atención de los vecinos. La orgía de trinos continuó,

hasta que a Carlos se le llenaron los ojos de lágrimas. De pronto, calló, con la cabeza apoyada en las rodillas, hundida entre los hombros, profundamente dormido.

29

El mar permanecía en calma cuando la barca zarpó rumbo a Reseña. Las elegantes fachadas de los edificios, enfilados a lo largo del paseo marítimo, menguaban a medida que la barca iba alejándose del puerto. El barquero hizo sonar la bocina ronca para avisar a los pescadores que, como de la nada, aparecían en medio del mar de entre las brumas. Carlos se dio calor en las manos echándolas vaho y frotándolas enérgicamente. La cubierta del barco estaba casi desierta: apenas si le acompañaban algunos hombres de pantalón de tergal y gruesos jerséis de lana, sentados en madrugador silencio. Estos hombres dejaban Emeteria de madrugada, aquel viernes del mes de diciembre, para dirigirse a su puesto de trabajo, pues no descansaban, salvo los días de fiesta. La mayoría de ellos dormitaban durante el trayecto, o miraban las aguas con la mirada cansada. No se veía a un palmo, tan espesa era la niebla. El verdoso cristal de la bahía, no aparecía por ningún lado. Lo más que dejaba ver el denso vapor de agua, era el tibio sol recién estrenado entrar furtivo, en tímidos rayos por entre la blanca pantalla lañosa. Carlos buscó refugio en las tripas del barco, a las que se accedía bajando unos escalones desde la

cubierta. Por los ojos de buey entraba una luz plateada, insuficiente para salvar la bodega de la penumbra. La vibración, y el ruido de los motores, hacía incómoda la travesía. Cuando los ojos se acostumbraron a la oscuridad, fingió descubrir que no iba solo. Sentada frente a él, vio a una mujer delgada, de ojos grises, chispeantes, mirarle fijamente a los ojos; llevaba un abrigo caro, gris oscuro, que le cubría hasta las rodillas. Echó un vistazo a las piernas, con medias negras, que terminaban en zapatos de tacón de aguja. Ella aguantó la inspección de que era objeto con una media sonrisa que nada delataba. Carlos se fijó en las muñecas delicadas, cubiertas de sortijas. Desde el primer momento supo que se trataba de Helena. Había pasado una hora haciendo llamadas a todas las comisarías de la provincia, sin obtener resultado, desde la cafetería más próxima al embarcadero. Cuando, al límite y para su sorpresa, por fin consiguió la colaboración de la comisaría de Najo, colgó el auricular precipitadamente: una joven acababa de cruzar la calle y compraba el ticket para la lancha. Era ella, no cabía duda. Y ahora la tenía justo enfrente. La elegante dama compañera de travesía sabía quién era él, podía leerlo en sus gatunos ojos expectantes. La serenidad que mostraba le desconcertó. Así, disimulando ambos no reconocerse, siguieron un rato en silencio, hasta que, finalmente, Helena rompió el hielo:

----Hace frío, ¿no es cierto? Puede que no haya escogido el mejor

día para ir de excursión.

Carlos la vio sacar un cigarrillo y acercó presto un mechero para darle lumbre.

----Tengo intención de conocer la Isla de Rouro. Me recomendaron esta excursión en la oficina de turismo.

----¿Es que usted no es de aquí? ----preguntó el detective.

----Bueno, tengo familia en Emeteria, pero llevo muchos años viajando por los cinco continentes.

----¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

----Si, claro que puede. Soy rentista, ¿sabe lo que significa?

----Creo que sí ----contestó Carlos. Helena echó la corta melena hacia atrás, algo relajada. Carlos era lo suficientemente atractivo como para no tener que convertir la pantomima que se traía entre manos en un aburrido trámite.

----Si quiere, puede pensar que soy una celebridad, y de alguna manera no andaría del todo desencaminado.

----¿Ah, no?

----Digamos que cabe esa posibilidad. Yo, por ejemplo, podría ser arqueóloga, o científica nuclear. Pero no le diré mi profesión verdadera; es más divertido dejar que sea usted quien lo adivine ----por el tono de las últimas palabras, Postigo temió que sacara un revolver y lo acribillara a balazos. Gracias a Dios no lo hizo, y siguió hablando----. Yo, en cambio, creo ser capaz de acertar con

usted a la primera.

----Pruebe ----Ante el reto de Postigo , Helena se llevó un dedo a los labios, y lo deslizó por ellos sensualmente.

----Es abogado. Estudió leyes, montó un bufete, todo parecía de color de rosa; conoció una chica, se enamoró, se casaron----Carlos tensó la mandíbula. No quería dejarla seguir por ese camino, pero no había manera de hacerla callar sin usar la violencia, y estaba seguro de que en uno de los bolsillos del abrigo escondía el arma----... Pero, amigo, ¡Ay!... Su esposa enfermó y murió. Su mundo se vino abajo, no supo que hacer, ni dónde ir. La rutina del trabajo le mataba, así que decidió hacerse detective. ¿Que tal lo he hecho?

Postigo , lívido, lleno de rabia, se contuvo del arrebatado impulso de abofetearla.

----Pero su esposa no enfermó así, sin más----Postigo apretó los puños----. No, ella era una chica sana, una montañesa fuerte... Pero usted fue matándola lentamente, envenenándola, un poquito todas las noches; se negó a que la vieran los médicos, los amigos, nadie. ¡Usted la mató! ----Postigo perdió los estribos, se levantó del asiento y le cruzó la cara de una bofetada. La chica había soltado toda la malicia heredada de su tío, pero era aún más retorcida. El guantazo la había dejado muda. La mujer se tapó el rostro con las manos, dejando ver sólo los ojos, que siguieron mirándole con brillo lunático el resto del trayecto.

Postigo sacó del bolsillo de la chaqueta una botella plana de whisky de medio litro. Dio un trago y le ofreció probar a su acompañante, que no movió ni un músculo.

----¿Sabía que un alcohólico nunca muere de frío? ----le dijo---- Puede pernoctar a la intemperie en mitad del invierno, en un bidón de la basura, con nieve hasta las rodillas, que seguirá vivo a la mañana siguiente ----La chica podía haberle disparado. Ahora le oía hablar, y pensaba porqué no lo hizo. La respuesta era que ese hombre le gustaba. Con eso sí que no había contado. Nadie, en toda su vida, la había maltratado sin recibir una terrible represalia. No en vano se enorgullecía de ser rencorosa. Pero Postigo la había tocado la cara, una bofetada fuerte además, de las que dejan la marca roja durante unas horas; y era incapaz de hacerle nada. Lo quería para sí. Confiaba en hacerse con el botín. Una vez en su poder, su tío podía esperarla sentado. Huiría con Carlos. Sería divertido... Sabría cómo engatusarlo, ningún hombre se le había resistido hasta ahora, no iba a ser ésta una excepción... Mientras se perdía en estos pensamientos, los motores de la barca hicieron un ruido sordo hasta pararse por completo.

----Escuche, parece que llegamos a Reseña ---- Helena asintió, se puso de pie y subió a cubierta. La barca se aproximaba en silencio al embarcadero, y el instante anterior al golpe contra el muro de la goma de proa se estiró, hasta el punto de provocarle a

Carlos una especie de vértigo en el estómago. Al darse el impacto, el vértigo cesó. Ayudó a la elegante dama a poner los pies en tierra firme, en un gesto de caballerosidad que la perversa Helena supo, sin embargo, apreciar. Salió el resto de pasajeros. La barca siguió su itinerario, a la playa de Como y vuelta a Reseña, para finalizar en Puerto Zagal. Carlos y Helena se quedaron solos.

----¿No pretenderá ir sola hasta la Isla? ----dijo Carlos, mirando hacia los bares cercanos.

----Pues no era esa mi intención ----de nuevo, Helena hablaba----. Un guía me espera, según concertamos, con una lancha rápida, en una de las riberas del río Cubas. Hacia allí he de dirigirme.

----Muy bien; entonces, no se hable más: Vamos.

----¿Cómo que vamos? ¿Qué ha querido decir con eso?

----Si me lo permite, me sentiría muy honrado de poder acompañarla ----añadió cambiando el tono. Helena no se negó; ni podía ni quería ni le daba la gana. Anduvieron, despacio, entre eucaliptos, por una carretera por la que circulaban coches en ambas direcciones. Abandonaron la carretera y, dejándose caer por prados de brañas, evitando el roce de las ortigas, llegaron hasta la ribera del río convenida. Helena metía los tacones de aguja en la tierra húmeda a cada paso, por lo que tenía que apoyarse constantemente en Carlos para no caer. No le hubiera importado, tan cerca como lo tenía, que la hubiera favorecido de alguna

manera. No se atrevió a pedírselo, por lo que todo quedó en fantasía, y siguieron bajando. Por fin divisaron, entre los arbustos, la lancha rápida. Carlos, esperando por fin encontrarse con el asesino de Octavio y de Enma, tragó saliva seca. Del cauce del río subía la niebla espesa. La figura del indio Pedro, fue tomando relieve paulatinamente. Helena iba delante y ya estaba al pie de la lancha. Carlos se protegió en la espalda de ella, con un indisimulado recelo hacia su adversario.

----¡Querido Pedro! ----saludó Helena a su compinche----. Veo que has madrugado, por una vez en tu vida.

Pedro, sonriente, con la camisa abierta y remangada, y el pantalón ceñido, miró rápidamente hacia Carlos y, doblando el torso, se concentró en accionar el motor. Carlos vio que del bolsillo trasero le sobresalía una navaja.

Subieron a la lancha y comenzaron a bajar por el río; el tramo hasta la desembocadura era tan escaso que pronto dejaron atrás la costa de Reseña y enfilaban rumbo a la isla. Helena hizo las presentaciones en una demostración de cinismo espectacular. Pedro sonrió, mirándole de soslayo, con ojos entreabiertos, sin decir palabra. El carácter relajado de Helena desconcertaba al detective; pero la concentración y el brazo tenso de Pedro, le daban, por su parte, muy mala espina. Postigo , en vista de que tenían unos diez minutos de travesía antes de llegar, sacó la

botellita de whisky, y les ofreció un trago. Ante su sorpresa, el indio Pedro le contestó con una sonrisa brutal, que cortaba en dos la tremenda cicatriz que le cruzaba la cara, y aceptó. Bebió un trago largo, y le lanzó la botella.

Se acercaban ya a su destino cuando, en las aguas que bañaban la roca, vieron anclados veleros y yates en un improvisado puerto, a resguardo del oleaje.

----¿Qué demonios es eso? ----indagó Postigo . Los perlados ojos de Helena brillaron al ver las velas nuevas, las jarcias blancas mecidas por el viento, de los barcos de estreno, que olían de lejos a opulencia. En mitad de un escollo, se abría una boca abovedada, a modo de entrada. Pero, ¿entrada a qué? Carlos miraba con incredulidad lo que estaba viendo. Hombres vestidos de blanco andaban atareados limpiando los barcos, acariciando el andarivel a su paso. Pedro hizo girar la lancha, para tomar la isla por la parte opuesta. La pregunta de Carlos quedó sin contestar. Ni Helena ni el indio dijeron nada. Al pasar a la otra parte, se encontraron con un cambio de viento, que embraveció el mar; las olas pegaban en la quilla y, la lancha, por momentos, parecía volar por los aires. Carlos contempló la belleza del faro, erguido sobre la roca.

Pedro llegó hasta el diminuto embarcadero al que había estado arribando desde hacía meses para llevarle las provisiones al viejo del faro. La gabarra no les acompañaba, pues su misión, este

aciago día, no era traer, sino llevarse, hasta el alma de alguno, si era preciso. El botín no pesaría tanto que no pudiera la lancha soportar el peso. Por descontado quedaba que el detective, si todo salía bien, no les acompañaría en el viaje de vuelta. Esto pensaba Pedro. Helena tenía otros planes: Sería ella la única que saldría con vida del faro, con el oro y todo lo demás. A Postigo le perdonaría la vida, tras unos días de diversión. Carlos, por su parte, temía por su pellejo, por el del anciano, y más temía por el pequeño Ezequiel, si es que *El Nervios* no lo había ya cortado en rodajas con el cuchillo cebollero. Estos interrogantes, junto a los recelos que unos mostraban por los otros, a la navaja del indio, a la pistola que ocultaba Helena... Si alguien le hubiera preguntado a Carlos en ese momento si apostaba algo por su cabeza, seguramente habría puesto sobre la mesa diez contra uno a que estaba disfrutando de los últimos momentos de su vida.

30

Ezequiel despertó sobresaltado, por el fragor de las olas rompiendo contra la roca, y salpicando de espumas la superficie del faro. El agua, al caer sobre el techo de la cámara, sonaba como el bramido de un león. Estaba nervioso, inquieto, una voz interior le decía que algo iba a suceder. En el rincón donde, amontonados, esperaban los lienzos vírgenes mejor suerte, encontró una cartera de piel de tamaño considerable, con los cierres en buen estado. Se dirigió a la biblioteca y con mucho cuidado se hizo, uno por uno, con los tomos repletos de tesoros. Metió primero los billetes, y luego la bolsita con las piedras, fabricando así un lecho donde colocar los lingotes de oro. Mientras los introducía en la cartera, notaba los latidos de su corazón en el pecho. Para evitar ser descubierto por el viejo escondió la cartera detrás de los troncos de leña, cerca de la puerta. Estaba tremendamente asustado. Aunque el viejo se había portado bien con él, la noche anterior le pegó un susto supino. Quiso el ciego enseñarle a pintar, pues decía haber sido profesor de pintura en edad más joven. Ezequiel, viéndole ciego y falto de juicio, intentó quitarle la idea de la cabeza. Entonces, éste se le acercó, blandiendo un cuchillo cebollero, y,

dando cuchilladas al aire, entró en una suerte de delirio, mientras sudaba horrores en la frente y el pecho, invocando el nombre de un tal Isaak Fritz, a quien decía haber amado siempre y para toda la vida; y recriminaba a Ezequiel no ser ni la mitad de guapo, carente de chispa y mojigato.

Ezequiel quedó tan asombrado que nada pudo replicar. No volvió a verle desde entonces. Desapareció detrás del falso muro, y hasta hoy.

En ese mismo instante sonaron unos golpes en la puerta. El viento silbaba y el mar seguía crispado. Ezequiel esperaba encontrarse con el viejo, por lo que se llevó una sorpresa hiperbólica cuando, por la puerta abierta, vio pasar a un hombre de aspecto fiero, con una cicatriz, seguido de una elegante mujer y otro hombre, que parecía hacerle señales de algún tipo.

Aquel no era el Ezequiel de la fotografía que le había dado Teresa... Carlos encontró un chico delgado, temeroso, lleno de recelo y de miedo, con ojeras profundas y mirada de desconfianza. El encierro lo había trastornado. Viendo su actitud, dio un paso hacia delante, y le habló de su madre, de cómo no tenía nada que temer, pues venían a sacarle de allí y devolverle a su casa. El detective buscó al farero por la estancia, sin encontrarlo.

----¿Dónde está?

----¿Quién? ----dijo Ezequiel----¿El viejo Tiresio?

----¿Cómo?

----Oh, perdón... Si buscan al viejo, no sé dónde está ni me importa. Está ciego, tiene la cabeza llena de pájaros, está loco de remate y por lo que a mí respecta, ¡que le aguante su madre!

----¿Ha intentado hacerte daño, Ezequiel? ----preguntó rápidamente Carlos.

----No. La verdad es que no... que yo recuerde ----contestó, eludiendo hablar mal de él.

----¿Qué quieres decir?

----Pues que me han sucedido cosas tan raras que hasta vergüenza me da contarlas, por miedo a que me tomen por loco a mí también.

Y Ezequiel les relató su pequeña aventura en la caverna, la manera en que le recibió Don Francisco, la celda en que le retuvieron, y la forma en que consiguió escapar.

A Carlos no le costó mucho trabajo relacionar el club subterráneo con la actitud frontal de la comisaría de Emeteria.

----Creo ----dijo en voz alta---- que ahora entiendo qué hacen esos veleros en lugar tan apartado...

Ezequiel siguió hablando, dándose gusto, pues poco había podido hablar durante su prolongado naufragio. Aunque todo parecía no ser más que un sueño, como le había dicho el farero. El mismo pasadizo podía ser fruto de una pesadilla, pero había una

forma de poder demostrarlo: haciendo girar el falso muro de piedra.

En el momento en que el detective se remangaba para llevar a cabo esta operación, el muro chirrió y, del otro lado, salió un hombre anciano, enjuto, moreno, con una camisa roja de seda y un pañuelo de cachemira anudado al cuello, un bastón en la mano, pantalones blancos de marinero y los zapatos acharolados de tafilete encarnado. Si, era Amado Gutiérrez, *El Nervios*, a quien todos los presentes buscaban, por idéntico asunto: el botín robado en febrero de 1941 en la sede del Banco Mercantil de Emeteria.

----¿Chafandín, estás ahí? ----fue lo primero que dijo----. Hijo, discúlpame si mis palabras te proporcionaron desasosiego, pero un viejo como yo pierde de vez en cuando la cabeza; Te pido humildemente que me perdones.

Ezequiel, al ver que todas las miradas se centraban en él, contestó:

----No hay de qué, Tiresio ----dijo, y, dirigiéndose a Postigo y los demás, añadió----: En honor a la verdad, este hombre me ayudó cuando más falta me hacía.

----Así me gusta ----dijo----. Necesitaba tu perdón, porque todo se va cumpliendo. Se acerca el fin, veo la guadaña asomar por el ventanal, mostrarme su filo, alejarme para siempre del mar, de las gaviotas y de ti, que has hecho que renacieran en mí sentimientos

que ya creía para siempre enterrados. Por eso, por que está escrito, yo, que soy capaz de leer donde otros no ven, te digo que tendrás tu recompensa muy pronto, antes de lo que te imaginas. Me despido de ti, chafandín, y te lanzó un último beso.

Quedaron todos callados unos segundos, mientras se atusaba el pelo cano y, apoyado en su bastón, se dejaba caer en la mecedora. Cogió la manta y se cubrió con ella hasta la altura del pecho. Parecía extremadamente fatigado, agonizante.

----Me muero ----dijo, con la respiración entrecortada. Al ver Helena que el traidor pretendía irse a la tumba con su secreto acuestas, echó a un lado a Pedro y se enfrentó a él cara a cara. Se acercó al rostro del viejo y, con los ojos llenos de codicia, dijo:

----¡Vamos, *Nervios*! ¡Dinos rápido dónde lo escondes!

Del interior del abrigo extrajo un pequeño revolver, que brillaba como la plata, y le encañonó en la sien. El anciano sonrió.

----Tu vida no vale nada, Amado ----continuó Helena, hablándole al oído. El moribundo se reía cada vez más----. Eres viejo, ciego, loco, inútil, sin familia, sin amigos. Nadie te va a echar de menos cuando estés muerto.

Amado oía la voz de Helena y reconocía la voz de Antonio Balaguer, su antiguo socio.

----¿Así que tú eres la sobrina de Antonio? Tienes la misma sangre turbia que tu tío ----El farero hizo una seña al detective

que, hasta ahora, había preferido mantenerse al margen y esperar acontecimientos----. Venga usted, acérquese. Le voy a contar un secreto: Esta pareja pretende hacerse con un tesoro que durante años tuve en mi poder. Lo que no saben es que no se lo puedo dar.

----¿Y cómo es eso?

----Pues porque lo tiré al mar, ji, ji ----el anciano se perdió en una risa que alteró el sistema nervioso de Pedro, en tensión desde hacía un buen rato.

----¡Ya es suficiente, hijo de la chingada! ¡Ahorita mismo te abro en canal! ----sacó Pedro la navaja y abrió la hoja con una sola mano, a una velocidad endiablada. La cerró y guardó, y volvió a abrir, de tal manera, que Carlos no pudo seguir la maniobra con la vista. Le abría rebanado el pescuezo, manchándole el hermoso pañuelo de cachemira, de no ser por la intervención de Helena.

----¡Pedro, estate quieto! De poco nos sirve muerto, ¿no te das cuenta? ----el indio obedeció a regañadientes----. Ahora *Nervios*, te lo voy a preguntar por última vez: ¿Dónde tienes el oro?

Entonces, Ezequiel, viendo el revolver engatillado, pegado a la sien del farero, grito:

----¡El viejo dice la verdad! ----Todos los presentes se volvieron a la vez hacia el muchacho----. ¡Yo mismo vi cómo tiraba los lingotes en alta mar, uno, otro y otro más, hasta doce! ¡Lo mismo hizo con las piedras y los billetes! Se fue de madrugada, con la barca, y se

desprendió de todo, riendo a carcajadas!

----Mira que ¿tu te crees que nos vamos a tragar ese camelo, chamaquito? ----replicó el indio Pedro.

----Es la verdad, ¡miren! ----todos miraron----. Aquí es donde guardaba el loco todo el tesoro, en estos libros huecos ----Fue hasta la biblioteca y sacó los libros del estante. Dos estaban vacíos; al abrir el tercero, un solitario billete de cien dólares planeó en caída libre, ligero como una pluma solitaria. Todos siguieron el vuelo del billete, perplejos; todos menos el farero.

Helena quedó derrumbada; el chico había dicho la verdad. De pronto la rabia le inundó:

----¿Por qué hizo usted eso, desgraciado?----estaba furiosa. Le entraron unas ganas locas de dejarlo seco en ese preciso momento---¿Por qué?

El viejo del faro parecía delirar. Los labios habían perdido su rosado color, estaba tan pálido que apenas se distinguía la piel blanca de las canas del bigote y la barba.

----¿Qué es lo que ve? ----dijo, en un hilo de voz----. Ya lo dijo usted antes. Me voy, así pues, ¿existe un placer comparable al de saber que nadie, absolutamente nadie, podrá disfrutar de mi dinero después de muerto? ¡Nadie podrá arrebatármelo, porque descansa para siempre en el fondo del mar!

----Entonces, ¡muere! ----gritó Helena.

Empuñó el revolver, ciega de ira, y encañonó al farero en el vientre. Postigo reaccionó tarde y, aunque se abalanzó sobre el brazo de la elegante dama, ésta ya había apretado el gatillo. La detonación provocó los chillidos de las gaviotas. El disparo le había hecho un orificio al viejo en la boca del estómago.

Ezequiel pegó un alarido. El indio Pedro dio unos pasos hacia a Helena que, tiesa, con el brazo aún apuntando hacia la mecedora, se había quedado paralizada. La sangre fluía del vientre, creando una mancha oscura en la camisa de seda roja, y en la entrepierna del pantalón blanco. Carlos se aproximó al herido de muerte. ¡Diablos! ¡Se estaba riendo! ¡Aquel loco malgastaba su último aliento en soltar una macabra carcajada! Fue también Ezequiel, por expreso deseo del moribundo. Cuando el chico estuvo a escasos centímetros, tiritando por la impresión que le causaba la presencia de la sangre, oyó que le decía en susurros, sin que nadie más pudiera oírlo:

----Es todo tuyo, chafandín. Disfrútalo, sé tu mismo y acuérdate de mí de vez en cuando.

Fueron sus últimas palabras. Acabó ahogándose con su propia sangre. Carlos le bajó los párpados y lo cubrió por completo con la gruesa manta. Hubo un prolongado silencio.

Ezequiel y el detective levantaron la cabeza al escuchar el sonido de un motor; Pedro y Helena huían en la lancha. Los

truhanes tomaban rumbo a Como, algo que ya sabía Carlos por el testimonio de Enma, solamente que, en vez del botín, llevaban un muerto más a sus espaldas.

Ezequiel, lívido, salió a que le diera el aire, acompañado del brazo por el detective. Éste lo acercó a su pecho, al advertir que estaba a punto de echarse a llorar. Lo abrazó, mesándole cariñosamente los rizos rubios de la nuca.

----Ya pasó todo, Ezequiel, tu madre se va a poner muy contenta... Es una mujer estupenda, ¿lo sabías? ----al oír nombrar a su madre prorrumpió en llanto----. No llores más, que pronto vendrán a buscarnos. Si el sargento Postigo cumple su promesa... Esto se ha terminado: no pueden escapar.

Al cabo de unas horas Carlos distinguió una patrulla en la lejanía, acercándose a gran velocidad, a pesar de la marejada. Cuando arribaron, de la cubierta del barco saltaron un socorrista y un policía. El policía, de pelo rapado, recién salido de la academia, se acercó al detective muy recto y dispuesto.

----Recibieron el mensaje en la comisaría de Najo esta mañana, señor. El sargento Postigo me envía a buscarles.

----Llegas un poco tarde ----dijo Carlos, señalándole el interior de la vivienda.

El policía entró y vio al muerto. Al rato bajaron del barco dos camilleros. Carlos aprovechó para contarle lo sucedido y para darle una descripción detallada de Helena y el indio Pedro. El policía apuntó los datos en una libreta. Luego sacó del cinturón un comunicador y dio parte a la comisaría de Najo. Aprovechó para informar a Carlos de que los periódicos se hacían eco del doble asesinato en primera plana y de que la población andaba bastante alterada.

----¿Qué dirección tomaron?----preguntó.

----Se dirigen a Reseña, a una casa en ruinas. Tienen una cita con un compinche que te sonará por lo que dices de los periódicos.

----¿Tirolés?

----El mismo. Tienen planeado reunirse allí. No me preguntes cómo lo sé.

El policía no preguntó. Carlos se acarició la barbilla; la posición del sargento Postigo le tenía más que asombrado. Por lo que no tardó en preguntar:

----Y, dígame: ¿Tan mal se llevan el sargento Postigo y el sargento Carrascosa?

----No lo sabe usted bien. Mire, parece ser que la mujer de Carrascosa fue de moza novia de Postigo. Nunca le perdonó que le pusiera los cuernos. Ya sabe usted cómo son estas cosas; se la tiene jurada hasta que le entierren en Siriego. Así entre nosotros y

si me permite la indiscreción, ha venido a dar con el único hombre que le importa un rábano todo lo demás, con tal de hacerle la puñeta a Carrascosa.

----Pues menos mal, porque empezaba a perder la esperanza ----dijo, mientras encendía un cigarrillo---- ¡Venga, vámonos de una vez! Este chico necesita volver a su casa, con su madre. Y yo... bueno, pienso dormir cuarenta horas seguidas, sin interrupción. Ya no recuerdo de qué color son los sueños, ¿usted me entiende?

----No, señor.

----Déjelo, bajemos.

Ezequiel iba a subir a la lancha cuando, de repente, se detuvo y dijo:

----¡Esperen! ----volvió a entrar en la cámara de servicio, sacó la maleta de su escondite y bajó cargando con ella.

----¿Qué diablos llevas ahí? ----quiso saber el detective.

El policía miraba el bulto con ojos analíticos.

----¿Aquí? ¡Oh!... No es nada... El farero me regaló unos cuantos libros de su colección. Quiso que me los quedara; insistió tanto, que no fui capaz de decirle que no ----Carlos y el policía asintieron----. Si me echan una mano, se lo agradecería, no saben lo que pesan.

Subieron a la lancha patrulla; el patrón metió gas al motor, que se fue alejando del faro, la isla y su misterio, al cuidado de las

celosas sirenas y el espíritu errante del viejo Tiresio.

31

Helena y el indio Pedro no tardaron en alcanzar con la motora gran velocidad. Las olas empapaban sus ropas y, en sus rostros, podía leerse el espanto de los condenados. Al llegar a las proximidades del embarcadero de Reseña, Pedro cambió el rumbo, y se adentraron en el moribundo río Cubas. Remontaron el cauce manso de agua dulce hasta hallar un lugar apartado por donde bajar a tierra firme. Pedro ayudó a la elegante dama a salir de la barca. La única manera de bordear el pueblo sin ser vistos les llevaba hacia un bosque espeso al que sin dudarlo se dirigieron. Cuando por fin lo dejaron atrás, vieron una carretera que bajaba hacia el lugar convenido. Los tacones de aguja de Helena celebraron el feliz encuentro con el duro asfalto, mientras los ojos de Pedro se le iban en todas direcciones. Un paisano se cruzó con la extraña pareja y se los quedó mirando. Estaban empapados hasta los huesos, y en la mirada del indio, vidriosa, tenía dibujado de antemano su incierto porvenir. Pronto, alcanzaron el estrecho sendero que les llevaría a las marismas. Las zarzas y las ortigas tapaban la entrada. Tras una puerta de madera vieja y rota, apareció la casona deshabitada. A medida que se acercaban, Pedro

tropezaba con Helena haciéndola perder el equilibrio. Ella aguzaba el oído y soltaba de vez en vez un codazo a su compañero. La casona, sin puertas, sin ventanas ni cristales, sólo mantenía intactas las paredes y el techo. Las frondosas copas de los pinos y eucaliptos brillaban con los últimos rayos de la tarde. Algún haz de luz conseguía a duras penas colarse por la espesura, e ir a parar al tálamo de hojas podridas, que cubría y no dejaba ver la braña olorosa. La podredumbre de las hojas se unía al olor de las marismas de agua estancada, donde las raíces de los árboles entraban en descomposición. Pedro prefirió quedarse fuera para vigilar. Se sentó en una piedra y divisó el amplio panorama que desde aquel lugar se divisaba. La casona, al pie de las marismas, apuntaba hacia la bahía de Emeteria justo enfrente. El mar se extendía desde allí y, como en miniatura, podía columbrarse al fondo los edificios del paseo, el puerto y la casi totalidad de Emeteria, como el brumoso reflejo de una ciudad que ya no les pertenecía. Ni a él, que vino de tan lejos, ni a Helena, ni a ninguno de ellos. Aspiró el aire nauseabundo sin contemplaciones, igual que hacía en la taberna por las noches con las copas de orujo. Del interior, le llegó la voz de Helena, que lo llamaba. Pasó el umbral vacío de una puerta y atravesó un pasillo donde, tirados por el suelo, se amontonaban restos de comida y excrementos secos. Vio a Bronco sin habla, sentado con las piernas abiertas, y la mirada

extraviada. Le zarandeó sin conseguir que emitiera más que un leve gruñido. Un poco más allá, en una sala diáfana, vio a Tirolés, transido de dolor, descansar en cuclillas, apoyado el brazo que le tapaba el rostro en una nevera herrumbrosa. Tirolés parecía haber perdido el juicio. Su sobrina le acariciaba las sienes y, con un pañuelo húmedo, le secaba la frente, empañada en sudor. El crimen cometido contra la pobre Enma era el causante de su estado actual, porque, hasta entonces, Tirolés no se había percatado de que quería profundamente a esa mujer. Era difícil de explicar, pero, a su manera, la amaba. Ahora sabía lo mucho que dependía el uno del otro. Veía pasar por delante de sus ojos, todos los momentos amargos que le había hecho pasar. Llegó, en ocasiones, a verla como una esclava, una sierva dispuesta a hacer lo que se la mandaba. Pero nadie en toda su vida, ni siquiera su sobrina, a quien ahora miraba con una expresión que ni el indio ni ella podían descifrar, se había atrevido a conocer quién era realmente Antonio Balaguer. Estaba totalmente solo, pues los tres que lo acompañaban de poca ayuda resultaban ya. Habían fracasado y era preciso reconocerlo. ¿Qué hacer? Ya se oía venir del exterior el griterío de gente: un ruido denso, lúgubre, compacto. Helena sacó la cabeza por una ventana. La luz del sol se perdía detrás de la mole de Emeteria. Cambió de posición y vio, a través de la calígine que se elevaba de las marismas, un centenar

de cabezas de hombres y mujeres que, desde el pueblo, se aproximaban a la casa. La sirena de un coche patrulla sonó, seguida de otras dos más. La masa humana comenzó a bajar por el sendero. Potentes focos alumbraron la casona. Hicieron arder estacas, improvisaron antorchas; los agentes intentaban mantener la calma, temiendo un linchamiento: que los lanzaran a la pila del abono o algo peor. Ahora la turba gritaba mientras se parapetaba en torno a la casa.

Dentro, Tirolés, al verse rodeado, se soltó del abrazo de su sobrina, y saltó con agilidad felina por el marco pelado de la ventana. Se deslizó entre los árboles, buscando un lugar oscuro. Helena escudriñó el exterior sin localizar a su tío. Por fin lo encontró: su silueta encorvada se dibujaba dentro del tarquín cenagoso, con el pecho aún libre del abrazo marino. Desde fuera, se oían los gritos de los agentes apaciguando a la muchedumbre. Pedro, en un rincón, era la viva imagen de la rendición y la derrota. Helena estaba como loca, y se arañaba el cuello, los muslos y el pecho, incapaz de admitir que todo había terminado. Ninguno de los dos pronunciaba una sola palabra.

Una luz roja, fosforescente, empañó el cielo, cuando por el aire comenzaron a bailar cientos de astillas. Las antorchas entraban como proyectiles por las ventanas, y, Pedro y Helena vieron horrorizados, cómo la yesca alimentaba las llamas. Juntos y

abrazados, esperaban el fin. Bronco seguía impertérrito en su rincón. Tirolés, desde el agua, contempló la casa toda cubierta por el monstruo del fuego, cuyas lenguas insaciables se juntaban de todos lados en el techo, en un toma y daca lleno de lascivia. El olor a carne quemada se extendió por los alrededores. Los agentes habían localizado ya la situación de Tirolés; subieron a lo alto de una pequeña colina, con la casa incendiada a sus espaldas y, en formación, apuntaron con sus rifles hacia el bulto que sobresalía de las aguas. Tirolés se movía a duras penas por el cieno, cada vez más espeso. Al oír el alto, se volvió. La tierra, a sus pies, comenzó a moverse. Primero se hundió un poco, como si hubiera caído en un escalón. La masa de gente enmudeció. Solo se oía el silbido del viento entre las lascas, el crepitar de la madera quebrada por las llamas. Tirolés se hundía en un banco de arena movediza; soltó un chillido desgarrador, que rompió los nervios de la multitud. Poco después, los que allí estuvieron, contaron que la mano se arrugó, que apretó los dedos en un último espasmo y desapareció en el fondo de las marismas para siempre. Las aguas volvieron a mostrar su lánguida calma, tan solo rota por el chasquido de las vigas en la casa deshabitada, refugio y tumba para Bronco, para Helena y para Pedro, cuyos cuerpos calcinados llevó tiempo reconocer.

32

----Tengo buenas noticias... soy Carrascosa, a sus órdenes.

----De que se trata, hombre, ¡ya era hora!

----Todo acabó, ya puede volver a abrir el *Sherezade*. Usted lo ha visto, esta ciudad se ha vuelto loca pero todo ha vuelto a su cauce.

----Pero se puede saber a qué se debe tanto revuelo... ¿Se da cuenta del dinero que me ha hecho perder en esta semana de parón? ¡Y en temporada alta! ¡Los mejores días del año! Lo de nochebuena no se lo perdono, Carrascosa. Tenía que haber visto a mis clientes esa noche, deambulando por la ciudad como almas en pena; figúrese que optaron por gastarse los billetes en el Casino, ¡qué ordinariez! Ha sido un daño irreparable pero, en fin, me alegro. Como recompensa, le pondremos una corona de laurel en su feo peluquín.

----Otra cosa, ya se habrá enterado de que el niño desaparecido estaba en el faro.

----Pues sí, no me explico cómo pudo subir. Vaya, vaya, así que no tenemos farero... ¿y a quién piensan poner para ocupar su

lugar?

----Creo que van a poner un artilugio que funciona automáticamente, ya sabe lo rápido que avanza el progreso tecnológico. Dentro de poco, como siga esto así, me retiran a mí también y ponen una máquina en la comisaría.

----Ah, pues no es mala idea...

----Otra cosa quería decirle. Y es que nunca sabré cómo pagarle el favor que me ha hecho mandando al paro a ese energúmeno de Postigo. Un poco más y nos da un disgusto gordo... Los años que va a pasar en chirona le harán recapacitar.

----Nada, hombre, no se apure. Solo había que mover unos cuantos cables. No volverá a molestar.

----Este, quería preguntarle, ¿puedo visitar el *Sherezade*... digamos... como cliente?

----¡Claro, hombre, claro! ¡Pero no se prodigue demasiado!

----Descuide don Francisco, y gracias de nuevo.

33

Pasaron tres días hasta que Ezequiel se sintió con fuerzas suficientes como para salir de nuevo a la calle. Durante este tiempo, sus amigos no habían dejado de llamar a una Teresa feliz pero al mismo tiempo agobiada, porque el médico había recomendado para su hijo reposo absoluto. La lluvia incesante no dejó de caer hasta la mañana de año nuevo. La madre, preocupada por la tristeza que se dibujaba en el rostro de su hijo, le instó a que saliera a dar un paseo. Ezequiel estuvo callado durante todo el desayuno. Por fin se decidió a salir. Teresa, entonces, corrió a buscar un anorak y un paraguas. Le hubiera gustado acompañarle, pero pensaba que no debía atosigarlo demasiado. Era mejor dejar que el tiempo curara por sí mismo las heridas. Además, Teresa sabía que su hijo iba a sangrar por una nueva herida, y que tenía que enfrentarse a ella sin ayuda de nadie.

Cuando salió por la puerta, Teresa le gritó:

----¡Cariño, te dejas el paraguas!

----No llueve, mamá.

----Al menos, llévate la gorra que tanto te gusta.

----Prefiero no llevarla.

----Como quieras hijo. No vengas tarde a comer, recuerda que hemos invitado al señor Postigo… ¿Estás bien?

----Muy bien, mamá. No te preocupes.

Se metió las manos en los bolsillos y bajó las cuestas que desembocan en el Sardero. Era día de año nuevo, el cielo estaba gris, el mar azul oscuro, y al llegar al paseo, vio las olas más altas y espectaculares de toda su vida. Los surfers aguardaban en los bajos hipnotizados con los enormes bocas de agua. Fue paseando despacio, hasta el palacio del Sobao. Bajó la cuesta del club de Tenis, cruzó la verja de hierro y subió, a la izquierda, por un camino abierto en la hierba húmeda hacia un mirador donde descansaban en tierra tres carabelas antiguas, una réplica de los tiempos de la Conquista. Allí los padres y madres jóvenes llevaban a sus hijos pequeños para que se mojaran con la espuma de las tremendas olas. Las olas, rompían en el muro y la espuma subía disparada hasta alcanzar la balaustrada, provocando, en intervalos, una lluvia vaporosa que, en ocasiones, no lo era tanto. Ezequiel se puso al lado de los críos excitados que aguardaban la ola rota entre risas. Cuando una ola traía peligro, un padre con buen ojo avisaba con tiempo y los niños y adultos, chillando, huían despavoridos de la ducha salina. Ezequiel, después de lo mal que lo había pasado, disfrutaba de la mañana, integrado en ese juego inocente de huir del agua para no mojarse. Cuando se aburrió,

siguió subiendo, en dirección al palacio. La tierra húmeda desprendía un olor que de siempre le había encantado. De pronto, el corazón le comenzó a latir con inusitada fuerza al ver que, enmarcados por el precioso palacio de piedra, bajaban abrazados, dándose besos, su mejor amigo, Arsenio, y su novia, María. Ezequiel se quedó inmóvil. La pareja no le vio hasta que llegaron casi a su altura. Entonces, Arsenio se separó unos centímetros de María, y le saludó. Ezequiel miró los hermosos ojos verdes de María con una tristeza tan grande que ninguno de los dos lo pudo resistir. Ezequiel siguió quieto, como si tuviera plomo en los pies. Arsenio volvió a coger a María con el brazo y siguieron bajando. Imaginó por un momento que María, al verle, se soltaría del abrazo de Arsenio y le llenaría la cara de besos; sin embargo, eso no sucedió. Ezequiel subió hasta el mirador del mismo palacio del Sobao. Allí, un chico solitario miraba, como hipnotizado, los remolinos de espuma alucinantes, provocados por el choque de olas que entraban desde dos direcciones, cabalgando una ola en las crines de la otra, y separándose después, desde la perpendicular, una hacia los acantilados, la otra hacia el interior de la bahía. A lo lejos, el faro sufría la embestida del mar. Ahora comprendía la profecía del viejo Tiresio: *Tu sanarás y volverás con los tuyos con el corazón destrozado. Mi último aliento será para ti riqueza y tesoros...* El vaticinio se había cumplido.

34

Carlos Postigo hizo sonar desde la calle la bocina de su nuevo coche. Muerto el antiguo, se había hecho con un biplaza descapotable, verde limón, y estaba encantado. Al oír la bocina, Teresa huyó hacia el espejo más próximo, para retocarse la larga melena pelirroja por última vez. Ezequiel mataba el tiempo recostado en un sillón, haciendo migas de una galleta a la que había conseguido prácticamente desintegrar. Vio a su madre atravesar el pasillo, arrastrando los pies, con el frasco de perfume en la mano, disparada hacia la puerta. Teresa abrió, y se encontró con Carlos, que la sonreía sin levantar los ojos del suelo. Cuando por fin se miraron, quedaron ambos un poco cortados, como si acabaran de pillarlos haciendo alguna travesura. Teresa se fijó en la herida de la ceja, y los puntos de sutura encima de la mandíbula. Le invitó a pasar.

----¿Qué tal, Ezequiel, cómo te encuentras? ----dijo Carlos, mientras se cogía de las rodillas para no caer de golpe en el fondo del sillón.

----Bien, estoy bien, gracias ----Carlos notó en el tono frío de su contestación que la relación de su madre y él andaba aún lejos de

contar con su beneplácito. El detective se llevó las manos al rostro, y midió las palabras antes de hablar:

----¿Ezequiel?

----¿Sí?

----Dime: ¿Qué es lo que quiso decir exactamente el viejo del faro antes de morir?

Ezequiel no contestó, se limitó a continuar desintegrando la galleta con una mano, y a jugar con un manojo de pequeñas llaves.